

EL JUEZ DE SU CAUSA

I

EL ÁNGEL RUBIO

El mismo día en que el capitán Pedro Barrientos salió del monasterio con dirección al valle, portador de la difícil misión que se había propuesto cumplir, ocurría en el castillo una escena digna de mención.

Estaba ya avanzada la mañana, brillaba el sol como un espejo de oro sobre el azul cristalino de los cielos, gorjeaban las aves en el bosque, murmuraban los arroyuelos en el valle, y en torno del castillo solitario reinaba la majestad del silencio de la Naturaleza. El pequeño jardín, encerrado dentro de los pardos muros de la altiva morada señorial, ostentábase ya radiante de belleza, presentando a sus dueños las primicias del florido mes. Las plantas erguían sus tiernas corolas hasta besar las ramas de los árboles, y éstos parecían inclinar sus brazos amorosamente hasta las plantas para recibir sus inocentes caricias y confundirse con ellas en ósculos de misteriosa ternura. Junto al albaricoquero, cargado ya con el peso de sus frutos dorados, crecía el gallardo cerezo, poblado de racimos de carmín, y cerca de ellos mecían sus verdes coronas en las nubes el naranjo y el limonero, saturando los aires de azahar y de ambrosía. Brillaba el rojo alhelí de hojas de terciopelo cerca de la azucena de albas vestiduras y seno de oro; crecía el clavel de pétalos encendidos cerca de la humilde violeta, que ofrece al hombre su perfume escondiéndose de su vista; inclinaba el lirio su flexible tallo sobre el líquido espejo de las fuentes para verse retratado en sus aguas, y el tierno botón de la rosa salía de sus verdes cárceles para recibir orgulloso los homenajes del pensil, completando la atmósfera balsámica del odorífero panorama.

Poco antes de llegar Barrientos al castillo descubrían se en el jardín tres personas gozando los encantos de aquella rica y espléndida Naturaleza, que brindaba al hombre un tesoro de goces purísimos, sin someterle a las rudas pruebas de peligros y desengaños que los demás goces mundanos suelen ofrecer.

Aquellas tres personas eran un anciano agobiado por el peso de los años y dos jóvenes dotados de la agilidad, hermosura e inocencia de la más dichosa edad de la vida.

El anciano era Ruy Gómez de Varela, señor de Pasarón. Los jóvenes eran Conrado y Magdalena, sus bisnietos. Nada habían cambiado el abuelo y el bisnieto desde el día en que los presentamos en el valle.

Ruy Gómez, con sus noventa años, con su larga y poblada cabellera blanca, con su larga barba venerable y su estatura atlética y fornida, participaba a la vez del aspecto de los patriarcas de los tiempos mesiánicos y del aire guerrero de los antiguos reyes francos. Llevaba puestos el casco y la coraza, que no se había quitado en setenta años, y cuando sus bisnietos le decían que se despojara de aquellos arreos, que estorbaban la libertad de sus movimientos y le producían fatiga, contestaba que contra aquellos arneses se habían embotado los filos de las armas agarenas asestadas contra su vida; que le habían librado cien veces de la muerte, y que los llevaría siempre encima de su cuerpo por gratitud.

Magnífico era el contraste que ofrecían el viejo y los jóvenes. Conrado era un doncel bizarro, en cuya altiva frente y atrevida mirada se leían el genio, la intrepidez, el valor y la fuerza. Magdalena, por el contrario, era el tipo de la debilidad, de la mansedumbre, de la dulzura y de la inocencia. Su cuerpo esbelto y flexible como el de la palmera, parecía cimbrarse a cada movimiento, como se cimbreaba el tallo del rosal. En su rostro, fresco y lozano, había puesto el Hacedor Supremo la blancura de la nieve y las tintas del clavel. Sus ojos, de un azul puro y cristalino, que rivalizaban con el del lapislázuli, estereotipaban la bonanza y serenidad de un alma nacida para la ternura, para la pureza y para la generosidad; sus cabellos, de un rubio dorado semejante a la espiga del arroz, servían de marco a aquel rostro encantador, prestándole el aspecto que ofrece la cuajada servida en bandeja de oro. Pero no era sólo la belleza física la que daba realce a Magdalena.

De nada sirve decorar a una imagen con todos los ornamentos materiales de la belleza si se la roba el alma, o si el alma que lleva dentro de su ser es un gusano, como el que encierran ciertas frutas, hermosas a la vista.

Podrá dotarse a la hermosura física de un tesoro de riquezas materiales; podrá llevar perlas en su boca grana en sus labios, en sus mejillas rosas y azucenas, en sus ojos azabache y en sus cabellos seda; podrá tener una garganta redonda como una columna de jaspe; podrá tener una mano de alabastro y un pie de sílfide; podrá vestir de púrpura, de terciopelo, de cachemira; podrá cubrirse de encajes de blandas y de pedrería, luciendo las perlas más finas de Guzarate o los diamantes más bellos de Golconda; pero si a esta hermosura material le falta la hermosura del alma, será como las manzanas de Sodoma, cuya corteza es bella y apacible, teniendo la médula de carbón.

En Magdalena, en la hija del valle solitario, la belleza física no era más que un accidente. La belleza moral era el alma de su ser, o, mejor dicho, era su ser entero.

Mansa y casta como una paloma, inocente como un niño, sencilla y dulce como el tierno jilguerillo acostumbrado a comer en las palmas de su dueño, viéndola discurrir por el valle a la hora del crepúsculo vespertino, cualquiera de los poetas paganos la hubiera tomado por una de las divinidades simbólicas de los tiempos fabulosos; viéndola en el jardín de la morada señorial acariciando los botones de las rosas, cualquiera de los poetas orientales la hubiera bautizado con el pomposo título de hermana de las flores.

Los habitantes del valle y los de aquellas comarcas, sin ser poetas, la habían bautizado con un apodo más en armonía con la belleza de su alma que todos los que han soñado los apologistas de las deidades selváticas y los grandes cantores del sensualismo oriental. Llamábanla el ángel rubio, y este dulce epíteto de la poesía cristiana parecía acercar más al Cielo a aquella criatura, nacida tal vez para alcanzar la inmortalidad de la virtud.

Llamábanla los habitantes de la comarca el ángel rubio, porque de su seno casto y virgen brotaban a raudales la piedad, la caridad, la ternura y la beneficencia, y en torno suyo se suavizaban de tal manera los dolores humanos, que no parecía sino que bajo sus plantas brotaban las flores y se encorvaban las espinas.

Todo lo que en el viejo patriarca y en Conrado había de rudo y de terrible, de sombrío y de salvaje, degeneraba en Magdalena convertido en suavidad, en benevolencia y en caridad, siendo tal su influencia que hasta la rústica braveza del viejo y el varonil espíritu del joven deponían su agreste ferocidad cuando resonaba en sus oídos la armoniosa voz de la virgen del valle haciendo vibrar como una lira sagrada la cuerda misteriosa de sus nobles sentimientos.

Era, pues, una criatura santa, pacífica, indulgente, pura y bondadosa. Atesoraba en su alma la dulzura de la esposa de los Cantares, el candor y la inocencia de Eva antes de su pecado y la fortaleza de la mujer fuerte de la Biblia. Su acento era tan suave como el canto del ruiseñor, y sus palabras salían de su garganta como la melodía de un arpa celeste.

Sus labios no se abrían más que para pronunciar palabras de consuelo, de perdón, de amor y de caridad.

Aunque en aquel tiempo escaseaban mucho los libros de la enseñanza cristiana, por no haberse hecho aún la traducción de la Biblia, se había proporcionado algunos devocionarios manuscritos, debidos a la paciencia de los frailes, que hacían pagar caros aquellos trabajos caligráficos, muchos de ellos de indisputable mérito; y de estos pequeños cuerpos de doctrina sacaba ella, como una abeja solícita y

laboriosa, la dulce miel de la verdad cristiana, perfumada con los suaves aromas que depositó en ella el amor y la divina sabiduría del Salvador de los hombres.

Ni el anciano ni Conrado sabían leer. Educados como se educaban los nobles de aquel tiempo, miraban la instrucción como parte secundaria, cuando no la consideraban como cosa baladí y plebeya, y sólo algunas nociones de moral, oídas de viva voz de los labios de algún clérigo, atemperaban en ellos, aunque de una manera imperfecta, el extravío de las pasiones a que suele conducir la ignorancia.

Con estas nociones de moral y con el aprendizaje de las leyes de honor, llevadas hasta el grado máximo de la exageración, arreglaban su conducta y acciones los antiguos caballeros y, a decir verdad, si entre ellos no floreció la inteligencia, floreció más la virtud que en estos tiempos tan decantados de civilización y progreso.

Empero, la instrucción es un gran bien, y empleada cuerdamente en la realización de sus altos objetos, siempre ha tenido el respeto y la bendición de la Humanidad. Así, Magdalena, instruida por un sacerdote en los conocimientos más familiares, versada en la lectura y en los rudimentos esenciales de la Religión, era escuchada por el anciano y por el joven como se escucha un oráculo. Quejábase algunas veces el anciano del peso abrumador de la cruz y sus dolores, y Magdalena le acariciaba y le decía:

-Abuelo de mi alma, tened valor y sonreíd. La cruz no pesa ya a nadie desde que la llevaron hombros divinos.

Mandaba algunas veces castigar el abuelo a alguno de los criados o escuderos por faltas más o menos graves, y Magdalena se interponía entre el juez y el culpable, diciendo:

-Querido abuelo mío, perdonadle; yo respondo de que se enmendará.

Iba todos los viernes al castillo un tropel de niños pobres de los pueblos comarcanos a recibir las abundantes limosnas que se daban, y algunas veces armaban entre sí camorras y reyertas que incomodaban al anciano. Entonces solía enfurecerse, y gritaba a sus criados:

-Lanzad de aquí a palos a esos tunantes. Soltad contra ellos mis perros de presa.

Pero Magdalena conseguía la revocación de la orden, diciendo al viejo:

-¡Oh amado abuelo mío, dejad que los niños se acerquen a vos! ¿No recordáis el amor que les tenía Jesucristo?

Creía el abuelo en la absurda justicia de la ley de la venganza, cuando se fundaba en causas que tenían alguna apariencia de legítimas, y solía a veces decir:

-Es justo devolver mal por mal, la Escritura dice que el pago de una culpa ha de cobrarse así: ojo por ojo y diente por diente.

-Querido abuelo mío -decía Magdalena-; eso no es justo, pero esto es santo: Al que hace mal se le ha de pagar con bien; si tu enemigo te da una bofetada en la mejilla, preséntale la otra; hacer bien al que no nos ha hecho mal es meritorio y bueno, pero hacer bien al que nos ha hecho mal es cosa digna del Cielo. Tales eran siempre sus raciocinios.

El anciano la oía con embeleso y cedía a la menor de sus indicaciones con la docilidad de un niño, y hasta el mismo Conrado miraba a su hermana con el respeto que hubiera tributado a una criatura celeste.

Era, pues, Magdalena el ángel bueno de aquella mansión del infortunio; el numen tutelar de la comarca, el regocijo del anciano y la dispensadora de todos los bienes morales que se gozaban dentro del recinto del castillo solitario.

Un año más joven que Conrado, ni el uno ni la otra habían conocido a sus padres, que murieron cuando su infancia se mecía en dorada cuna; de manera que el viejo les consagró desde niños toda la ternura de la paternidad, y ellos consagraron al viejo todos los sentimientos de filial amor.

En la historia de su familia había un drama sangriento, que ignoraron de niños y descifraron de jóvenes. Aquel drama inspiró a los corazones de los dos hermanos sensaciones diversas. Conrado sintió ira, odio y sed de venganza contra los matadores de sus padres. Magdalena sintió dolor, abatimiento, tristeza y conmiseración.

El viejo contemplaba con placer la noble cólera de Conrado contra los verdugos de su familia, pero cuando oía pronunciar a Magdalena sus frases de misericordia y perdón, sentía en el alma un alivio incomprensible y experimentaba la alegría de una beatitud casi seráfica.

En el momento en que hemos presentado a estos tres caracteres, tan diversos, en el jardín de la morada señorial, se desarrollaba entre ellos una conversación bastante relacionada con el interés de esta leyenda.

Paseaba el anciano sosteniéndose en los hombros de sus bisnietos, a quienes miraba como báculos de su vejez, y mientras Conrado cuidaba de separar las ramas de los arbustos que podían molestarle, Magdalena cortaba al paso alguna florecilla olorosa, que solía ofrecerle con la gracia más encantadora.

-Hijos queridos míos -les decía-, conozco que la muerte sería para mí un don del Cielo que me proporcionaría grato descanso; pero Dios ha permitido que sea para mí tan bella la vida entre vosotros, que, después de noventa años de amarguras y dolores, siento perderla. Y, sin embargo, conozco que el momento en que esto ha de suceder se aproxima.

-Abuelo querido -respondía Magdalena, dirigiéndole miradas tan suaves como una caricia-, no penséis en esas cosas. Pensad en la dicha que nos concede Dios. ¿No os alegra ese sol radiante? ¿No os

refrescan estas brisas perfumadas? ¿No os encantan estas dulces flores? ¿No os consuela el amor de vuestros nietos? Vamos a sentarnos en aquel cenador rodeado de mirtos y laureles y entoldado de verdes parrales. ¿Os sentís fatigado? Pues apoyaos un poco más en mis hombros y en los de Conrado. ¡Es tan dulce para nosotros llevar el peso de vuestros años, que nunca nos contemplamos más felices que cuando sentimos en nuestros hombros el dulce contacto de vuestra ancianidad venerable!

El anciano elevó los ojos al cielo con profundo reconocimiento, y dijo:

-¡Señor! ¿Es la voz de alguno de tus ángeles la suya? ¡Oh adorada niña! ¡Cuán grata me haces la vida con tu amable hermosura y tus virtudes!

Llegaron al cenador señalado por Magdalena, y se sentaron. Los tibios rayos del sol, penetrando débilmente por los intersticios de un rústico y lozano toldo de verdura, iluminaban la faz del viejo, que estaba radiante de alegría.

Conrado se sentó a su mano derecha, y Magdalena se colocó a sus pies en un taburete, descansando sobre sus rodillas su linda cabeza.

El anciano sumergió sus manos rugosas en la profusa y ensortijada cabellera rubia de la joven, exclamando:

-Vamos, háblame ahora. Dime esas cosas tan buenas que salen de tus labios en palabras tan dulces como la miel de un panal.

-¿Estáis ya contento, abuelito?-dijo Magdalena.

El anciano sonrió.

-¡Cómo no estarlo! -repuso-. Pero te has empeñado en que crea que he de ser eterno -añadió, acariciándola suavemente-, y esto ya sabes, hija mía, que no puede ser.

-Ya lo sé -contestó ella, gorjeando como una alondra-; pero Dios, que vela por nosotros, prolongará todo lo posible los días de vuestra vida. ¿No os parece, abuelo, que una felicidad tan pura como la nuestra es siempre duradera? -contestó el viejo, fascinado-; pero no hay dicha completa en el mundo, y la nuestra acabará. ¿No es verdad, Conrado?

El joven, que hasta entonces había guardado silencio y que, al parecer, devoraba en secreto un dolor profundo, respondió:

-En efecto, abuelo, no hay dicha completa.

-Éste responde a sus pensamientos más que a los nuestros- dijo el anciano- ¡Ah, Conrado! ¿Será posible que no te olvides del amigo ausente?

-¡Es tan grata y consoladora la amistad!-dijo el joven tristemente ¿No es verdad, abuelo, que desde que no viene Juan al valle parece que nos falta algo para completar nuestra dicha?

-No te niego -respondió el abuelo, que ese mancebo contribuía con su noble gentileza a amenizar nuestro destierro. Se habían conformado

nuestras voluntades con la suya, y había acreditado entre nosotros bizarras prendas y sentimientos generosos. Pero Dios, que le privó del beneficio de la salud, parece que se la restituye, y pronto nos le devolverá para que reciba nuestros plácemes y comparta nuestros afectos.

-Es verdad, abuelo -dijo el joven-; pero yo no puedo desterrar de mi corazón los remordimientos que me afligen.

-¿Tus remordimientos, hijo mío? ¿por qué los tienes?

Ha estado Juan enfermo, y yo, su único amigo, el amigo que le debe la vida, no me he hallado un solo momento a su cabecera. Ha pasado un grave peligro, y yo no lo he compartido con él. ¿Es esta la amistad? Allí tenéis a Magdalena, que piensa como yo, y que oráculo de la verdad divina, dice que no he obrado bien.

Desde que Conrado había comenzado a hablar de Juan, dobló la niña la gallarda frente para ocultar su turbación.

El anciano posó en sus nietos su mirada refulgente y exclamó:

-Perdonadme, hijos míos, el tormento que os hago sufrir. Bien conocéis las causas que han impedido ir a ver al enfermo. Si el hombre funesto que fue verdugo de nuestra familia no estuviera en ese monasterio, no sólo hubieras ido tú, Conrado, sino todos los moradores de este castillo. Pero estando él allí, ¿tendrías valor para verlo y para no recordar las desgracias que llora el abuelo hace más de treinta años?

Eso, no -dijo Conrado con voz sombría-. Mientras no vea yo delante de mí al verdugo de mi familia, podré contenerme; pero ¡ay de él si su estrella le pone al alcance de mi brazo!

-No hables así, Conrado -exclamó Magdalena con voz suplicante- ¿No te has curado todavía de aquella espantosa enfermedad de venganza que te acometió en los tiempos pasados?

-No -contestó el joven con voz ronca-; antes bien, cada día que transcurre se acrecientan más. El Emperador y yo no cabemos en la tierra, y como yo soy más fuerte que él, he de concluir por matarle como él mató a mi padre.

-¡Qué horror! -dijo Magdalena- sería una vil acción.

-¿Verdad que no, abuelo? -gritó Conrado ferozmente- ¿Verdad que no es una vil acción?

-Decid la verdad, abuelo -dijo Magdalena- ; decid la verdad, como si tuvierais que decirla en presencia de Dios.

-Pues bien -exclamó el anciano, respondiendo al noble llamamiento de la hija del valle-. Magdalena tiene razón: sería una acción cobarde y vil, que te llenaría de oprobio.

Magdalena acarició las venerables manos del viejo con entusiasmo.

-¿Y por qué me llenaría de oprobio?- preguntó Conrado.

El abuelo contestó:

-Porque el Emperador es el ungido con el óleo de David, y las leyes divinas y humanas le declaran inviolable. Esta razón es para el súbdito; para el caballero, para el hijodalgo, hay otra.

-¿Cuál es, abuelo? -exclamó Magdalena.

-El Emperador no lleva hoy espada al cinto: está desarmado, es un monje. ¿Puede un caballero, sin ser felón y cobarde, arremeter contra un hombre de estas condiciones quitándole la vida como un facineroso?

Conrado bajó la cabeza en silencio, lleno de confusión y de vergüenza. Magdalena besó las manos al viejo, y le dijo con pasión:

-¡Oh abuelo del alma! ¡Dios os bendice, porque sois bueno!

-¡Oh adorada mía! -respondió el viejo-. Yo te bendigo a tí, porque me has enseñado a serio.

LA GRATITUD

A este punto llegaban de su plática el abuelo y los nietos, cuando se presentó a ellos Berenguer de Rotrón, mayordomo mayor del castillo y antiguo paje de lanza de Ruy Gómez.

-Señor -dijo el anciano criado, despojándose de su gorra de velludo negro-, el Flamenco envía a vuestra señoría un nuevo mensaje.

Berenguer tenía tal odio al Emperador Carlos V, que siempre le apellidaba el Flamenco o el Austríaco, recordando su procedencia extranjera.

-¡Un mensaje del Emperador! -exclamó Ruy Gómez-. Pues ¿qué quiere?

Lo ignoro, señor -respondió Berenguer-. Ahí esta en el rastrillo de la poterna un viejo fanfarrón, llamado Pedro Barrientos, que se dice capitán de los Tercios del Rey, y que, por lo visto, está al servicio del Flamenco a quien Dios confunda. Ese botarate está muy empeñado en ver a vuestra señoría.

-¿Y no te ha dicho cuál es el objeto de su venida?

-No; sólo me ha dicho que viene de parte del pajecillo del Austríaco, que se halla enfermo de gravedad, y que desea que le escuche vuestra señoría en nombre de Dios.

-¡Dile que es imposible! -replicó el anciano con dureza-. Corre, Berenguer, di le que ningún morador de ese convento puede atravesar los dinteles de mi casa.

El mayordomo iba a partir, pero le detuvo la voz de Conrado, que dijo al anciano:

-Abuelo, ese hombre viene en nombre de Juan.

-De Juan, que está enfermo de peligro -añadió Magdalena, cruzando las manos en ademán suplicante.

-Y os pide, abuelo, que le escuchéis en nombre de Dios -dijo Conrado.

-Y cuando se invoca el nombre de Dios, deben las criaturas abrir las puertas de su pecho a la compasión y a la caridad -añadió Magdalena.

-Y Juan me salvó la vida, abuelo -dijo Conrado.

Y Juan se halla en peligro de muerte -insistió Magdalena.

El anciano no pudo resistir más, se sintió enternecido y dijo:

-¿Lo queréis vosotros, hijos míos?

Los dos jóvenes hicieron con la cabeza un signo afirmativo.

-Sea -exclamó el anciano-. Por la primera vez de mi vida faltó a una de las resoluciones más severas que había tomado; pero vuestros ruegos han despertado en mi corazón la caridad y la gratitud.

Volviéndose hacia el mayordomo, exclamó:

-Berenguer, conduce a ese capitán al salón grande del castillo. Que todos mis escuderos, armados de picas, escolten al forastero y hagan la guardia en el salón, como en las antiguas recepciones.

El mayordomo regruñó como un perro dogo; pero Ruy Gómez le despidió con un gesto imperativo, y, al fin, dobló la cabeza y partió.

-Gracias, abuelo -dijo Conrado, besándole las manos.

-Por este noble sacrificio- dijo Magdalena -os pido un abrazo.

El anciano se sonrió amargamente, y contempló a sus nietos con paternal amor.

-¿Os he proporcionado alegría? -dijo-. ¡Venturoso yo, que todavía sirvo para ello!

Levantáronse los tres, y, apoyado el anciano en los hombros de sus nietos, se dirigió rápidamente al castillo.

Mientras tanto, Berenguer, al frente de los escuderos de su señor, vestidos con largas dalmáticas de vellorí y armados de partesanas, condujo a Pedro Barrientos al salón principal del edificio.

En aquel salón, cuyas paredes estaban vestidas de ricos y antiguos tapices, de colgaduras de Damasco y de una porción de lienzos que representaban retratos de familia, había una especie de trono de terciopelo carmesí, en cuyo fondo se descubrían el blasón de los Varelas bordado en oro, un sillón de cuero de Córdoba con magníficos remates de plata y algunas banderas musulmanas colocadas en los extremos del pabellón. Sentado en el sillón del trono aparecía el anciano, con cierta gravedad y majestad, que llenaron de asombro a Pedro Barrientos. A sus lados, en pie, estaban sus nietos, y a lo largo de las paredes del salón se descubrían dos filas de artesanos, cuya impassibilidad era semejante a la de las estatuas. El capitán contemplaba aquel aparato con estupor y figurábasele que todo era efecto de un sueño o de una extraordinaria pesadilla. Saludó gravemente al anciano y esperó su licencia para hablar. El viejo se levantó de su asiento, y dijo al capitán con voz serena:

-No os extrañéis que os reciba así. Soy señor de horca y cuchillo y salvé la vida de la gran Reina Isabel. Desde entonces tengo privilegio para recibir a los mensajeros y embajadores de los Reyes desde un trono.

-Gozad, señor, dilatados años de ese privilegio -contestó Barrientos con humildad e inclinándose profundamente-. En él admiro yo las glorias de esta casa, y las celebro por lo justas y lo heroicas. En cuanto a mí,

señor, debo declarar a vuestra grandeza que no soy en este momento embajador ni mensajero de mi Rey.

-¿Tenéis algo que decirme en secreto? -preguntó el anciano. El capitán hizo una señal afirmativa.

Entonces el viejo despidió a sus servidores y se quedó solo con sus nietos.

-Estos son mis hijos -exclamó Ruy Gómez, presentando al capitán a Conrado y Magdalena-, de todos los secretos de mi vida tienen ambos la llave. ¿Pueden oír lo que tenéis que decirme, capitán, o los despido?

-¡Despedirlos, señor! -dijo Barrientos-. De ningún modo. Una persona de ellos querida me ha hablado de esas dos gallardas y bondadosas criaturas, y su presencia me infunde confianza y valor. ¿No son estos dos jóvenes Conrado y Magdalena?

-Mis nietos son -contestó el viejo con orgullo-, y por ellos os he recibido en mi casa.

-Ya veis, señor -añadió Barrientos-, que estoy acostumbrado a pronunciar su nombre.

El abuelo y los nietos comenzaban a simpatizar con el capitán. Su sencillez de soldado, su ingenuidad, su porte respetuoso, tan distante de la baja adulación como del artificio cortesano, cautivaban a los desterrados del valle.

-Puesto que podéis hablar delante de mis nietos -dijo el abuelo-, explicadnos ya cuál es vuestra misión.

-Mi misión es breve, señor -contestó Barrientos-.

Hay en el monasterio de Yuste un joven ligado a vuestros nietos por los vínculos de una amistad honesta y acendrada. Este joven ha estado gravemente enfermo, lo está, quizá, aún. En medio de sus amargos sufrimientos, sólo manifiesta un deseo, y ese deseo es ver a Conrado, estrechar su mano, oír la voz de su amistad. ¿Puede Conrado satisfacer ese noble deseo?

-¡No! -contestó el anciano con voz ronca-. Mi nieto no puede ir al monasterio.

-Señor -exclamó Pedro Barrientos, cruzando las manos en actitud suplicante-, abrid vuestro corazón a la piedad. Tened compasión del joven que salvó la vida a vuestro nieto. Os lo pido por Cristo, Redentor de los hombres.

-¿Sabéis lo que me pedís? -gritó el anciano con acento sordo-. ¿Sabéis qué pedís a una familia desgarrada por el dolor del sacrificio de todos sus recuerdos, de todas sus memorias, enrojecidas con la sangre de sus venas? Mis nietos y yo profesamos al joven enfermo el afecto más tierno; quisiéramos volar a su cabecera; quisiéramos llevarle con nuestra presencia la salud y la alegría; pero nos separa un mar de

sangre del monasterio, y nosotros no podemos salvar ese mar de sangre sin ser infames y mal nacidos.

Barrientos se quedó cortado ante aquella rotunda negativa. Sin embargo, antes de partir, quiso agotar todos los medios, y, apelando a la sensibilidad de Conrado, dijo:

-Vos, que sois un noble joven, ¿consentiréis que vuestro amigo sucumba sin unir vuestras suplicas a las mías para ablandar el corazón de este anciano?

A Conrado se le saltaron las lágrimas.

-Abuelo -dijo-, ¿no podré ir al monasterio una sola vez?

-¡Imposible! -exclamó el viejo con acento inexorable.

-¡Imposible! -dijo Magdalena con amargura-. Entonces, abuelo, si es imposible el obrar bien, ¿será posible que Dios se apiade de la mísera Humanidad? ¡Ay del corazón que se arruga para la gratitud! ¡Ay del que no sabe hacer un sacrificio por el que sufre, huyendo de la cruz del sufrimiento. «El que quiera venir conmigo al reino de los Cielos, tome su Cruz y sígame», dijo Jesucristo. El que no es agradecido no es bien nacido, dicen los hombres de bien. ¿Se ha dicho todo esto en balde, abuelo?

Pedro Barrientos oía a Magdalena como si su voz tuviera el áureo timbre de una música divina. El abuelo murmuró con acento sombrío:

-No puedo ceder; el sacrificio supera a mis fuerzas. La sangre de mis hijos quema mi corazón como el plomo derretido, y, ¡oh, fatalidad!, en este momento ni siquiera me siento obligado por las leyes de la gratitud.

-Abuelo, Juan me salvó la vida -dijo Conrado.

-Abuelo, Jesús perdonó en la cruz a sus verdugos -dijo Magdalena.

-Nos hemos jurado eterna amistad los dos -exclamó el joven con vehemencia-; ¿queréis, abuelo, que sea perjuro e infame?

-El tigre se venga de sus enemigos -dijo Magdalena-; la traicionera serpiente asesina al que la hostiliza. ¿Es el hombre una fiera? ¡Oh abuelo del alma! Acordaos de Jesucristo. Véngate de tu enemigo, dice la letra que mata; ama al que no te ama, dice el Evangelio.

-Además, abuelo, Juan es inocente -exclamó Conrado.

Además, abuelo -exclamó Magdalena-, Dios nos juzga, y la vida es breve. ¿Quién se atreve a comparecer ante Dios con el rostro cárdeno de vergüenza?

Barrientos no se pudo contener, y, derramando lágrimas de admiración, balbució:

-Señor, ¿tenéis el pecho de roble para no sentirle conmovido por la voz de estas bellas criaturas? ¡Oh nobles corazones, benditos seáis de Dios como lo sois de este rudo soldado!

-Basta -exclamó el anciano, levantándose agitado y tendiendo sus brazos a Magdalena -¡venciste, hermosa y santa niña. Tuyo es el triunfo, como lo será el Cielo.

Y, volviéndose a Barrientos, con los ojos arrasados de lágrimas, añadió:

-Volad, capitán, al monasterio; pedid permiso al Emperador para transportar a Juan a este castillo. Aquí se restablecerá. Las brisas de este valle le devolverán la salud. La amistad de mis nietos le proporcionara dulces sensaciones. Conrado y yo saldremos a recibirle a los confines del valle, y bajo el techo hospitalario de esta casa estará tan seguro como en un lugar sagrado. ¿No os parece capitán, que de esta manera se arregla y concilia todo?

Pedro Barrientos cayó a sus pies lleno de alegría, y quiso besárselos.

-Alzad, alzad -dijo el anciano al soldado, levantándole en sus brazos no hagáis que me sonroje ofreciéndome el premio del cumplimiento de mi obligación. ¿Estás ya contento, Conrado? ¿He obrado así bien, Magdalena?

Los dos jóvenes se arrojaron en sus brazos, y aquellos tres corazones se confundieron breves momentos en un abrazo indefinido.

Barrientos presenciaba aquella escena haciendo esfuerzos supremos por contener su llanto.

-El corazón se me va a salir del pecho -murmuró en voz baja.

Y luego, alzando los ojos al cielo, añadió:

-Gracias, Dios mío.

Despidióse el capitán del anciano, y se dispuso a partir. Conrado y Magdalena suplicaron a su abuelo les permitiera acompañarle hasta la salida del castillo. El viejo accedió.

-Dad un abrazo a Juan de mi parte -dijo Conrado a Barrientos, así que estuvieron lejos del anciano.

-¿Y vos, hermosa niña? -dijo Barrientos a Magdalena-. Vos, que tanto habéis hecho por el pobre enfermo; vos, que habéis recibido de Dios el don de conmover y persuadir, ¿nada me decís para Juan?

Magdalena bajó los ojos, y se puso encarnada como una rosa.

-Dadle esta flor -dijo. Y entregó a Barrientos una azucena que llevaba en la mano.

El capitán montó a caballo, y se lanzó por el valle a la carrera. De tiempo en tiempo volvía los ojos hacia el castillo, y hasta que dobló el collado no dejó de ver a Magdalena y a Conrado, que le saludaban con sus pañuelos.

LA DESPEDIDA

Al llegar Barrientos al monasterio, descubrió en el vestíbulo al Emperador.

-Me espera -dijo el capitán, y le saludó con el sombrero desde lejos.

El Emperador se levantó de su asiento como si hubiera sido movido por un resorte, y salió al encuentro del soldado. Así que llegó éste a su presencia, buscaron los dos la soledad del jardín contiguo, y el Emperador, con voz anhelante, le preguntó por el resultado de su misión. Barrientos le refirió minuciosamente la escena que había tenido lugar en el castillo y la proposición que le había hecho el viejo patriarca.

El Emperador se llenó de alegría, y dijo:

-¡Bendito sea Dios! Eso es el principio de una reconciliación. ¿Seríamos tan afortunados, Barrientos, que consiguiéramos alcanzada?

-Señor, sí -contestó el soldado-. Aquellos dos jóvenes son dos ángeles buenos, y el anciano no puede negarles nada. ¡Si hubiera presenciado Vuestra Majestad aquella escena! Corazones más nobles que los de los tres no es posible que existan en la tierra. Permita Vuestra Majestad a Juan que vaya a pasar al valle la convalecencia y Dios hará lo demás.

El Emperador se entristeció de repente.

-¡Ausentarse del monasterio! -exclamó-. ¡Ausentarse de mi lado y que no me permitan ir a verle! ¡Oh Barrientos! ¡Grande se me hace ese sacrificio!

-Pero, señor, esto no durará más que una temporada -dijo el capitán-. Así que Juan se restablezca volverá al monasterio.

-También dura la vida no más que una temporada -murmuró el Emperador con amargura-. ¡Y quién sabe -añadió -si durará la mía hasta que vuelva el huérfano!

Se quedó pensativo breves momentos, y luego dijo:

-¿No será una imprudencia, capitán, poner la vida de ese pobre niño a merced de un hombre que me odia tan fieramente?

-¡Oh señor! -contestó Barrientos-. Desconfiad del mundo entero menos de ese viejo patriarca. Yo he leído en sus palabras que es esclavo de las leyes del honor. «Bajo este techo hospitalario, me dijo, estará su vida tan segura como en un lugar sagrado.» Y así sucederá porque en España, señor, no se da el ejemplo de que un caballero falte nunca al sagrado de la hospitalidad.

-¿Y consentirá Juan en abandonarme? -preguntó el Emperador con voz trémula.

Barrientos no pudo contestar a aquella pregunta.

El Emperador reconoció su embarazo, y no insistió.

-Subid, capitán -le dijo-, subid a su cuarto y noticiadle que consiento en que sea trasladado al castillo cuando lo permita su estado.

El capitán, sin poder reprimir su alegría, obedeció y se marchó a pasos acelerados.

-Todos se alegran, y yo sólo sufro -murmuró el Emperador con tristeza, viéndole alejarse-, recibid ¡oh Dios mío!, con agrado este nuevo homenaje de dolor.

Se dirigió a la iglesia con la frente agobiada por un pesar sombrío, se arrodilló debajo del coro, en un rincón oscuro, y allí se enjugó dos lágrimas abrasadoras que le quemaban las pupilas. Después sacó su devocionario, y se puso a orar.

Entretanto, Barrientos había subido al cuarto del enfermo, y le había participado el fausto suceso.

Juan se entregó con toda su alma a un regocijo casi delirante.

-Me siento ya bueno, me siento ya bueno-decía-; mañana me trasladarán al valle, ¿no es verdad, capitán?

-Ni más ni menos -replicó Barrientos con tono zumbón; eso ha de ser cuando el médico lo disponga, señor mío.

-No me habléis de ese asesino -gritó Juan con furor-. ¿No véis que si lo dejáis a la elección de ese hombre maldito no me levantaré nunca de este lecho de tormentos?

-Por los cuernos del diablo, que tengáis más juicio -dijo Barrientos algo amoscado- mirad que si cometéis locuras, ni habrá valle, ni habrá castillo, ni nada de lo dicho.

El joven se calmó como por encanto.

-Está bien, señor Barrientos -dijo con humildad-, haremos lo que el médico mande, y ya veréis si tengo o no juicio.

Por fortuna del joven, entró el médico a la sazón y enterado de todo por el capitán, asintió a la traslación del enfermo, y hasta aseguro que le sería muy conveniente para acelerar su convalecencia.

Juan se incorporó, y le tendió los brazos con infantil entusiasmo.

-Según lo que habéis dicho, doctor -exclamó Barrientos- ¿podremos llevar a Juan al valle de aquí a ocho días?

-¡De aquí a ocho días! -dijo el huérfano haciendo un gesto feroz-. ¿No es verdad, querido doctor, que el capitán no sabe lo que se pesca? Decidle que no lo sabe, decídselo.

El médico se sonrió.

Si se transporta cuidadosamente en una litera -dijo-, podrá hacerse el viaje de aquí a dos días.

-¿Lo veis, capitán-exclamó Juan, batiendo las palmas-, lo véis cómo no hace falta esperar vuestros ocho días? Ahora sí que me he convencido de que el señor doctor es el más sabio de los hombres.

Barrientos se declaró vencido, y la partida quedó fijada para el plazo señalado por el médico. En efecto, así sucedió.

Se preparó una litera convenientemente, se surtió al enfermo de ropas de abrigo, se buscaron cuatro robustos jayanes para conducirlo, y se avisó a los habitantes del castillo, por conducto de Barrientos, el día de la marcha. En el momento de la partida, que se verificó en una hermosa y templada tarde, el joven fue al cuarto del Emperador a despedirse de él.

Estaba con el regio huésped don Luis Quijada, y al ver entrar al joven, se salió y los dejó solos. Juan se arrodilló delante del Emperador, y le besó las manos. El Emperador estaba tan pálido, tan conmovido, que apenas podía articular palabra.

-¿Ya te vas?-le dijo, por fin, con voz balbuciente.

-¡Oh señor! -exclamó el huérfano-. Jamás olvidaré que debo a Vuestra Majestad el beneficio de ir a gozar de la dulce amistad de los moradores del valle.

El rostro del Emperador se contrajo por una expresión de dolor intensa y desgarradora. Hizo un esfuerzo supremo, y, lo que no había hecho nunca, abrazó al huérfano y le besó en la frente.

-Parte y sé dichoso -le dijo.

Y cayó sobre su asiento, cubriéndose la cara con las manos.

El joven partió acompañado de Pedro Barrientos. Media hora después de su marcha, el Emperador, montado en la mansa jaquilla que le servía para sus pequeños paseos, y seguido de sus fieles amigos Luis Quijada y Don Luis de Ávila, se dirigió también hacia el valle por el camino que llevaba Juan.

Durante algún tiempo pudo el Emperador seguir con la vista, desde lejos, la litera y la comitiva del huérfano. Le vio llegar al valle desde el collado donde el joven y Barrientos reposaron algunas horas.

Desde aquella altura descubrió a Ruy Gómez y a Conrado, que, escoltados por numerosa comitiva de escuderos y de hombres de armas, salieron al encuentro del joven y le prodigaron todo género de atenciones cariñosas.

Desde aquella misma altura descubrió también en la torre de Alicia el blanco y vaporoso contorno de Magdalena, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

Desde aquel sitio vio también desfilas la cabalgata, escoltando la litera en dirección del castillo, y vio también volverse a Pedro Barrientos, que, 106 después de haber entregado a los moradores del valle el precioso

depósito consideró terminada su misión, y emprendió, triste y cabizbajo, el regreso a Yuste.

El Emperador permaneció sobre la colina hasta que Juan y su comitiva desaparecieron tras de los muros del castillo. En aquel momento llegó Pedro Barrientos al collado.

Salió a su encuentro, y le dijo:

-¿Ha quedado contento?

-Feliz como una alondra que tiene libertad.

-¿Y no os ha dicho nada para mí?

-Nada, señor.

El Emperador picó a su jaca bruscamente y tomó el camino al monasterio. Después elevó al Cielo una mirada errante y dolorida, y murmuró en voz baja:

-¡Ingrato, ni siquiera me ha consagrado un recuerdo!

IV

LA PAZ DEL VALLE

La convalecencia de Juan, a pesar del benigno clima del valle y de la solicitud y tiernos cuidados de los moradores del castillo, fue más larga de lo que todos pensaron. Transcurrieron algunos meses.

Finalizaba ya el año 1557, y Juan permanecía todavía en el castillo. Durante aquel espacio de tiempo ni una sola vez había visto al Emperador. No tenía más noticias del convento que las que le llevaba el capitán cada tercer día. El capitán era la única persona del monasterio que podía ir al castillo.

Al principio, el tiempo que empleaba en ver a Juan era tan tasado, que nunca se le permitía estar a su lado más que una hora. Creía que su presencia no era del todo grata a los huéspedes de la morada señorial, y no se atrevía a abusar de su condescendencia.

Después, con su amable franqueza de soldado, consiguió merecer la estimación del anciano patriarca y de sus nietos, y pasaba las tardes enteras en su agradable compañía.

En los primeros días del año 1558 se encontraba ya Juan completamente restablecido, y, a pesar de que el invierno se presentaba con alguna crudeza, volvió a recobrar su primitivo vigor ya sentirse fuerte para soportar todo género de fatigas.

Preguntaba a Barrientos por la salud del Emperador, y el capitán contestaba que era excelente, en lo cual no decía verdad, porque desde que Juan se trasladó al castillo no cesaron de molestarle sus achaques, y arrastraba una vida triste y valetudinaria.

Sin embargo, las buenas nuevas de Barrientos tranquilizaban al joven que de cuando en cuando sentía misteriosas inquietudes por la salud del Monarca.

Dos o tres veces había manifestado deseos de ir a verle a Yuste; pero Barrientos juzgaba que no convenía interrumpir un solo momento el sistema de reposo y sosiego que se empleaba en su curación, y logró disuadirle de su idea.

Al principio del año 1558, y hallándose el joven completamente restablecido y sano, comprendió que era llegado el momento de abandonar el castillo y de regresar al monasterio. Dio parte a Conrado de su resolución primeramente, y Conrado se entristeció.

-Suspended la partida un poco de tiempo más -le dijo.

Y el huérfano obedeció.

Transcurrieron algunos días, y volvió a insistir en la necesidad de abandonar el castillo. Aquella vez estaba delante Magdalena, la cual le dijo:

-Esperad que cesen los fríos. Ya va a venir el buen tiempo, y entonces volveréis al convento completamente curado.

El joven también obedeció. Una fuerza misteriosa le retenía involuntariamente en aquellos lugares, tan gratos a su corazón. ¡Qué mansión tan encantadora era aquella para el huérfano! Apenas había un sitio donde no estuviera sembrado un dulce recuerdo que despertaba en su alma las emociones más halagüeñas.

Durante su larga convalecencia, la amistad de Conrado había hecho prodigios para amenizar su cautiverio. El viejo patriarca le había también acreditado su bondad de mil maneras, y la tierna Magdalena, gloria y encanto de aquella hermosa morada, parecía haber saturado de una alegría divina el ambiente que respiraba.

¡Qué previsión tan feliz la de la inocente niña!

Las flores más hermosas del huerto estaban siempre frescas y lozanas en los búcaros de la habitación de Juan. Todos los alimentos del enfermo pasaban por sus manos. Cuando estaba triste, le contaba una porción de cosas bellas y consoladoras. Cuando estaba entregado al reposo, velaba por que nadie interrumpiera su sueño. Cuando se iba a acostar, rezaba con él y con su hermano la última oración de la noche. Cuando se levantaba, era en su rostro donde descubría la primera sonrisa.

Entreteníase en el jardín en coger hermosas mariposas en presencia del anciano que presidía todos sus recreos con la indulgencia y la bondad de sus años; y cuando Juan se fatigaba por efecto de su extremada debilidad, decía ella:

-Sentaos con el abuelo. Los enfermos y los viejos no pueden correr como nosotros. Yo os traeré todas las flores y las mariposas que queráis.

Y, en efecto, revoloteaba por el jardín como una abeja, y cuando volvía al lado del anciano y de Juan traía siempre para los dos un bello presente.

-¡Oh, edad dichosa, en que la fuente de la ventura está surtida con las aguas de la pureza, y en la que no se tiene valor para hacer daño al más despreciable insecto!

Aprisionaban a las pobres mariposas por sólo el placer de examinar de cerca sus matizadas alas; pero cuando habían saciado su inocente curiosidad, las soltaban y restituían su amable libertad.

Un día quiso Conrado escalar un frondoso álamo para apoderarse de un nido de tiernos jilguerillos. Magdalena se enfadó, y le dijo:

-No lo hagas. ¿No ves que lloraría su madre?

Agradaban sobremanera al anciano y a Juan los cantos populares, que por entonces solían componerse sobre la letra de los romanceros. Los gitanos, que siempre han abundado en España, y entonces más que ahora, por ser la mayor parte de ellos de procedencia morisca, habían reemplazado a los antiguos bardos y a los cultivadores de las gayas ciencias, y al son de rústicas guitarras solían entonar cantigas de bastante sentimiento, impregnadas en el perfume erótico de la poesía arábica.

Pero los cantos guerreros no agradaban a Magdalena por su rudeza bravía, y las baladas moriscas solían pecar de obscenas casi siempre. Por esto ella, que tenía una voz dulce y argentina, semejante al gorjeo del ruiseñor, compuso varias canciones inspiradas en la musa cristiana, y cuando las entonaba estremecíanse de ventura los moradores del castillo, como si sintieran en sus oídos el roce de las alas de los ángeles.

De las composiciones de aquella sacerdotisa del templo de la poesía mística nos ha quedado el siguiente retazo:

De niña perdí a mi madre,
perdí a mi madre al nacer,
por eso visto de negro
y está pálida mi tez.
A la ermita del castillo
bajé a llorar una vez
y en el altar de la Virgen
dos blancos cirios vi arder.
-Señora -dije cayendo
de rodillas a sus pies-,
vengo buscando a mi madre,
¿sabéis si la encontraré?
Miróme tierna la Virgen,
y en sus labios de clavel
pintóse una risa dulce
como el panal de la miel.
Después creí que me hablaba,
y aún me pareció entender
que estas palabras decía,
estas palabras sin hiel:
-Soy la Virgen del Amparo;
ven a Mí y te ampararé
que ser Madre es mi delicia
del que la llegó a perder.
"Todo el que pierde a su madre
la encuentra si busca bien,

y si no la halla en el mundo,
es que no me viene a ver."
Dejé la ermita llorando,
mas llorando de placer,
y con mi madre querida
aquella noche soñé.
De entonces visto de blanco
y está rosada mi tez,
y cuando bajo a la ermita
y miro a la Virgen bien,
encuentro en Ella una madre
que protege mi niñez.

Sería imposible reproducir fielmente las dulces sensaciones que producían estos cánticos en aquellos sencillos corazones, que rendían a la virtud un culto apasionado y espontáneo.

Por lo demás, las costumbres de aquella vida tranquila y serena estaban ajustadas a la moral de los tiempos primitivos, y, por lo mismo, eran una mezcla de austeridad patriarcal y de rústica confianza.

En la hora de la comida se reunían en un gran salón todos los servidores del castillo, y se sentaban a la mesa de su señor, que presidía la refección.

Colocábase un alto sillón tallado y blasonado para Ruy Gómez en uno de los testeros de la mesa, y a sus lados sentábanse Conrado y Magdalena, que servían a su abuelo la copa y la comida. A los dos lados de la mesa se colocaban los criados por el orden de su categoría, y el testero de enfrente quedaba siempre sin ocuparse, aun cuando en él se ponía también servicio de mesa, porque se destinaba a romeros, peregrinos y, en general, a todo el que le pedía hospitalidad.

Servíase a Ruy Pérez triple ración que a todos los asistentes, en señal de deferencia, por ser dueño de la casa, y a su heredero primogénito se le ponían dos raciones. Excusado es decir que todo aquello se hacía por ceremonia, y que ni el uno ni el otro usaban de aquel privilegio.

Antes de empezar la comida poníase en pie el anciano, y decía en latín el Benedicte; todos se levantaban también y repetían la oración con religioso silencio. Después de la comida volvía a repetirse la oración, que se hacía entonces en castellano, bajo esta invocación:

"Por los beneficios que Dios nos hace sin merecerlo". Y a continuación rezaban el Pater Noster, el Credo y la Salve.

Por la noche, después de la cena, rezaban el santo Rosario, que unas veces repasaba Conrado, y otras Magdalena; y cuando llegaban a la Letanía, ponían se todos de rodillas hasta concluir la devoción.

En la planta baja del castillo había, como ya se ha dicho, una capillita consagrada a la Virgen del Amparo, y desde la capilla se bajaba a un magnífico panteón subterráneo, donde estaban los sepulcros de aquella ilustre familia.

Como era natural, el cuidado de la capillita corría a cargo de Magdalena, y el del panteón al del anciano. De esta manera, solicitados por gustos diferentes tenían el placer de hallarse siempre cerca el uno del otro.

Los sepulcros del panteón eran de un mérito nada común. Los antiguos estaban labrados en granito, y los más modernos, en mármol; pero la riqueza de los modernos no podía competir con el gusto de los otros.

El anciano había conseguido, a fuerza de paciencia y de perseverancia, rescatar los cuerpos de sus dos hijos, muertos en el cadalso, y, conducidos al castillo en cajas de plomo, ocuparon en el panteón dos suntuosos mausoleos de mármoles y jaspes, con los que no se omitieron dispendioso

Ante estos mausoleos era donde se arrodillaba con frecuencia el anciano, consagrando a la memoria de sus malogrados hijos, con más predilección que a la de los que dormían el sueño eterno en los otros sepulcros, sus lágrimas y sus oraciones.

Así, la mayor parte de las noches, después de la cena y de la devoción del Rosario, solía bajar a aquel sitio, que tenía más de agradable que de lóbrego y medroso, y antes de ocupar el lecho del descanso hallaba complacencias en saludar aquellas tumbas que guardaban las cenizas de sus antepasados y de sus descendientes.

Tales eran las costumbres domésticas de los moradores del valle. El huérfano de Yuste se aclimató a ellas sin violencia, tributándolas homenajes de admiración y respeto; y los meses que vivió a la sombra del techo hospitalario de aquella ilustre y desgraciada familia parece ser que fueron los más venturosos de su vida.

EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

Durante la estancia de Juan en el valle, la salud del Emperador, oscilando siempre entre el peligro y el alivio pasajero, habíase quebrantado mucho, y los monjes, que presenciaban aquella decadencia marcadísima, llegaron a concebir serios temores por la vida del ilustre solitario.

Las alteraciones de su salud introdujeron también alguna alteración en sus costumbres. De día en día se fue haciendo menos expansivo, y aunque nunca perdió su dulzura y su benevolencia, hallábanle menos comunicativo y más sombrío y taciturno. Aquellas amenas pláticas del vestíbulo, tan llenas de encantos y atractivos para sus amigos y servidores; las excursiones que en los días de sol y de benigna temperatura solía hacer por la huerta y por los pintorescos alrededores del monasterio; todos los recreos, todas las expansiones se suprimieron por completo, con harto pesar de los que le acompañaban y tenían el alto privilegio de oírle y admirar de cerca las nobles prendas de su corazón. Hacía mallas digestiones, tenía fiebre muchos días, y la gota le hacía sufrir grandes molestias. Sin embargo, en medio de sus padecimientos, no desatendió dos cosas: sus devociones y el ejercicio de la beneficencia.

Seguía consagrado a las primeras con más celo y fervor que nunca, y a veces redoblaba tanto su actividad por la oración, que no parecía sino que buscaba en ella distracción y alivio para algún padecimiento del ánimo, sordo y misterioso. Ayunaba y se maceraba con frecuencia; comulgaba todos los días y escuchaba con gran placer la lectura de los Padres de la Iglesia.

El médico del convento hubo de manifestarle la necesidad en que se hallaba de moderar los cilicios y reducir las penitencias, a lo que contestaba sonriendo tristemente que no los moderaba porque eran medicinas del ánimo, que tenía en más estima que el cuerpo. Ya de antiguo, era conocida su escrupulosidad para rendir el debido culto a las cosas divinas. Las crónicas refieren que, terminadas las cosas de Vormes, fue a tener las fiestas del Corpus en Maguncia y, a pesar de ser 30 de mayo y hacer un calor insoportable, acompañó la procesión a pie, con un cirio en la mano y la cabeza despojada, contestando a los que le advirtieron que le podía hacer daño el sol aquel célebre dicho: "A ningún católico ha ofendido nunca el sol de este día, ni el sereno de Jueves Santo".

Así como los soldados se habían dejado matar por él de buen gusto en toda ocasión, los frailes le tenían tal cariño y apego, que cuando estaba enfermo no podían tener tranquilidad si no se les daba nuevas suyas a cada momento. Los soldados le amaron siempre por su liberalidad y porque decían que "excedió a todos los hombres de a caballo en su tiempo en el manejo de la brida, y era tan sufrido y parecía tan bien armado, que por haber nacido Rey perdieron en él el mejor caballo ligero de aquel siglo". Los frailes le amaron porque su sencillez, su piedad y su mansedumbre los tenía edificadas.

Durante el período de la ausencia de Juan, en que, como ya se ha dicho, había puesto tasa a sus recreos, ofreció a la Comunidad algunos rasgos de sus generosos desprendimientos.

Hay una anécdota, que la tradición refiere así:

Halló un día en el pórtico del convento un viejo menesteroso, que le pidió limosna con estas palabras:

-Señor, tuve cinco hijos, y todos murieron en la guerra.

-¿Habéis dado cinco hijos a la patria, y pedís limosna? -exclamó

Desde hoy, sois mi pupilo.

Y, abrazando al viejo, añadió:

-Si yo siento, anciano, no llevar hoy el manto imperial sobre mis hombros es por no poder cubrir con él vuestra desnudez.

Se recogió al mendigo, y se le mantuvo hasta su muerte.

Con estos rasgos de magnanimidad alternaban otros de índole diferente, pero que revelaban siempre o la agudeza de su entendimiento o la indulgencia de su corazón.

A veces era cáustico en el decir; pero atemperaba los chistes de tal manera a las reglas de la honestidad y de la decencia, que todas sus frases quedaron como proverbiales.

Cuando el autor de este libro examinó, en la iglesia del vecino pueblo de Garganta la Olla, parte de la sillería del coro de Yuste, no pudo menos de mostrarse sorprendido al ver las raras esculturas de aquellas piezas. En muchos de los respaldos de las sillas se observan unos mismos relieves, y consisten en la representación de varias figuras humanas, de rostros alegres, metidas en toneles hasta el pescuezo.

Preguntado el significado de aquellas extravagantes alegorías de la época de la residencia en Yuste del Emperador, se le dijo que cuando éste llegó por primera vez al monasterio, pasó la sierra del Salvador en litera, conducido en hombros de robustos jayanes. Parece ser que éstos eran de Cuacos, y, deseoso el Emperador de recompensar el trabajo de aquellos hombres, hubo de preguntarles con qué podrían pagarles la molestia y la incomodidad que habían tenido. Respondieron con rústica sencillez, que les dieran un poco de vino. A lo que contestó: "Dadles un pellejo a estos borrachos."

De esta anécdota, pues, se tomó el asunto del relieve de la sillería, y el artista tuvo el capricho de representar a los de Cuacos metidos en toneles hasta la barba, otorgándoles una patente de aficionados a Baco que les mortifica hoy un poco, y con razón.

Muchas y buenas son las frases del Emperador que hicieron fortuna por su causticidad y agudeza; y de todas ellas, las unas, verdaderas, y las otras inventadas hay abundante copia en las historias y en las crónicas posteriores a su muerte; pero algunas deben acogerse con reserva, porque son producto del afecto exagerado de sus amigos o de la mala fe de sus enemigos. Dícese que oía una vez, en Yuste, leer la descripción del entierro del gran Saladino, Emperador de Oriente, y al saber que había dispuesto que llevaran una mortaja en la punta de una pica, y que un heraldo dijese en alta voz: A Saladino, vencedor del Asia, de cuantas riquezas ha conquistado, sólo le queda esta mortaja, exclamó:

-¡Ah!, bermejo. ¿Y ese hombre no murió cristiano?

Como prueba de su buen juicio sobre las cosas de la muerte, refiere Sandoval y Zúñiga que muchos años antes de retirarse a Yuste visitó un famoso convento, donde estaba enterrada con ostentación una gran señora del reino, poco alabada de honesta.

Por lo cual dijo al prior:

-No le bastan cuatrocientos años de penitencia. Metedla allá, que aquí la publicidad del sepulcro está acordando lo que allí olvidará el silencio.

Llovieron peticiones sobre él durante su permanencia en Yuste para que influyera en toda clase de asuntos cerca del Rey su hijo, y de la corte, que de buen grado le hubieran otorgado todo linaje de favores; pero uso de sus prerrogativas con tanta sobriedad y moderación que sólo pidió dos negocios: "uno, en favor de una señora, para quien escribió a la Princesa que el favor fuese si tenía justicia, y para un deudo del comendador mayor don Luis de Ávila pidió un hábito".

Refiérese otra anécdota de un vecino de Tornavacas que tenía un hijo en la cárcel por un delito común, y acudió al Emperador, buscando indulgencia y llevando en su descargo un presente de frutas del país. El Emperador negóse rotundamente a recomendarle por ser mala la causa, y el padre del culpable marchóse recogiendo de paso el presente que le había llevado. Acción ruin que afearon algunos, y que él disculpó añadiendo:

-Si yo hubiera podido hacer lo que me pedía ese hombre, sin avergonzarme, habría yo gozado más en verle ir satisfecho que desesperado.

¡Nobles palabras, con las cuáles atenuaba generosamente la torpe y mísera condición de aquel desgraciado!

Estas y otras cosas semejantes le hacían vivir en la estimación de los monjes, que le amaban con delirio y sufrían con gusto las privaciones, las penitencias y el trabajo que les daba. Así es, que a su muerte enseñaban a todo el mundo los sitios que había frecuentado el grande hombre con el mismo placer que los macedonios enseñaban las huellas de Alejandro.

Al empezar el invierno de 1558 recrudeciéronse los males del Emperador. La estación se presentaba bastante rigurosa, y, cogiéndole ya débil de atrás, se rindió más pronto. Juan seguía en el valle. Era indudable que su ausencia contribuía a agravar el estado del ilustre solitario, al menos en la parte moral.

Cruelles temores y repentinas inquietudes, presentimientos infaustos y zozobras desoladoras se apoderaban de continuo de su corazón acerca de la permanencia del joven en el castillo, habitado por sus inflexibles enemigos, y unas veces se figuraba que podrían vengar en ellas afrentas producidas por la cuchilla de la ley y otras le asaltaban cuidados de que el joven pudiera concebir por la nieta de Ruy Gómez una pasión romántica y desgraciada; otras se mostraba intranquilo por la duración de su convalecencia, y otras se lamentaba de no poderle ver, por los impedimentos que la mano implacable del Destino había acumulado.

Consolábale Barrientos. Tranquilizábale de continuo; disipaba sus dudas con las referencias verídicas que le hacía de todo cuanto pasaba en el castillo, y no perdonaba medio para infundir la paz y la esperanza en su pecho desasosegado.

A la presunción de los peligros que podían rodear a Juan en el castillo, respondía Barrientos haciendo la pintura de los nobles caracteres y de las virtudes que poseían sus dueños; a los temores de que pudiera concebir una pasión exaltada por Magdalena, respondía pintando el idilio de fraternidad de las tres criaturas; a la inquietud por la duración de su convalecencia, oponía todos los argumentos que sugiere la santa virtud de la esperanza, y así reflexionaba en todo.

Sin embargo, a pesar del crédito que el Emperador daba a Barrientos, porque le juzgaba adornado con todas las prendas del hombre de bien, no podía tranquilizarse acerca de un punto, sobre el cual no osaba él mismo a veces detener su pensamiento sin experimentar vivos dolores.

Recordaba la facilidad con que el huérfano se había emancipado de su tutela y de la de don Luis Quijada, que le había servido casi de padre: recordaba, en fin, las dulzuras que había encontrado en aquella separación y los escasos deseos que le asaltaban de acortarla; y cuando pensaba en esto, cuando venían a su memoria los recuerdos de todo lo que estaba sucediendo, una sospecha cruel, una duda más

amarga que todas las dudas, llamaba a las puertas de su corazón y le atribulaba.

Esta sospecha, esta duda, se reducían a pensar si Juan sería desagradecido. El Emperador sufría extrañas y misteriosas mortificaciones cuando surcaba los caminos de su imaginación esta idea horrible y martirizadora, y no podía sondear esta cuestión sin sentir temblar su corazón en la soledad y en la sombra.

-¡Si fuera un ingrato! -decía a veces, en presencia de Barrientos-. Si su corazón fuera insensible a las dulces sensaciones de la gratitud, ¿no tendría yo motivos para deplorar que el Cielo salvara su vida de la reciente enfermedad?

El capitán lograba expulsar de su cerebro estas ideas. Algunas tardes, cuando se sentía menos fatigado por sus achaques, solía ir con don Luis de Ávila y con Luis Quijada al valle, y permanecían en el collado, desde donde se domina el castillo, algunas horas. Cuando no podía hacer el camino a caballo, lo hacía en una silla de manos, llevado por hombres del país.

Hallaba complacencias en visitar aquel sitio, donde se respiraba un aire tan puro y vivificante, y, sobre todo, parecía hallar grande alivio para sus dolencias morales, considerándose tan cerca del recinto donde se encontraba el convaleciente.

Muchas veces, en los días en que Barrientos iba a hacer su visita al castillo, aguardaba allí su regreso y le preguntaba, con grande anhelo, por el estado de su curación.

Algunas veces se aventuraba a decir al capitán, tímidamente:

-¿No desea volver a Yuste?

El capitán, por consolarle, decía que sí; pero él conocía el artificio, y se sonreía amargamente.

Era indudable que todo lo que se relacionaba con el joven hería al Emperador en las más delicadas fibras. Por él sufría en silencio, por él pensaba, por él sentía un dolor misterioso y profundo. ¿De qué procedía este dolor? Sólo dos hombres lo sabían. Estos dos hombres eran su confesor y Luis Quijada. Pero su confesor no podía revelar los secretos de la penitencia, y el pecho de Luis Quijada era silencioso como una tumba.

Por aquel tiempo, y hallándose a la sazón el Rey Don Felipe II en Madrid, partió Luis Quijada de Yuste con dirección a la corte, llevando un pliego del Emperador de gran importancia.

UN SUEÑO DESVANECIDO

Mientras en Yuste reinaba el dolor, en el valle sonreía a sus moradores el ángel invisible dispensador de la felicidad.

La vida en el castillo era un idilio de pureza, un poema de ternura, una fuente inagotable de dichas celestiales, compañeras inseparables de la inocencia y de la bondad del alma.

El viejo patriarca veía deslizarse los últimos días de su existencia en calma y bonanza, y el sol que alumbraba su felicidad parecía extinguir a cada momento las nubes de melancolía que se habían acumulado sobre su corazón en el espacio de muchos años, llenándole de amarguras sin término.

Eran sus nietos báculos de su vejez cansada y regocijo de su ánimo ¡Era Juan un huésped amable, en quien resplandecían los dones de la santa amistad, y eran los tres el alivio más grande de su corazón, atravesado desde antiguo por la espina sangrienta del dolor.

Hay un poder oculto y misterioso, derivado de Dios, que acerca los viejos a los niños, como se acercan las sombras de la noche a la luz rosada de la aurora. Sin los buenos oficios de ese poder santo y providencial, que dispone al corazón humano para el ejercicio de la indulgencia más humanitaria y sublime, la ancianidad gemiría en perpetuo desamparo, cual si fuera una jerarquía maldita y execrable, y la niñez no gustaría los dulces néctares de una tolerancia perseverante, de una benignidad, de una dulcedumbre como las que se amparan de la blanca diadema de la vejez. Sólo un anciano puede ser constante para tolerar las impertinencias de un niño; sólo un niño concede a un anciano la atención que se hace insoportable para los hombres.

Hallábase, pues, en el castillo noblemente representada esta hermosa relación de la vida, en que lo tierno, lo gracioso y lo venerable se mezclaban gallardamente para ofrecer el más bello conjunto de inocencia y de ventura.

El abuelo buscaba la sociedad de sus nietos con el dulce anhelo que busca el solitario girasol al rayo dorado del astro del día; y los nietos, lejos de huir del abuelo, corrían siempre a su encuentro, con el tierno afán del cervatillo que sigue las huellas de su madre.

Contábales el viejo sus hazañas guerreras y las hazañas de otras edades, y ellos estaban pendientes de sus labios, como debieron estarlo los griegos de los de Homero cuando revelaba las grandes imaginaciones de la Grecia fabulosa. En cambio, cuando ellos referían al

anciano los purísimos ensueños de su alma virgen, sonreía de ventura, porque todos aquellos ensueños parecían responder a los pensamientos más bellos del honor y de la virtud.

Presidía sus juegos infantiles, y aún tenía complacencia en disponerlos o dirigirlos por sí mismo, tomando en ellos una parte, que servía para acrecentar la mutua confianza.

Así, él fue quien le enseñó a Conrado la esgrima; él fue quien le acostumbró a los ejercicios de fuerza y de fatiga, y durante la estancia de Juan en el castillo, él era el que disponía y ordenaba los recreos de los jóvenes, procurando que, a la vez que los divirtiesen, redundaran en beneficio de su salud, de su agilidad y de su bizarría. A medida que la convalecencia de Juan iba adelantando, el anciano variaba los ejercicios, marchando de lo fácil a lo difícil, y de menos a más, para que lo útil no perjudicase; y de esta manera, tan cauta y prudente, llegó a conseguir que los jóvenes hicieran prodigios de valor, de destreza, de agilidad y de fuerza.

En el hermoso huerto del castillo, bajo los rayos de un sol puro, que siempre alegraba y nunca abrasaba, respirando las auras vivificadoras del valle, impregnadas siempre en balsámicas esencias, tenían lugar de ordinario aquellos recreos, aquellos ejercicios físicos de los cuáles sólo quedan hoy copia imperfecta en algunos pueblos del país vasco y de la Navarra francesa, cuna de los selváticos reyes del Bearn.

Ejercitábalos el anciano en la carrera, en el salto, en el juego de la barra, en la equitación y en la ascensión a grandes alturas sin más auxilio que una cuerda. Merced a estos ejercicios, corrían el uno y el otro como lebreles, cabalgaban como el mejor jinete, y hubieran tomado por asalto la más gigantesca fortaleza teniendo sólo un cabo para subir a ella.

Algunas veces, para ejercitar sus pulsos y acostumbrarlos a manejar la lanza, mandaba levantar el anciano una especie de andamio, construido al intento, en el cual se colocaba un cubo de agua, sostenido por dos travesaños movibles, que le hacían oscilar al menor impulso. Pegada al cubo se colocaba una tabla lisa, con un agujero en el medio. En cualquier punto que se tocara a la tabla, no siendo en el agujero, bastaba para que se derramara el agua del cubo, y pusiera como chupa de domine al que estuviera abajo. Dispuesto así este mecanismo, el anciano hacía pasar a caballo a los jóvenes, lanza en ristre, debajo del andamio y enfilando el agujero de la tabla. El infeliz que erraba el golpe, recibía el cubo de agua, si no andaba listo, y el que acertaba, recibía como premio un hermoso ramo, tejido por Magdalena. Esta diversión y otras semejantes se repetían con frecuencia y eran del agrado de los jóvenes. Era tan noble, tan pura, la amistad que los dueños del castillo dispensaban a Juan, que desde que le conocieron y supieron la deuda

de gratitud que tenía con el Emperador, por haberle salvado la vida de niño, confiándole a la tutela de su mayordomo, se abstuvieron de hablar en su presencia de sus resentimientos; y cuando sentían necesidad de invocar los dolorosos recuerdos de su familia, hacíanlo en secreto, y procurando que el eco de sus palabras no fuera a herir el corazón del huérfano agradecido.

De esta manera tan generosa se interpretaban antiguamente los deberes de la hospitalidad y se respetaban las afecciones santas y legítimas.

Digamos algo de algunas confidencias íntimas de los jóvenes.

Siendo ya Conrado, como lo era, un doncel bizarro entrando en la edad de cinco lustros, pensaba, y con razón, que estaba llamado a sobrevivir a su abuelo, y por su vasta fortuna, por sus altas prendas de carácter, por su juventud y sobre todo, por sus aficiones guerreras, sentíase inclinado a otra vida más alborotada y bulliciosa que la que se hacía en el castillo. Decía él a Juan, a solas:

Yo no podría resignarme a vivir toda la vida, como un ermitaño, en esta fortaleza, acogotando a los toros que pacen en el valle y rompiendo con mi hacha el testuz a los jabalíes de la montaña. Siento la necesidad de otro mundo, de otras costumbres, de otros ejercicios diferentes a estos. A mí, hay dos cosas que me seducen, sin conocerlas, y estas dos cosas son la guerra y el amor. ¿No os seducen a vos también?

Juan se sonreía, y contestaba:

-No pienso más que en ellas.

Estas confidencias tenían encantos inexplicables.

Un día, poco después de la partida de Luis Quijada del monasterio de Yuste, y cuando Juan estaba ya completamente restablecido, llegó Barrientos al castillo, y encontrando en el huerto solos a los dos mozos, les dijo:

-Hoy traigo un chaparrón de buenas noticias, y os juro por veinte legiones de diablos que en cuanto las diga vais a bailar de contento.

-¿Sí?-exclamó Conrado-. Pues buena falta nos hace, porque nos aburrimos como belitres.

-¿Qué nuevas traéis? -preguntó Juan.

-¡Una friolera! -dijo Barrientos-. Parece ser que el Rey, nuestro señor, ha declarado la guerra a esos malditos franceses, que Dios confunda, y que va a haber una zambra de todos los demonios.

-¡Oh! ¡Qué alegría! -dijo Juan-. ¿Con que va a haber guerra?

-y guerra para días -exclamó Barrientos-, porque esos condenados franceses son más testarudos que el mismísimo Barrabás. Pero lo que es de esta hecha creo que han de quedar más escarmentados que en Pavía, donde se quedaron con un palmo de narices viendo cómo nos traíamos su Rey a Madrid hecho un pobre hombre.

-Sin embargo -dijo Conrado-, ya sabéis, capitán, que ese Rey dijo, y con razón, que todo lo había perdido, menos el honor.

-Es verdad -contestó Barrientos con tono de mofa-, pero maldito si yo hubiera querido para España el honor de aquella derrota. Sí, voto a Santiago. Quedáronse ellos con el honor, y nosotros nos colgamos la batalla. Para mi santiguada, que si todos los rabotazos de la fortuna son como aquél, ya pueden los franceses echar su honor en remojo, porque va a quedar más tundido que la piel de una cabra en manos de un curtidor.

-No es desdoro el ser vencido -dijo Conrado.

-Pero tampoco lo es el ser vencedores -añadió Barrientos, con tenacidad implacable-; y gloria por gloria, quiero más, voto a cribas, la que hay en aporrear que en la de salir aporreado. Además, la gloria del vencido aumenta la del vencedor, y yo, vive el cielo, estoy por estos aumentos, y no por quedar molido como cibera y gritar como una urraca que tengo honor, aunque no me palpe un hueso sano.

-De todos modos -dijo Juan, procurando desviar al capitán de aquella senda, en que le salía al encuentro el mal humor de Conrado-, siento que hagamos la guerra a los franceses, que son nuestros vecinos, y, además, cristianos, como nosotros.

-Pues ¿a quién diablos se la queráis hacer?-preguntó Barrientos, riendo a carcajadas

-Pardiez -exclamó Juan-, a los turcos.

-¡Qué locura! ¡Bueno sería dejar en paz a los lobos por andar a latigazos con los perros!

-Sin embargo -exclamó Juan, clavando sobre Barrientos una mirada refulgente-, los lobos de Francia no son tan dañinos como los perros de Mahoma. Éstos, éstos si que son bestias feroces, que se alimentan del hurto y de las carnicerías. Éstos, éstos sí que son los que devastan la Europa y la siembran de luto con sus rapiñas y latrocinios. ¿No sería mejor que, en vez de levantarse cristianos contra cristianos, se levantaran todos contra los turcos, y no quedara a salvo un turbante, ni aun para adornar la tumba del Profeta? ¡Oh! -añadió el joven con entusiasmo-, si yo estuviera cerca del Rey, nuestro señor, si él quisiera oírme yo le diría todo esto, y le convencería de que vencer a los cristianos no es empresa tan alta como acorralar turcos y arrojarlos al desierto, para que vivan en compañía de los tigres y de los leones.

Y al concluir estas palabras, el rostro de Juan brillaba, con los fulgores más vivos del genio, de la intrepidez y del valor. Barrientos le contemplaba con íntima satisfacción.

-Decid, capitán -exclamó Conrado, que había permanecido silencioso y taciturno-, ¿iréis vos a la guerra?

-Creo que sí, -respondió Barrientos.

-¿Nos abandonáis? -dijo Juan, tristemente.

El capitán se sonrió.

-Creo que no -dijo.

-¿Cómo explicaréis eso?

-De una manera muy sencilla. El Emperador me ha dicho esta mañana que, acaso, iréis a la guerra conmigo.

-¡Yo! -exclamó Juan, poniéndose en pie y oprimiéndose las sienes, como si se sintiera acometido por un vértigo de alegría-. ¡Ir yo a la guerra!

¡Gran Dios! ¿Sería posible?

Y, volviéndose hacia Barrientos, añadió:

-Decid, capitán: ¿podría también venir Conrado con nosotros?

-¿Por qué no? -contestó Barrientos-. Cuando la voz de la patria pregonara la guerra, y el hombre que puede blandir la cuchilla no la responde, es que no tiene buena sangre.

Conrado no oía nada de esto, abismado en una cavilación profunda, ni había oído las últimas palabras del capitán, ni se habían apercibido de que éste se había ya marchado del huerto, con dirección al castillo, para saludar al abuelo. Habíanse quedado solos Juan y Conrado.

Juan contempló a su amigo, que permanecía con la cabeza baja, en actitud meditabunda, y conoció que era víctima de algún profundo y misterioso sufrimiento.

Inclinóse hacia él dulcemente, y le dijo:

-Conrado, ¿no habéis oído al capitán?

-Sí; todo lo he oído -respondió con acento amargo y melancólico.

-Nuestro sueño dorado era la guerra -exclamó Juan-. Nos hemos jurado amistad eterna; tenemos casi la misma edad y los mismos sentimientos. Somos dos hermanos, y ha dicho el capitán que podremos ir juntos a la guerra. ¿Verdad que iremos juntos, Conrado?

-¡Imposible! -contestó el joven, con voz sorda.

Juan se puso más pálido que el alabastro.

-Decís que es imposible, Conrado -exclamó-; ¿y por qué?

El joven castellano levantó los ojos hacia su amigo enrojecidos por el llanto, y respondió:

-No me lo preguntéis, Juan, porque no puedo decíroslo.

Y como si hubiera conocido el daño que había hecho a su amigo por aquella falta de confianza, añadió:

-¿Cómo queréis que abandone al abuelo en esta soledad?

-¡Oh! No temáis por él-dijo el huérfano-; a su lado queda Magdalena.

-Es verdad -exclamó Conrado-. Pero el pobre anciano se halla ya al borde de la tumba, y puede sucumbir. Si esto sucediera, ¿quién se quedaría al lado de Magdalena? ¿Podría abandonarla sin ser una fiera?

-¡Abandonarla! -balbució Juan, con acento que salía de lo íntimo de su corazón-. ¡Abandonar a esa santa y hermosa niña! ¡No lo permita Dios!
Y tendiendo sus brazos a Conrado, añadió:
-No vayáis a la guerra. Tampoco iré yo.
Conrado le estrechó contra su corazón, y le dijo:
-¡Gracias! Jamás olvidaré vuestro sacrificio.

VII

LA PREDICCIÓN

Hacía más de un año que había sucedido a Magdalena una cosa rara, que no pudo explicarse en mucho tiempo.

Apaleaban un día bárbaramente los escuderos del castillo a una gitana vieja, llamada Salomith, la cual traía, como todas las de su raza, una vida errante y vagabunda, y solía presentarse de tiempo en tiempo en la comarca. Acusábala el vulgo ignorante (y en aquellos tiempos el vulgo era la mayoría) de componer filtros maléficos, de practicar hechicerías y de mantener pactos secretos con el diablo para aojar a los niños, descarriar el juicio a los mozos y pervertir a las doncellas. Contábase de aquella mujer maldades abominables, y estábala prohibido pasar el dintel de la puerta de las casas, tocar sus manos los alimentos en el mercado, ni más ni menos que como se acostumbraba hacer con el verdugo o con agotes judíos, y dormir en poblado, bajo la pena de ser azotada y emplumada.

Había cometido aquella infeliz el delito de presentarse un viernes en el patio del castillo a participar de las limosnas que se distribuían a los pobres de los contornos, y, descubierta por los servidores y escuderos de la casa, la emprendieron con ella a palos y a golpes, llamándola perra, bruja y embaucadora, y amenazándola con subida a la sala del tormento para desalojarla los males del cuerpo, haciéndola sufrir dos horas de potro.

Acertó Magdalena a descubrir aquella feroz y brutal escena, y, llevada de sus inefables sentimientos de caridad, bajó al patio, arrancó a la gitana de los brazos de sus atormentadores, enjugóla el sudor y las lágrimas con su pañuelo, la socorrió con abundantes limosnas y la sacó de la mano hasta la puerta del castillo diciéndole con su acostumbrada dulzura:

-Idos en paz y perdonad a esos desgraciados, que no saben lo que se hacen.

Besó la gitana con sus labios ardientes y calenturientos la generosa mano que la había rescatado de los suplicios y malos tratamientos de aquellas gentes ignorantes y empedernidas, y una lágrima de gratitud, una lágrima pura y cristalina, semejante a una gota de rocío, se desprendió de sus ojos enrojecidos y surcó sus airadas mejillas, cayendo sobre las manos de la inocente niña, que acababa de cicatrizar las heridas de su corazón con el bálsamo de la santa caridad.

-Hermodsa niña -dijo la gitana en su jerga morisca-, la caridad es un árbol que tiene sus raíces en el cielo y sus ramas en la tierra. Salomith ama la caridad. Salomith es agradecida. Salomith sabe leer en el libro del porvenir, y tú llevas pendiente del nevado cuello el libro de tu destino. Deja leer en él a Salomith.

Magdalena, sin comprender el lenguaje oscuro y enigmático de la gitana, se abandonó inconscientemente a sus observaciones. Salomith tomó su mano derecha, examinó con mucha atención las rayas que tenía, pronunció palabras incomprensibles para la joven, y, levantando los ojos al cielo, exclamó:

-Lo que está escrito no puede borrarse. Paloma es y querubín será.

Después clavó sus ojillos grises y penetrantes en Magdalena, pintóse en sus labios una sonrisa triste y dolorosa, y, sin abandonar la mano de marfil que entre las suyas oprimía, dijo a la joven:

-El sol se desprende de uno de los rayos para enamorarte. Gallarda criatura, no des abrigo en tu seno al rayo del sol. No basta la fiereza del aquilón para arrancar de los hombros una capa de paño, y cuando ríe la dulce primavera, basta un rayo de sol para arrancarla. Rosa purísima de mayo eres, pero si no te guardas del sol del estío, ceniza serás en el otoño. Hijo del sol es el rayo que viene a buscarte; teme al hijo del sol. Del monasterio vecino ha de venir el que esperas; mírale la frente y leerás en ella los misterios de su destino; mírale los cabellos, y verás que son rayos de sol; cierra tus ojos para no mirar los suyos, porque te perderás. Eres hermosa, y el buen Dios te protege; cuando venga el peligro a visitarte, acuérdate de Salomith.

Huyó la gitana por el valle como el pajarilla escapado de la jaula, y Magdalena se quedó abismada en profundas reflexiones que versaban sobre la conversación que había tenido con ella.

Esforzábase en vano la pobre niña por buscar en su pensamiento la explicación de las palabras misteriosas y enigmáticas de Salomith, y, después de haberse entregado a merced de mil imaginaciones disparatadas, después de haber levantado en su cerebro una porción de fantasmagorías que se disipaban tan rápidamente como el polvo que levanta la tempestad, rindió al fin la gentil cabeza, declarándose impotente para descifrar el arcano; y, como suele suceder cuando los esfuerzos humanos se estrellan contra lo incomprensible, confió a Dios el encargo de darle descifrado aquel extraño jeroglífico.

Transcurrió algún tiempo, y Magdalena olvidóse completamente del suceso de la gitana; pero poco después se presentó Juan en el castillo bajo la especial investidura de salvador de la vida de su hermano Conrado, y aunque al principio no pudo este suceso traer a su memoria el de la gitana, más tarde comprendió que debían tener entre sí alguna misteriosa relación.

Juan frecuentó el castillo; vio Magdalena una y cien veces; admiró sus nobles prendas y sus generosas inclinaciones; conformáronse sus sentimientos y sus voluntades, y al cabo de algún tiempo, cuando llevaron a Juan enfermo, Magdalena pensó con más insistencia que nunca en la gitana, representándosela en su imaginación como en el día en que tuvo con ella por primera y última vez aquella conversación que no había podido comprender, pero que no podía olvidar.

De todas las palabras oscuras y embrolladas que oyó a la gitana, ninguna estaba en su memoria tan presentes como aquellas que decían: «Del monasterio vecino ha de venir el que esperas.» Estas palabras las tenía grabadas en su mente la tierna Magdalena, y a sus solas pensaba en ellas así:

«¿Es posible que aquella pobre mujer supiera leer en el libro de mi destino como me lo aseguró? «Del monasterio vecino vendrá el que esperas», me dijo. ¿Será verdad que yo le estaba esperando? ¡Oh! ¡Cómo erró la pobre mujer! ¡Esperarle yo! ¿Y para qué? sería bueno que aquella gitana vagabunda quisiera elevarse a la misma altura que Dios, haciendo creer al vulgo sencillo que se cumplían sus predicciones! No, no; la pobre mujer erró, y yo estoy convencida de que su magia, sus hechicerías y sus adivinaciones son embustes, por lo que no encuentro bien que la maltraten y la hagan padecer.»

La inocente niña tranquilizábase con estas reflexiones; pero cada vez que los ojos de Juan se posaban en los suyos sentía temblar su seno virginal bajo el suave y blanco lino que le velaba, a la manera que tiemblan las aguas de un lago cuando en ellas cae una piedra; y entonces analizaba su corazón en la soledad y en la sombra, y se estremecía también al percibir el misterioso rumor de sus latidos.

«Esta agitación que siento -se decía en voz baja-, este desasosiego en el espíritu, esta fuerza desconocida que me arrastra hacia donde él está y que no parece sino que me tira de la vista, ¿qué significan? ¡Dios mío! ¿Cómo explicar lo que me sucede? ¡Virgen Santísima del Amparo! ¿Por qué no me reveláis la causa que esparce esta fragancia que hincha mi seno cuando me hallo en la presencia del amable huésped? La gitana me dijo así: «Del monasterio vecino vendrá el que esperas.» ¿Tuvo razón la gitana? Vino Juan del monasterio; pero, ¿le esperaba yo? «Cierra tus ojos para no mirar los suyos, porque te perderás», dijo Salomith; y yo a veces los cierro porque tengo miedo de mí misma, miedo de un poder desconocido que me hace temblar. Mas ¿cómo no mirarle? ¡La naturaleza le hizo tan amable! ¡Oh, Salomith, razón tuviste! Todas, todas tus predicciones se van cumpliendo! »

Así discurría la tierna, la angélica, la dulce paloma del valle solitario, ignorando, en su cándida inocencia, que el misterioso pebetero del amor

esparcía dentro de su pecho raudales de perfumes y ambrosías, tan fáciles de convertirse en manantiales de dolores y amarguras.

Desde que estas nociones del más grande de todos los sentimientos empezaron a agitar aquella alma encantadora y sublime, la paz inalterable de su corazón viose turbada por intervalos, como se turba la calma del desierto cuando pasa por el la bulliciosa caravana. Las divinas inspiraciones del pudor contenían aquel hermoso y naciente sentimiento dentro de los círculos de la más casta reserva, y la azucena del valle buscaba la soledad para confiar a Dios sus pensamientos, juzgando que sólo Él era el único digno de poseerlos.

A veces, la voz armoniosa de Juan la detenía en sus meditaciones, como detiene el plomo del cazador el vuelo del ave que surca el anchuroso firmamento; cuando aquella voz resonaba en sus oídos, un rubor divino cubría su semblante con sus alas de carmín, expresando el temor de la sorpresa y de la posibilidad de haber revelado su secreto.

Encontrábanla a veces el abuelo y los jóvenes sentada en los ángulos más solitarios del huerto, embebecida en sus dulces pensamientos; y cuando la descubrían a lo lejos por encima de los tallos del rosal y de los capullos de las azucenas, sosteniendo la frente de alabastro con aquellas manos cuyo cutis parecía un tejido de seda y plata, parecían una tierna pasionaria nacida en las grietas de un muro abandonado, o el ángel del remordimiento, que llora un crimen no cometido.

La predicción de la gitana llegó a ser para Magdalena una obsesión abrumadora, y aquellas palabras confusas de Salomith, cuyo significado al principio no comprendía, iban apareciendo cada vez más claras e inteligibles al pensamiento de la joven, de la misma manera que se comprende a fuerza de estudios un idioma completamente desconocido.

«¡Oh Señor! -decía algunas veces Magdalena, levantando al cielo sus ojos cargados de lágrimas-. ¿Sería posible que aquella infeliz mujer no se haya equivocado? Juan ha venido del monasterio; Juan tiene en sus cabellos los rayos del sol; Juan debe ser el hijo del sol, a quien Salomith me encargó temer. Pero, ¿qué quiso decir aquella mujer apellidando a Juan hijo del sol? ¡Desventurada de mí, que no puedo comprenderlo!»

Y la virgen del valle, no pudiendo sondear lo incomprensible, sentíase abrumada por un triste presentimiento.

Entonces solía bajar a la capilla del castillo, y cerca de las tumbas de sus mayores, sobre el ara bendita del altar de la Madre del Amor Hermoso, reposaba la frente dolorida, y algunas veces, mezclado con el llanto consagrado a su amor sin esperanza, oíase salir de su garganta un dulce murmullo que parecía decir a la Virgen:

«¡Que no se cumpla la predicción de la gitana! ¡Que no se cumpla!»

VIII

LA TORRE DE ALICIA

Pero el amor es un contagio.

Todo lo que sentía el corazón de Magdalena sentíalo a su vez el corazón de Juan, cual si fueran dos cuerpos eléctricos puestos en contacto por una pila de Volta.

Había, sin embargo, una diferencia entre los sentimientos de los dos. Juan sabía definir y nombrar lo que sentía; Magdalena, no.

La virgen del valle necesitaba una revelación más explícita que el oscuro jeroglífico de la gitana, y esta revelación, que las doncellas suelen escuchar de los labios de sus madres o de los amantes, no había herido todavía sus castos oídos. Magdalena no tenía madre ni tenía amante.

Sabía sólo que sentía, pero ignoraba que sentir es amar en el valor específico de la palabra.

Sentíase impulsada hacia Juan como se sienten impulsados los ríos hacia el mar, como la flor se siente impulsada hacia la luz, como el perfume se siente impulsado hacia el aire que se le lleva, pero este impulso misterioso, profundo, recóndito y avasallador, era para ella un arcano del que no podía aún tener la llave.

No sucedía lo mismo a Juan.

Juan conocía bien el impulso, sabía su nombre de pila, calculaba todos sus efectos y sus consecuencias y formaba sobre él esas imaginaciones seductoras de la primera edad que brindan al corazón humano, en ropas de oro, rocíos de frescura y néctares desconocidos, que absorbe el espíritu con deleitante inocencia.

Muchas veces, al contemplar Juan a Magdalena desde lejos, ora cuando la veía discurrir por las alamedas del huerto, fresca y pura como una náyade recién salida de las aguas; ora cuando la descubría enlazada con su abuelo, como se enlaza la hiedra con el álamo de hojas de oro; ya escondida entre las flores del jardín como una deidad silvestre; ya erguida y fantástica sobre una de las torres del viejo castillo, como una estatua de mármol escapada del cincel de Fidias; cuando Juan la contemplaba en estas situaciones, o cuando se les representaba en su mente, rodeada de todos los atributos de la belleza y de la bondad, solía exclamar a sus solas:

¡Oh perfecta y exquisita obra maestra de la Naturaleza! ¡Qué dichoso sería poseyendo tu casto amor!

Como se ve, Juan pronunciaba la palabra.

Pero no sólo la pronunciaba, sino que, a veces, descendía de la altura del amor ideal, especie de Olimpo donde los amantes se juzgan siempre dioses, y bajaba hasta las regiones del amor mundano, donde los amantes tienen que convertirse en hombres y pensar como tales. Entonces hacía Juan estos o parecidos honestos raciocinios:

Si Dios dejara a mi elección el negocio de mi felicidad, la realizaría así: conquistaría un nombre ilustre en la guerra, llenaría mi frente de laureles lozanos, y, abrumado de gloria, vendría a pedir la mano de Magdalena, y un venerable sacerdote nos uniría ante los altares de Dios para compartir un mismo tálamo y una misma tumba. Ella sería para mí como un ramo de mirra encerrado en mi pecho; yo, para ella, como fuente sellada o jardín cerrado. Dios engrandecería nuestra casa con los aromas de nuestro corazón, y cuando la muerte cerrara nuestros párpados, alumbraría nuestra agonía la sonrisa de nuestros hijos.

Se entristecía después, y exclamaba:

-Pero esto no puede ser; yo soy huérfano, y ni siquiera me es dado ofrecer el apellido de mis padres a Magdalena. Ni el Emperador me permitiría ir a la guerra, ni el anciano Ruy Gómez me concedería la mano de su nieta. Y luego, ¿tengo yo seguridad de ser amado de Magdalena?

Así solían acabar de ordinario sus raciocinios.

Una tarde en que Juan halló a Magdalena un poco desviada de su abuelo y de su hermano, cortando algunas flores para llevadas al altar de la capilla, aproximóse a ella, y le dijo:

-Tengo que haceros una pregunta.

-¿Vos? -replicó la doncella, poniéndose encendida y bajando sus hermosos ojos.

-Sí; deseo que me digáis por qué habéis subido algunas tardes a aquella torre -y Juan señaló el torreón de Alicia, marcado con el sello fatídico de la leyenda.

El carmín de las mejillas de Magdalena se convirtió en palidez de azucena.

-¿Vos me habéis visto en esa torre? -preguntó a Juan.

-Sí.

¿Cuándo?

-Antes de ponerme enfermo, pocos días después de haber dejado de venir al valle.

-Pues ¿dónde estabais vos?

-En la cima de aquel collado que se descubre desde aquí.

-¡Ah! ¿Ya qué veníais vos al collado, Juan?

-¡Ah! ¿Ya qué subíais vos a la torre, Magdalena?

La joven se volvió a poner encarnada como la grana. Inclino su linda cabeza sobre el seno, y, con voz tan suave como una caricia, respondió:

-Desde esa torre se descubre el monasterio de Yuste.

A Juan le dio el corazón un vuelco de alegría. Ya estuvo por revelar a Magdalena su secreto, pero le faltaron las fuerzas.

-¿Conque veníais algunas veces al collado? -preguntó ella con timidez y anhelo.

-Sí -contestó Juan con voz trémula-, venía al collado porque desde el collado se ve esa torre.

Y creyendo haber dicho demasiado, se ausentó presurosamente del lado de Magdalena, y se reunió con el abuelo y su nieto. La joven se quedó pensativa pero un rayo de júbilo, una centella de alegría se deslizaron súbitamente en su corazón, y este absorbió aquellos efluvios con el mismo placer que absorben las flores las gotas del rocío matutino.

«Ha dicho que desde el collado se ve la torre -murmuró con ingenuidad y candor-. ¿Vendrá por verme?»

Desde aquel día, Juan y Magdalena volvieron a hablar algunas veces de la torre.

Conocidos son ya los rumores que circulaban por los pueblos de los contornos acerca de aquel torreón, a quien hacían temible las acusaciones de la leyenda.

Mansión habitada por fantasmas, trasgos, duendes y zahoríes, y en donde se suponía que el mismo diablo en persona tenía su morada; unos aseguraban que las brujas celebrasen el sabath todas las semanas en su recinto, y que lo anunciaban ciertas luces; otros decían que las sombras de Zaide el cruel y de la infortunada Alicia visitaban aquel lugar terrible de tiempo en tiempo; algún viejo escudero del castillo juraba por San Jorge, patrón de Cáceres, o por Nuestra Señora de Sopetrán, patrona de Jarandilla y de toda la comarca, que él había oído algunas noches de lluvia y de ventisca rumor de hierros y cadenas en el lóbrego hueco de la torre; y; por fin, no faltaba entre los servidores de Ruy Gómez quien había oído en las altas horas de la noche ayes lastimeros y gemidos desgarradores en el centro de la torre, y acudiendo despavorido a mirar por una saetera, había visto dos fantasmas envueltos en largos sudarios, de los cuáles el uno se parecía a un moro que blandía ferozmente una cimitarra, y el otro se parecía a una hermosísima y pálida doncella, coronada de verbena y adelfas silvestres, la cual huía de aquel bárbaro perseguidor, llenándole de improperios y maldiciones.

Hasta el mismo Ruy Gómez participaba de las preocupaciones del vulgo, y ni en sus tiempos ni en los de sus padres y abuelos, a quienes había conocido, se abrió el torreón una sola vez, ni se tenía noticia de que se hubiera abierto nunca desde que sus antepasados tomaron la fortaleza a la morisma.

Tenía la torre dos puertas: una que abría paso a la muralla y la ponía en comunicación con el interior del castillo, y otra que daba al jardín y

que denunciaba la existencia de alguna escalera en espiral que debía conducir a los departamentos altos.

Estas dos puertas estaban aseguradas por gruesos cerrojos de hierro, y las llaves, de un tamaño descomunal, guardabalas Berenguer, que hacía de mayordomo y alcaide del castillo a la vez, y que no se había atrevido jamás a quitarlas el orín de dos centurias, por temor a contaminarse con los terribles secretos que guardaban.

Mirábase, pues, a la torre como a un lugar maldito, y aunque algunos de sus flancos acusaban ruina y se desmoronaban periódicamente sus almenas, ni Ruy Gómez se hallaba dispuesto a enmendar los estragos que causaba la acción destructora del tiempo, ni tenía tanta afición a la arqueología que se decidiera a arrostrar las iras de los trasgos, de los duendes y de los maléficos huéspedes de la torre por mantenerla siempre gallarda y airosa, tal y como salió de manos del alarife.

Pero las preocupaciones que no habían logrado vencer generaciones enteras de guerreros formidables, venciólas una débil y tierna niña conducida por los impulsos soberanos de un amor honesto, y Magdalena, que a ella es a quien nos referimos, abrió la torre y tomó posesión de ella con la tranquilidad de ánimo más heroica, destruyendo en un momento las supersticiones que habían acumulado los siglos.

Faltaron las visitas de Juan en el castillo, y Magdalena, que le amaba sin saberlo, fue víctima de todas las inquietudes, de todas las zozobras, de todos los recelos del amor. Su abuelo y su hermano se iban de caza la mayor parte de los días, y ella encerrada en su cámara, lloraba la ausencia del amigo y se sentía devorada por el tormento de la incertidumbre.

Cada rumor que oía figurábase que le traía un eco de Juan. Con los ojos fijos en el valle, pasaba días enteros esperando ver cabalgar al ingrato que así los había olvidado, y en su afán de descubrirle, aunque fuera de lejos, buscaba los puntos más altos del castillo para dominar más tierra con su mirada.

Era la mayor altura del edificio la plataforma de la torre maldita. La virgen del valle se fijo en ella, y ratiocinó de esta manera:

-Esa altura debe ofrecer un punto de vista delicioso. Quizá se descubra desde ella el monasterio. ¿Podría yo descubrir desde esa torre la imagen de Juan? Dicen que en la torre habitan el diablo, las brujas y yo no sé cuantas especies de trasgos y de fantasmas; pero la verdad es que yo soy cristiana, que la religión me dice que son embusterías todas esas cosas, y yo, creyendo más en la religión que en las preocupaciones del vulgo, voy a subir a esa torre, poniéndome antes en manos de Dios.

Así reflexionó aquella encantadora niña, demostrando tener más valor y más juicio que el que habían tenido los siglos y las generaciones.

Aprovechóse, pues, para realizar su proyecto de la ausencia de su abuelo y de su hermano, que habían partido de caza, y, presentándose a Berenguer, le pidió las llaves de la torre.

Espantado el alcaide y pensando que su ama estaría poseída de los malos cuando abrigaba tan atrevido proyecto, se santiguó devotamente y se opuso a sus deseos, pero ella perseveró en su resolución y exigió las llaves con imperio, manifestando que no quería que la acompañase nadie, que sólo necesitaba que la ayudasen a abrir la puerta, y que, una vez abierta, ella penetraría sola en el misterioso recinto.

El alcaide y otros escuderos que la acompañaban se acordaron entonces de la gitana a quien habían apaleado hacía algún tiempo, y como la vieron hablar con Magdalena y tomarla la mano y trazar sobre ella con sus dedos ciertos signos cabalísticos, lo menos que pensaron fue que aquella malvada bruja la había hechizado.

Dijeron mil denuestos y maldiciones contra la pobre gitana; pero Magdalena, firme en su propósito, arrancó las llaves al alcaide, y con el auxilio de algunos escuderos, se abrió la puerta de la torre y penetró en ella sola, dando a aquellos hombres toscos y sencillos el mayor ejemplo de valor que se les podía dar en aquellos tiempos.

Así que se abrió la puerta, vieron salir con terror, del centro de la torre, una porción de aves nocturnas, que anidaban en ella pacíficamente hacía muchos años, y aquel hecho tan sencillo los llenó de admiración, y lo explicaron diciendo que aquellas aves eran los trasgos y los duendes, que, a la vista de la joven cristiana, huían del recinto de aquella guisa disfrazados.

En el interior de la torre, desmantelada y llena de ruinas, halló Magdalena un gran salón morisco, milagrosamente conservado y decorado con el inimitable gusto del arte bizantino, cortado por el patrón que dejaron los Árabes en Córdoba y Granada, en donde todavía resplandece la gloria del genio oriental.

Aquel salón estaba también desmantelado, como el resto del edificio, pero se conservaban sin detrimento sus molduras graciosas, sus atrevidos calados, sus arabescos y filigranas. Contiguas al salón había otras dos piezas habitables, que no participaban de su mérito, y el resto de los departamentos de la torre no ofrecía nada notable, como no fueran los escombros que por todas partes diseminados se encontraban.

Salió Magdalena de la torre contentísima del descubrimiento que había hecho, llenando de asombro a las gentes del castillo, que pensaban le iba a suceder alguna desgracia, y cuando su abuelo y su hermano supieron lo que había hecho de regreso de su cacería, se estremecieron de terror, y la motejaron de imprudente por haberse expuesto con aquella aventura temeraria a caer en las garras del diablo.

Rióse la joven de aquellos vanos temores, y hallando que la torre era un sitio agradable, volvió a ella una y cien veces, hasta que, convencidos los moradores del castillo de que todo lo que se decía en los contornos de la torre eran falsedades y embusterías, penetraron en ella con la valerosa joven, y adquirieron la evidencia de que los peligros que había dentro eran ilusorios.

Entonces Ruy Gómez dispuso hacer en ella algunas reparaciones; se habilitó el salón morisco, trasladando a él algunos muebles de los buenos que en abundancia había en el castillo; se abrió también la puerta que comunicaba con el jardín, y que conducía a los departamentos superiores por una ancha y bien labrada escalera de piedra berroqueña, y el lugar maldito quedó pronto convertido en una mansión llena de encantos y atractivos.

La narración sencilla de estos hechos puso a Juan en conocimiento de lo que había pasado, y así se pudo explicar la primera aparición de Magdalena en la torre, observada por él la tarde que, en compañía de Barrientos, fue desde Yuste al collado.

Pero lo que a Juan encantó, más que el valor que había desplegado la hermosa doncella, fue la sincera e inocente confesión que oyó de sus labios, descubriendo el móvil que le había impulsado a penetrar en el recinto maldito. «He subido a la torre, le dijo Magdalena, porque desde ella se descubre el monasterio.» ¿No era esto equivalente a decir que le era grata la vista del monasterio porque le habitaba Juan? Aquel rasgo fue inolvidable para el joven, y cuando le recordaba se sentía abrumado de ventura.

Durante su convalecencia, Juan subió muchas tardes a la torre en compañía de los moradores del castillo, y en su ancha plataforma, rodeada de almenas pintorescas, tuvo con Magdalena más de una plática inocente y sabrosa.

El mismo día en que Barrientos anunció a Conrado y a Juan que se iba a encender de nuevo la guerra entre España y Francia, descubrió el huérfano de Yuste a Magdalena en la torre, y como la puerta que comunicaba a ella por el jardín estaba franqueada de ordinario, sin más guarda que el pesado cerrojo, se lanzó el joven por ella precipitadamente y subió por la escalera al encuentro de la hermosa castellana.

Hallábase sola Magdalena.

Presentóse a ella Juan como de sorpresa, y, según acontecía siempre, la tímida doncella, al contemplarse sola con el elegido de su corazón, sonrojábase al punto, y la emoción hacía temblar ligeramente su seno virginal como tiembla la cuajada a impulsos del más blando movimiento.

-¿Sabéis, Magdalena -le dijo el huérfano con profundo sentimiento - sabéis las nuevas que nos ha traído hoy el capitán Pedro Barrientos?

-¿Buenas nuevas ha traído el capitán? -preguntó la joven.

-Sí -replicó Juan con dulzura-; nos ha anunciado que se han roto las treguas entre España y Francia, y la voz de la guerra llama a todo español al campo del honor.

-¡La guerra! -exclamó Magdalena con cándida sencillez-. ¿Y qué interés tenemos nosotros en ella? ¿Os interesa a vos la guerra, Juan?

-Cuando la patria necesita la sangre de sus hijos, la guerra tiene interés para todo el que se precie de hidalgo y bien nacido.

Magdalena palideció.

-¿Iréis vos a esa guerra, Juan?- preguntó.

-Según me ha asegurado el capitán Pedro Barrientos, parece ser que el Emperador ha dicho que iré.

-¿Y vos qué habéis dicho?

-¿Yo, Magdalena? -balbució Juan, inmutándose.

-Sí. ¿Qué habéis dicho vos?

-Yo he dicho a Conrado que no iré.

Magdalena elevó al cielo una mirada radiante de gratitud.

-¡No iréis! ¡No iréis! -exclamó la joven, sin poder reprimir su alegría-. ¿No es esto para vos un gran sacrificio?

-Sí, Magdalena -tartamudeó Juan, bajando los ojos y poniéndose encendido-; pero este sacrificio tiene una razón que me consuela.

-¿Cuál es? -preguntó la joven.

-Que lo hago por vos.

Y, acabando esto, huyó precipitadamente del lado de Magdalena, como si hubiera cometido un crimen.

La virgen del valle se ruborizó, y bajó la vista. Después elevó sus ojos al cielo, y, sonriendo de una manera inefable, dijo:

-Gracias, Dios mío.

IX

EL SECRETO DE ESTADO

Por aquel tiempo se verificó el regreso de Luis Quijada al monasterio de Yuste, después de haber evacuado su comisión cerca del Rey Don Felipe II.

Poco después de la llegada del mayordomo del Emperador empezó a levantarse en el convento un rumor grave, que conmovió profundamente a la comunidad.

Decíase que la comisión de Luis Quijada se había enderezado a obtener del Rey Don Felipe una promesa solemne de formal reconocimiento de Infante de España para un hijo natural del Emperador Carlos V, llamado Don Juan de Austria.

Decíase que la misión de Luis Quijada había sido coronada con el éxito más lisonjero, puesto que Felipe II se había comprometido solemnemente, por medio de un acta levantada con grandes formalidades y precauciones, a reconocer a su hermano en el plazo que señalase el Emperador, su padre, a no ser que la muerte de éste acaeciese de seguida en cuyo caso se verificaría el reconocimiento inmediatamente.

Decíanse estas y otras cosas más graves, y hasta se señalaba al hijo natural del Emperador, diciendo que era el pajecillo que habían conocido en el monasterio, y que, a la sazón, reponía su salud en el pintoresco valle.

Estos negocios traían a la comunidad grandemente ocupada y entretenida, y excusado es decir lo agradable que sería el entretenimiento para aquellos Padres venerables, que rara vez tenían a su alcance un suceso tan gordo para discurrir sobre política y proporcionar a la crítica sabroso deleite y contentamiento.

Bajo aquellos alegres claustros, llenos siempre de luz y de perfumes, puede decirse que los comentarios del suceso eran una verdadera e intermitente turbonada, que no cesaba de arrojar materiales para arrasar no una comarca, sino un imperio; y sin la intervención prudente del prior Angulo, que era un apostólico varón dotado de angelicales virtudes, posible hubiera sido que aquel rumor, tomando más cuerpo, hubiera llegado a los oídos del Emperador, sobrecargado de adulteraciones, proporcionándole algunas amarguras.

Sin embargo, el veto del Padre maestro Jerónimo no atajó tan a tiempo los vuelos atrevidos de aquella cuestión de interés tan palpitante que impidiese que de la comarca fuera conocida, y en la noble y leal

ciudad de Plasencia, en la villa de Jaráiz, en Garganta la Olla y en otros pueblos de los contornos servía ya de pasto a las conversaciones de los hidalgos y de los pecheros bien acomodados, que bordaban a las mil maravillas el asunto, cambiándole unas veces los flecos y añadiéndole a placer ribetes y zurcidos.

Era lo posible que ni los monjes, ni los hidalgos de los pueblos comarcanos, ni tampoco los caballeros que al lado del Emperador había de continuo, tuvieran conocimiento de aquella alta e importante cuestión, que en las cuestiones del Estado, en aquel tiempo, eran muy contados los que intervenían, y por muy aguzada que se tuviera la vista, no era fácil atisbar así como quiera la hora que señalaba el minuterio del reloj de la política.

No obstante, si había algo de verdad en lo que se decía, o si se traía entre manos algún otro negocio importante, era indudable que tres personas, por lo menos, sabían y entendían el suceso, a juzgar por las apariencias. Estas personas debían ser el Emperador, Luis Quijada y Pedro Barrientos.

Desde la vuelta del mayordomo al monasterio se habían notado tres cosas, a saber: que el Emperador, Luis Quijada y Pedro Barrientos, formaban iglesia aparte, como se dice, esto es, que siempre estaban celebrando concilios y conferencias secretas: que el Emperador estaba más contento que antes, que a veces parecía rebosar en satisfacciones, y que a Luis Quijada y a Pedro Barrientos les sucedía otro tanto.

Ignorábase el suceso que había ocasionado aquella transformación; pero la transformación era conocida, y los frailes, que ya mascullaban algunos rudimentos de esta jerga moderna que se ha dado en llamar filosofía trascendental, decían para su cogulla que no podía haber humo sin fuego, o, lo que es lo mismo, que no hay efecto sin causa. Pero la verdad es que si un observador juicioso se hubiera propuesto medir y sondear aquella cuestión profunda buscando la penetrabilidad de los tres caracteres que en ella intervenían, no en el monasterio, sino en el valle, en el castillo de los Varela, hubiera hallado más fácilmente la clave.

Observóse por entonces en el castillo un fenómeno que llegó a fijar, aunque de una manera imperfecta, la atención de sus moradores. A saber: que Barrientos comenzó a tratar a Juan con cierto encogimiento y embarazo; observóse que abandonó la llaneza y soltura que le eran peculiares y características; observóse, en fin, que perdió una buena parte de la familiaridad que con él tenía, y que sus atenciones eran más reservadas, más cortesananas y, si se quiere, más artificiosas que las que siempre había gastado.

Si este fenómeno hubiera sido notado por los monjes, que fueron los que levantaron primero la caza del infantazgo y del reconocimiento, de

seguro que al momento habrían caído en la cuenta, exclamando: «Esta es la cuestión.» Pero el fenómeno sólo había sido observado por Ruy Gómez y sus nietos, y como todavía no tenían antecedentes, como no habían llegado al castillo los rumores que circulaban por las cercanías, la conducta de Barrientos, si pudo en algo chocarles, pasó inadvertida.

Sólo Juan fue el que, en algunas ocasiones, halló incomprensibles ciertas oficiosidades de Barrientos, y aun se extrañó de haberle oído pronunciar la palabra «señor» dirigiéndose a él; pero estos deslices del capitán y otros semejantes no pudieron al joven ponerle en la pista del secreto que olfateaban los frailes. Sucedió más.

Magdalena preguntó uno de aquellos días a Barrientos por el estado de las cosas de la guerra, y al responder el capitán que caminaban viento en popa, hubo la joven de aventurarse a preguntar si determinaba el Emperador que Juan se alistase en las banderas.

-¡Es probable! -le contestó Barrientos.

Y al ver que la joven se había puesto pálida como la cera y que su semblante se había contraído por una expresión desgarradora, la contempló con dolor, movió la cabeza tristemente, y le dijo:

-Los días que le restan a Juan en este castillo están ya contados, pobre niña. Separad de él los ojos, y figuraos que nunca le habéis visto.

Magdalena se quedó petrificada.

Huyó de la vista de todo el mundo, se refugió en su aposento, y allí, ocultando el rostro entre las manos, vertió lágrimas abrasadoras.

Las palabras de Barrientos parecían encerrar un misterio más terrible que las de la gitana, y, sin embargo, Magdalena tuvo un presentimiento de que entre unas y otras había una poderosa relación.

«Cierra los ojos para no mirarle -le había dicho la gitana-, porque si lo miras, te perderás.»

Y Barrientos le dijo:

«Separad los ojos de Juan, y figuraos que nunca le habéis visto.»

¿No había una relación terrible, poderosa, fatal, entre las palabras de la gitana y las del capitán? ¿No era una funesta coincidencia la que existía entre los enigmas de Salomith y las frases misteriosas de Pedro Barrientos?

Magdalena presintió sus desgracias futuras, como había sentido su amor sin saber definirle, y estas dos presencias desgarradoras la hicieron derramar copiosas lágrimas.

-Dadme, Dios mío -exclamó-, dadme el poder de penetrar su fatal secreto. Sepa yo por qué he de cerrar los ojos para no mirarle. Sepa yo de una vez por qué los he de separar como si nunca le hubiese visto, y cúmplase después, Señor, vuestra santa voluntad.

El deseo de Magdalena se realizó muy pronto. Los males siempre llegan a pasos agigantados.

Era el anochecer, y Magdalena bajó al huerto a hacer compañía a su abuelo, que se hallaba solo.

Conrado había ido a Jaráiz a probar vinos perros de presa con otros jóvenes hidalgos. Juan había ido a acompañar un poco a Barrientos, que se dirigía al monasterio cruzando el valle.

Magdalena y su abuelo se disponían a regresar al castillo para evitar el rocío de la noche, cuando por la puerta que abría paso al huerto vieron venir a Conrado hacia ellos con desordenada precipitación.

El aspecto del joven infundía terror.

Estaba pálido, convulso, trémulo. En sus ojos fulguraba un fuego sombrío, y el ceño de su frente parecía denunciar la tempestad que se agitaba dentro.

-¿Qué tienes? -le preguntó Magdalena.

-¿Qué tienes, hijo mío? -le preguntó el abuelo.

Conrado los tomó de la mano, les hizo una seña para que se dirigieran en seguida al castillo, y arrastrándolos consigo como si hubieran sido dos plumas, exclamó con voz ronca:

-Venid, venid. Tenemos que hablar.

El rumor de los frailes de Yuste iba a penetrar en el castillo. En el castillo, introducido por Conrado.

LA REVELACIÓN

No conducidos, arrastrados por el joven castellano, llegaron el abuelo y Magdalena a un salón del castillo donde Ruy Gómez tenía sus habitaciones particulares. Había en el salón una ancha y espaciosa chimenea, donde ardía el tronco de una encina, y en torno de la chimenea se descubrían tres o cuatro sillones primorosamente tallados, con las armas de la familia esculpidas en los respaldos.

La oscilante luz de una lámpara de bronce pendiente de la techumbre reflejaba sobre las paredes vestidas de negro, bañándolas de un tinte fatídico, y a su incierto y pálido brillo descubríanse las terribles siluetas de varias armaduras de acero bruñido, colocadas sobre armazones de madera que las sostenían.

En los cuatro ángulos del salón había cuatro panoplias de armas donde se veían simétricamente colocados pesados montantes de batalla, espadas de dos filos y estoques de corte, puñales, dagas, alfanjes moriscos, gumias y partesanas.

Por la puerta del dormitorio del anciano, abierta de par en par, se descubría su lecho, cubierto por una colcha de damasco, recamado de oro, y a la derecha se veía un reclinatorio adornado con un paño negro de terciopelo de Utrech, y encima del paño un crucifijo de marfil. El aspecto general de aquella mansión era fúnebre.

Todos los objetos despedían un brillo siniestro; ni una sola tinta suave quebrantaba la terrible entonación de su opaco colorido.

Lo primero que hizo Conrado cuando entró en el salón con su abuelo y Magdalena fue cerrar las dos hojas de las puertas y correr el pesado cerrojo que las aseguraba por dentro.

Después se dirigió a la chimenea, y rogó a su abuelo y a su hermana que se sentaran. Hicieronlo así, y, ocupando él también uno de los sitios, habló en estos términos:

-Abuelo, cien veces me habéis dicho que el verdugo de nuestra familia era inviolable para nosotros, porque está ungido con el óleo santo de David, ¿no es verdad?

-Sí -contestó el anciano, gravemente.

-Yo os he creído, abuelo -añadió Conrado-, y es mi obligación creerlos siempre y obedecerlos. Por eso he respetado la vida del Emperador Carlos V; por eso no he ofrecido ya a los manes irritados de mis padres sangrienta venganza. Si no os hubiera creído, si no os hubiera obedecido, abuelo, ¿no habría ya clavado mi puñal en el corazón del

Emperador? Sí, le habría espiado como espía el salvaje la hora de su venganza, y su mísera vejez se hubiera roto entre mis manos como se rompe este frágil vaso de arcilla bajo la presión de mis nervios.

Y al decir esto, Conrado tomó de la comisa de la chimenea un florero de barro, le estrujó entre sus manos y le hizo pedazos, que arrojó a la chimenea. El anciano le contemplaba en silencio, con cierta gravedad melancólica, y Magdalena examinaba horrorizada la expresión de ferocidad que se dibujaba en su semblante.

Hizo el joven una pausa, y añadió:

-Pero si el Emperador ha sido inviolable para mí, porque así lo habéis querido vos, abuelo, también me habéis dicho una y cien veces que si el Emperador tuviera un hijo y ese hijo no estuviera ungido, como su padre, me sería lícito matarle en venganza del cadalso de mis mayores. ¿No es verdad, abuelo?

-Sí -contestó el anciano con voz ronca.

-¡Abuelo! -exclamó Magdalena, tendiendo al anciano sus brazos en actitud suplicante.

-¡Silencio! -gritó Conrado, imponiéndose a su hermana con un gesto feroz.

Magdalena, poseída de un terror glacial, dobló la frente y calló.

-Pues bien, abuelo -exclamó Conrado con una expresión de furor y de alegría imposible de describir-, lo que me habéis dicho que es lícito puede ejecutarse. Aquella terrible sentencia de ojo por ojo y diente por diente se puede cumplir. El que hizo rodar la cabeza de mi padre en un patíbulo puede hoy ver rodar la cabeza de su hijo a mis pies. En una palabra, abuelo: el Emperador tiene un hijo, y ese hijo no está ungido con el óleo santo.

-¿Es posible? -exclamó el viejo, levantándose con ademán inexorable y ostentando en sus labios una sonrisa fatídica, impregnada de fúnebre gozo.

Magdalena se cubrió el rostro con las manos, y rompió a llorar. -¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró en voz baja-. Apartad vuestra maldición de mi familia.

Y como una flor tronchada por el vendaval, inclinó la frente y permaneció así escuchando las terribles palabras de su hermano.

Conrado se enjugó la cara, bañada de sudor, y prosiguió después:

-Sí -exclamó-, tiene un hijo, y ese hijo no está ungido con el óleo santo. Tiene un hijo, y ese hijo no es legítimo siquiera, sino bastardo, fruto del crimen. Ved, abuelo, si Dios es justo, y si pone en nuestras manos una venganza superior a la que podíamos desear.

-¡Oh! No invoques el nombre de Dios para asociarle a esas espantosas ideas -dijo Magdalena a su hermano-. Todo lo que has dicho es lo más horrible que se puede decir ni pensar.

-Prosigue, Conrado; prosigue, hijo mío -exclamó el anciano con sordo acento-. ¿Cómo has averiguado todo eso?

-Ya sabéis que hoy he estado en Jaráiz -contestó el joven-. Ya sabéis que hemos estado de caza algunos hidalgos de aquella villa y yo. Después de haber echado algunas batidas, descansamos en un soto, a media tarde, y en aquellos breves momentos de descanso nos refirió Gil de Toranzo la última aventura que se cuenta del Emperador. Parece que este ha recabado de su hijo Felipe II la promesa solemne de reconocer como Infante de España a un hijo natural del Emperador, y aun se asegura que el acta del reconocimiento está ya en Yuste, y que su promulgación se ha dejado a la voluntad del Monarca penitente. Juzgad, abuelo, si el Emperador querrá a este hijo cuando consiente hacer por él la confesión de sus faltas.

-¿Pero eso es verdad? -exclamó el abuelo.

-Es verdad. Luis Quijada, mayordomo del Emperador, ha llevado esta misión a la corte, y ya está de regreso, después de haberla desempeñado con gran fortuna.

-¿Y cómo se ha traslucido tan grave secreto?

-Porque han intervenido en él hombres; los hombres no guardan los secretos tan bien como los sepulcros. A lo que se cuenta, todo se ha sabido por Antonio Pérez y por un tal Escobedo, que han mediado en el asunto.

-¿Y esos hombres se han atrevido a violar uno de los secretos de Estado de más importancia?

-Sí. El primero de esos hombres ha revelado el secreto a una cortesana, y esta lo ha publicado por todas partes antes de que se promulgase la pragmática del Rey.

Pero el Rey mandará azotar a esos dos hombres para castigar su cínica osadía.

-El Rey sabrá lo que ha de hacer con ellos.

-¡Ira de Dios!-exclamó Ruy Gómez, fieramente-. Si en mis tiempos hubiera cometido un infanzón tan horrible villanía, todos le hubiéramos escupido al rostro. Pero ya veo -añadió con amargura -que la moneda de otras edades va escaseando entre nosotros cada vez más. Prosigue, Conrado; prosigue, hijo mío.

-No se habla en toda la comarca de otra cosa más que de este suceso. Oíle de los labios de Gil de Toranzo, y sin poder reprimir mi alegría, monté a caballo, abuelo, y vine a contároslo para dar a vuestro dolor el regocijo de la venganza.

-¡La venganza! -murmuró Magdalena-. ¿No te asustas de esa palabra, Conrado?

-No; vengar a un padre querido, cobrar en sangre a sus verdugos la que ellos derramaron en un cadalso es un placer que no puede asustar a un hijo bien nacido.

-¡Que hables así! ¡Ah! Conrado, tú deliras. ¿A quién podrá aprovechar ese bárbaro placer?

Conrado se encogió de hombros con una impasibilidad horrorosa. Magdalena rompió de nuevo a llorar.

-Y supongamos que todo lo que has dicho es cierto -dijo el anciano supongamos que el Emperador tiene ese hijo, ¿quién le conoce?

-¡Yo! -contestó Conrado.

-¿Tú?

-Sí; le conozco, le conocéis vos y le conoce Magdalena.

La pobre niña empezó a temblar como la hoja en el árbol.

-¿Con que le conocemos todos? -exclamó el abuelo.

-Sí.

-Pues ¿quién es?

-¡Juan!

Magdalena y el anciano se pusieron en pie cual si hubieran sido movidos por un resorte.

El rostro de la joven se tornó lívido; sus labios se tiñeron de un matiz cárdeno, miro a su hermano con ojos desencajados, y como si respondiera más bien que a él a otro acusador invisible que la torturaba el corazón, exclamó con voz terrible:

-¡Mentira! ¡Juan no puede ser hijo del Emperador! ¡No puede ser! El anciano oyó estas palabras en silencio y volvió a sentarse de nuevo.

La expresión sombría y feroz de su semblante se había transformado súbitamente en otra más suave y melancólica.

-¿Dices que no puede ser? -gritó Conrado-. Pues yo te daré más pruebas. Juan ha sido criado por don Luis Quijada. Juan ha vivido bajo la tutela de don Luis toda su vida. Juan no tiene hoy apellido, porque mil veces le hemos oído contar su historia. Juan II, cuando sea reconocido por el Rey Don Felipe II, cuando sea Infante de España, se llamará Don Juan de Austria. ¡Estas son las pruebas que cuadran al hijo natural del Emperador! De manera -añadió Conrado con voz lúgubre- que bajo este techo hemos tenido y tenemos al hijo del asesino de nuestros padres.

Magdalena no replicó. Estaba fría como un espectro.

Oprimió se el corazón con ambas manos, cual si temiese que se le iba a escapar del pecho, y elevó al cielo una mirada de desesperación.

Quiso hablar y no pudo, quiso llorar y el llanto se resistió a brotar de sus ojos, fue a respirar y sintió que tenía en el pecho clavadas una porción de espinas. ¡Era el primer desengaño que le ofrecía su mísero destino!

-¡Misericordia y perdón! -exclamó, sin poder ya resistir el dolor que la desgarraba las entrañas.

Y cayó desmayada como una muerta sobre un sitial.

El abuelo se lanzó a socorrerla como el león que ve caer heridos a sus cachorros, y Conrado se dirigió a abrir las puertas y a pedir auxilio.

A las primeras voces de socorro que salieron de su garganta se presentó en el dintel del aposento un hombre.

Aquel hombre era Juan.

LOS PRESENTIMIENTOS

Juan se plantó de cuatro brincos en la chimenea, y contempló el espectáculo que tenía delante, poseído de una emoción inexplicable.

El anciano tenía entre las suyas las manos de su nieta, y se esforzaba por animar su hielo y restituir a su sangre el perdido calor.

Contemplaba Ruy Gómez con tierna ansiedad, y con la vista clavada en su ebúrnea frente parecía querer taladrar los pensamientos que de aquel nevado cielo se amparaban.

A las voces de Conrado acudieron en tropel escuderos y doncellas, que rodearon a la hermosa castellana de cuidados y atenciones.

Por fortuna, el accidente fue pasajero, y bastó para que Magdalena volviera en sí hacerla respirar un pomo de vinagre. El anciano y Juan estaban enfrente de ella. Conrado se puso detrás de su sitial, y desde allí observaba a su hermana, ceñudo y silencioso como la estatua de la fatalidad. El anciano, por el contrario, la contemplaba con el anhelo de un niño, sonriendo melancólicamente y posando en ella una mirada impregnada de dolor y de cariño.

Juan estaba detrás de Ruy Gómez, y en su semblante, encendido como la grana, se reflejaban todas las incertidumbres de su corazón.

Abrió Magdalena los ojos y los posó en Juan.

Entonces se pintó en su semblante una expresión imposible de reproducir. Clavó en Juan una mirada intensa, profunda, fija, penetrante, llena de terrores y de misterios.

Juan recogió aquella mirada en su alma y se sintió estremecido.

Pero aquel estremecimiento en nada se parecía a las suaves sensaciones de otras veces; aquel temblor era medroso, como el que produce un siniestro presagio; aquel estremecimiento era de espanto, de desolación; aquella sacudida, aquel terremoto interior, nuncios crueles eran del hundimiento de su felicidad.

Juan sintió que la mirada de Magdalena penetró en su corazón como el filo de un cuchillo, y desde aquel momento un vago temor, una duda infausta, desfilaron delante de su alma como desfila el rayo en la tempestad; y, sonámbulo de un sueño desvanecido, cerró los ojos para no ver aquel semblante donde no leía ya las seductoras promesas de otras veces. Lleváronse a Magdalena a reposar en su lecho y quedaron solos Conrado y el joven.

El abuelo siguió a su nieta como sigue el avecilla al que le lleva en su nido sus hijuelos. Conrado estaba frío, impassible, taciturno. Juan estaba yerto.

Aquella mirada de Magdalena, aquella mirada inexplicable, parecía haber roto todos los hilos de las armonías del castillo; parecía haber cubierto de luto al corazón de Juan, como se cubre de tierra un cadáver.

Clavó sus ojos en Conrado, y se sobrecogió de temor.

El aspecto del joven tenía algo de fatal.

-Conrado -le dijo con dulzura, acercándose a él-, ¿os ha sucedido alguna desgracia?

-Sí -contestó el joven con voz ronca-; una desgracia terrible, inmensa.

-¿Qué decís? ¡Oh Dios mío! ¿Y esa desgracia ha sido la causa del funesto accidente de vuestra hermana?

-Así lo creo.

Ya sabéis, Conrado, que soy vuestro amigo; he dicho mal, vuestro hermano. Los dos nos hemos salvado mutuamente la vida. Yo salvé la vuestra librándoos de la furia de una bestia feroz. Vos salvasteis la mía arrancándome de las garras de una enfermedad. No es, pues el vínculo de la gratitud el que nos liga. Es un vínculo más superior. La deuda que teníais contraída conmigo está suficientemente pagada; pero el juramento que ambos hicimos, aquel juramento de eterna amistad, ni vos ni yo podemos quebrantarle, porque es sagrado. Pues bien, Conrado: ese juramento me da el derecho de saber vuestra desgracia, ¿puedo saberla?

-¿Vos? ¿Y para qué?

-¡Ah! ¡Conrado, Conrado! ¿Vos me preguntáis eso? ¿Para qué puede querer un amigo saber la desgracia de otro, sino para sufrir con él, para compartirla y para ayudarle a sobrellevarla?

Mi desgracia es de tal suerte -exclamó Conrado-, que se halla fuera de ciertas condiciones, y no podéis saberla.

Juan palideció.

Las palabras de Conrado eran el mayor desaire, la afrenta mayor que podía recibir de su amigo.

-Es la primera vez, Conrado -le dijo-, que me demostráis que no soy acreedor a vuestra confianza. Ni me quejo de vos ni desconfío de mí. Pero contestadme a una sola pregunta: ¿Me consideraréis indigno de vuestra amistad?

-No.

-¿Os he hecho algún mal?

Conrado posó en el joven una mirada relumbrante.

-¡Extraña pregunta! -dijo, sonriendo de una manera sardónica.

-Responded categóricamente, Conrado -insistió Juan con acento firme-. ¿Os he hecho algún mal?

-¿Vos? No; pero ¿por qué me preguntáis eso?

-Para demostraros después que, si no os he hecho ningún mal, vos me lo estáis haciendo.

-¿Yo?

-Cuando a un amigo se le retira la confianza, ¿no se le hace mal? Compañero de la amistad no puede ser el recelo. Si vos le abrigáis de mí, ¿podría reputaros como amigo?

-Lo que estáis diciendo -exclamó Conrado bruscamente- es injusto. Ni abrigo recelo de vos, ni alimento desconfianza; pero hay secretos de familia que ni al más amigo se pueden a veces revelar.

Juan no insistió. Comprendió que Conrado le engañaba: comprendió que Conrado le rechazaba.

Aquella mirada de Magdalena, aquella mirada que parecía haberse quedado impresa en el alma de Juan, fue para ella clave del enigma que le presentaba Conrado en sus palabras.

En un breve momento consideró perdidos el joven su primer amor y su primera amistad, y estas dos pérdidas eran sobrado poderosas para que no sintiera traspasado de dolor su corazón.

Iba a retirarse para buscar la soledad, que es el refugio de los desgraciados, cuando se presentó en la estancia el abuelo.

El aspecto del viejo infundió más aliento a Juan.

Su frente aparecía serena; su mirada, tranquila; su boca, risueña.

Al primer golpe de vista conoció que entre los dos jóvenes había pasado algo, y, acercándose a Juan, le dijo con bondad.

-Magdalena está bien. Lo que ha sucedido no ha sido nada. Mañana volverá a correr por el huerto como una corza. Me ha encargado que os lo diga a los dos para tranquilizaros.

Juan dio las gracias al anciano con una mirada, y a duras penas pudo pronunciar algunas palabras.

Era tal su emoción, que, no pudiendo soportar el ceño de su amigo, se retiró a su habitación y se arrojó, llorando, sobre su lecho.

-¡Oh! Todo lo he perdido, todo lo he perdido en un instante -balbucía el agradecido joven, dando rienda suelta a sus lágrimas y a sus sollozos - ¡Conrado me desprecia y Magdalena no me ama. Ya no habrá felicidad para mí en el mundo!

Mientras tanto, entre el anciano y Conrado tenía lugar otra escena interesante.

Así que salió Juan del aposento, se acercó Ruy Gómez a su nieto, y le dijo:

-¿Has ofendido a Juan?

-No, señor -le contestó el joven con voz más dulce.

-¿Le has revelado algo de lo que nos has referido?

-Nada sabe.

-Pues bien -exclamó el anciano gravemente-, oye mi voluntad. Conrado tembló. El acento del viejo era imponente.

Acercóse más al joven, y le dijo en voz baja:

-Tu hermana y yo hemos conocido que abrigas siniestras intenciones. Sí; en tus ojos me parece leer el sangriento deseo que te devora. Serías capaz de olvidarte de que Juan te ha salvado la vida, de que es tu amigo, de que todos le debemos gratitud y reconocimiento. ¿No es verdad?

-Sí, abuelo -contestó el joven con acento lúgubre-me olvidaría de todo eso, porque es el hijo del asesino de mi padre.

-¿Y serías capaz de matarle?

-Sí.

-Pues bien, escucha lo que vaya decirte, Conrado, y piensa que soy inexorable. Te permito que des al olvido la amistad. Te permito que no ames a ese joven. Te concedo el derecho de matarle de bueno a bueno cuando tengas libertad para ello. Pero lo que no he de consentir, lo que no has de hacer en mis días, es faltar a las leyes de la hospitalidad.

-¡Abuelo!

-El que está bajo mi techo no es mi enemigo. El que se ampara de mi casa, tan seguro está como en lugar sagrado. ¡Ay del que se atreva a tocarle una sola hebra de los cabellos! Si fuera mi propio hijo, no se libraría de sufrir el castigo.

-¡Oh! -exclamó el joven, rechinando los dientes de furor-. ¡No queréis que tome venganza de la muerte de mi padre!

-Obedeced y salid -gritó el anciano con voz terrible.

El joven lanzó un gemido y salió llorando.

LOS DESHEREDADOS

Interrumpióse el idilio de felicidad que se había representado en el castillo.

A partir del momento en que Conrado reveló a su abuelo y a su hermana lo que había oído acerca de Juan, cambió por completo la faz de las cosas y tomaron diverso carácter las relaciones de los jóvenes.

Juan comprendió, por el sentimiento de su dignidad, que, después de la escena que tuvo con Conrado, su residencia en el castillo no debía prolongarse un solo momento.

En vano se esforzó para buscar en su imaginación la clave de la conducta de Conrado, quiso disculpar al joven, quiso explicar su reserva atribuyéndola a una causa natural; convino en que, en efecto, hay secretos de familia que no se pueden a veces confiar al mejor amigo, pero, a pesar de estas generosas absoluciones que pronunciaba Juan desde el fondo de su conciencia en favor de Conrado, un presentimiento infausto, una duda incomprensible y misteriosa hacíanle presumir que la conducta de su amigo no era sincera y que podía ya dar por fenecidas las dichas que en aquel recinto encantador había encontrado.

Lloró el joven en la soledad y en el silencio la pérdida de los afectos primeros de su corazón, juzgándose desheredado en el mundo de todos los dones de la felicidad, y con el pecho desgarrado, se decidió a abandonar el castillo y a buscar en la guerra el olvido de aquel gran desengaño que parecía condenarle a interminables sufrimientos.

Detúvole, empero, en su resolución una fuerza misteriosa: la de la esperanza; que no es fácil al corazón renunciar de un golpe a todas las promesas de ventura que en él han germinado sin adquirir convencimiento pleno de que su realización es imposible; y aquel vislumbre de esperanza de que tanto trabajo cuesta siempre desprenderse al hombre más desgraciado, le inspiró la idea de aplazar su vuelta al monasterio por unos pocos días.

Mientras Juan luchaba sordamente con tantos afectos encontrados como se revolvían en su alma, los moradores del castillo no eran más venturosos que él, ni gozaban de más tranquilidad.

Conrado sufría tormentos indecibles, acrecentados por su genio impetuoso y por los arrebatos de su carácter.

Lleno de juventud y de fuego, y amamantado en aquellas terribles ideas de venganza que su abuelo, con tan grande inconsciencia, había sembrado en su corazón, figurábase que los manes irritados de su

familia necesitaban para aplacarse, una víctima, que era un deber en él vengar la muerte de su padre, y que, si no lo hacía tenía derecho el mundo a reputarle por cobarde, por infame y por desnaturalizado.

Cierto que Juan era su amigo; cierto que sus voluntades se habían de todo punto conformado; cierto que resplandecían en ellos sentimientos más nobles, las ideas más elevadas y las prendas de carácter más estimables, pero ¿no era el hijo del verdugo de su familia? ¿Era posible mantener amistad con una persona que le recordaba tan vivamente las desventuras de su casa?

Estas ideas surcaban de continuo los áridos caminos de la imaginación de Conrado, y le condenaban a sufrir los estragos de una desesperación ardiente y desordenada.

Algunas veces llamaba a las puertas de su conciencia la gratitud, que tiene el privilegio de suavizar la condición más áspera deteniendo el vuelo de los pensamientos más crueles; pero cuando la gratitud le llamaba dulcemente hacía la senda del perdón y del olvido, su inteligencia, inclinada a las preocupaciones del siglo, le conducía de nuevo a la venganza, sojuzgando sus generosos sentimientos con la sofistería más espantosa.

«Él me salvó la vida -pensaba a solas -¡pero, como él ha dicho, aquella deuda está ya cobrada! Nada nos debemos. Verdad es que me siento inclinado a él por todos los impulsos de mi corazón; pero, ¿cómo he de ser amigo del que trae a mi memoria el deshonor y la vergüenza y las desgracias de los míos?»

Estos sombríos raciocinios le llevaban insensiblemente hacia los abismos de la perversidad.

Preciso es conocer el carácter de aquella época, las preocupaciones de la nobleza y el espantoso desarrollo que tomaban los rencores para disculpar hasta cierto punto las tortuosas reflexiones del infeliz Conrado.

Así es que el joven se sentía desplazado por los garfios de sus malas pasiones, envenenado por los pensamientos más atroces, y reducido a la condición más miserable a que puede verse reducido el hombre.

Luchando entre el bien y el mal, pero cediendo siempre a las violentas sugerencias del segundo; atormentado de continuo por los sentimientos más abyectos, sin valor y sin fuerzas para ceder a las inspiraciones generosas de la caridad y de la bondad; desesperado casi loco, insensible y sordo a la voz de los afectos dulces del corazón, el desgraciado inspiraba lástima.

La prohibición de su abuelo, aquel mandato absoluto y terminante que le obligaba a mirar a Juan como a huésped y respetar los fueros de la hospitalidad contribuía a acrecentar sus tormentos, comprimiéndole y avasallándole.

Sombrío, taciturno, avergonzado, retraído, pasaba los días devorando en silencio suplicios sin cuento; y cuando se hallaba en presencia de Juan temblaba como un criminal, y a duras penas sabía disfrazar los impulsos de su carácter y reprimir las sombrías resoluciones de sus instintos.

Era una comedia miserable la que estaba representando, y esto le producía remordimiento. Tal era su estado, triste y miserable.

¡Cuán diferente, por cierto, del de su hermana Magdalena!

Magdalena había perdido más que Conrado en aquella partida; y, sin embargo, ¡cuán diversas eran las resoluciones de la paloma del valle!

Ella perdía algo más que la amistad: ella perdía su amor primero; ella perdía todas las esperanzas de un porvenir risueño y feliz; ella perdía todas las revelaciones de un paraíso de delicias inocentes; ella renunciaba a todos los dulces sentimientos que se habían despertado en su seno casto y virgen; ella se juzgaba desheredada de un tesoro de glorias desconocidas, y, sin embargo, ella no podía abrigar rencor contra el elegido de su corazón.

Comprendía, como Conrado que si Juan era hijo del Emperador, había un abismo que la separaba de él para siempre, abismo abierto por la fatalidad, abismo maldito, en cuyo fondo humeaba la sangre de sus mayores, abismo sobre el cual se levantaba la futura jerarquía del huérfano, pues si era declarado Infante de España sería locura levantar hasta él los ojos. Todo esto lo comprendió Magdalena, y, sin embargo, llena de abnegación, de generosidad y de mansedumbre, se resignó a sufrir su destino, y sólo dio abrigo en su corazón a los más piadosos sentimientos.

Al principio experimentó un dolor acerbo, uno de esos dolores que sólo pueden tener a Dios por confidente; después buscó alivio en la religión y se serenó su espíritu, tomando en secreto una de las resoluciones más hermosas: la de retirarse a un convento.

«Cuando el abuelito sucumba -pensaba ella, derramando tiernas lágrimas-; cuando no le hagan ya falta mis cuidados, ¡oh Dios mío!, yo te consagraré todos los días de mi vida y todas las flores de mi corazón, que se han marchitado en el mezquino mundo.»

Adoptada esta resolución, Magdalena sólo pensó va en salvar a Juan del peligro que le rodeaba.

Conocía el carácter arrebatado de su hermano y de su abuelo; sabía que eran buenos, sabía que no eran ni ingratos ni perversos; pero conocía también que sus excelentes sentimientos estaban subordinados a las preocupaciones de aquella edad, y que, sin ser malos en el fondo, podían cometer una acción bastarda inspirados por el odio y por la pasión cruel de la venganza.

Entonces formó el propósito noble de separados del camino de la perdición, de desarmar su ira y de templar su cólera, interponiéndose entre Juan y ellos como una medianera, como una abogada de la paz, como un iris de perdón, de olvido y de reconciliación.

La misma noche en que oyendo la revelación de Conrado fue víctima del penoso accidente que la hizo perder el conocimiento, así que se tranquilizó y quedó sola con el anciano, le dijo:

-¡Abuelo! Conrado y Juan se han quedado solos. Conrado abriga siniestras intenciones contra Juan. Impedid un horrible crimen; os lo pido en nombre de Dios.

Entonces fue cuando Ruy Gómez corrió precipitadamente a su aposento y se interpuso entre los dos de la manera que hemos visto.

¿Llegó a sospechar el anciano el amor de Magdalena, viendo la intercesión constante que ejercitaba en favor de Juan?

Sí; acostumbrado a leer en los ojos de su nieta los pensamientos más recónditos, sorprendió aquel amor purísimo e inocente destinado a morir en su nacimiento o a vivir sin esperanza, sorprendió aquel amor, que no se podía ocultar a su perspicacia, y tembló por la suerte de la pobre niña, irrevocablemente destinada a presenciar el naufragio de su felicidad.

¡Con cuánto interés, con cuánta ternura, con cuánta perseverancia se consagró el bondadoso anciano a sondear las heridas de Magdalena y a suavizarlas sin martirizarla! Una madre amorosa y previsora, una madre dotada del genio especial, del feliz instinto, de la privilegiada inteligencia de ciertas mujeres delicadas y sensibles, no hubiera desplegado recursos más halagüeños para apoderarse del pesar enterrado en su corazón.

Pero Magdalena no le confió el secreto.

Desde que formó el propósito de retirarse a un convento a la muerte de su abuelo, hizo la siguiente reflexión:

«Mi secreto me pertenece. Sólo Dios le vio nacer; sólo Dios le verá morir.»

Inútiles fueron todas las tentativas de Ruy Gómez por descubrir la incógnita de aquel doloroso problema.

Magdalena no le reveló su desgraciado amor.

Y, sin embargo, el presentimiento del anciano se convirtió en evidencia.

Veía sufrir a su nieta; comprendía la lucha sorda de sus afectos; siguió en su errante y dolorosa mirada los progresos de aquella triste pasión, condenada al desengaño y a las mortificaciones del silencio, y procuraba inclinar el pensamiento de la joven a la resignación, fortaleciendo su espíritu con sus paternas consuelos.

Esforzábbase en vano la pobre niña por ocultar a su abuelo las huellas de sus dolores: cuando de sus ojos brotaban lágrimas, se presentaba el viejo enseguida a enjugarlas; cuando bajaba a la capilla a confiar a la Virgen sus sufrimientos, volvía la vista y hallaba a su anhelo detrás; cuando, retirada en su aposento, jugándose sola, se entregaba al gozo cruel de recordar sus sueños desvanecidos, presentábase el anciano a interrumpir aquella costosa tarea.

Algunas veces estuvo a punto de confiárselo todo, pero la idea de que sus cuitas no tenían remedio, la contenían dentro de los límites de la reserva que se había impuesto, y la obligaba a exclamar: «Sólo Dios debe saber mi secreto, sólo Dios».

Aquella lucha incesante, aquel combate continuo e intermitente no podían sostenerse sin grandes estragos. La abnegación es una de las virtudes que más arruinan al cuerpo y al alma.

Magdalena llevaba estampados en su faz los signos característicos de las represiones forzosas del sentimiento. Las rosas de sus mejillas palidecieron, rebajóse el carmín de sus labios y presentáronse en su frente algunas nubes.

Aquella frente dulce y tierna como la corola de una margarita, que antes se ostentaba erguida y lozana, acariciada por las más hermosas esperanzas, presentábase ya mustia y encorvada bajo el peso del dolor como se inclina el lirio bajo la presión del recto vendaval.

-Dime, ángel mío, dime lo que tienes -exclamaba algunas veces el anciano, estrechándola en sus brazos y cubriendo su frente de besos.

Y Magdalena, con una sonrisa amarga, le contestaba:

-No tengo nada, abuelito, soy muy dichosa.

El abuelo elevaba al cielo sus ojos, preñadas de lágrimas, y la oprimía contra su corazón.

XIII

EL DESENGAÑO

Todos eran desgraciados.

A la tierna y amistosa cordialidad que había establecido su imperio en el castillo, reemplazó un comercio reservado y ceremonioso. Ponían todos su conato en presentarse risueños y galanes; pero aquella actitud era forzada. El idilio antiguo se había transformado.

El genio vivo y arrebatado de Juan se sublevaba a veces contra aquella situación de fuerza, que parecía desnaturalizar los sentimientos y los caracteres, y en más de una ocasión estuvo tentado por provocar explicaciones categóricas y huir del castillo para no volver más.

Reteníale, empero, un vislumbre de esperanza.

«Ni el abuelo ni Conrado quieren revelarme lo que pasa -se decía a solas-. Magdalena, que es mejor que todos nosotros, me lo revelará.»

Esta idea, la idea de tener una explicación con la joven, le detenía en el castillo, pues no se podía resignar al pensamiento de abandonar para siempre aquellos lugares sin saber lo que podía prometerse del corazón de Magdalena.

Pero Magdalena huía de él y esquivaba su encuentro con una tenacidad que llegó a inspirarle vivos celos. Desde la noche en que tuvo lugar el funesto accidente no había podido hablarla a solas, y esta contradicción le hacía sufrir.

«¡Ella no me ama! -pensaba el desconsolado joven-. Si ella me amara, ¿huiría de mí?»

Un día en que el capitán Pedro Barrientos llegó de Yuste, como de costumbre, a visitarlos, salióle al encuentro Magdalena, y le dijo con mucho misterio:

-Capitán, ¿cuándo se empieza la guerra?

-Ya han salido de España algunos Tercios -contestó Barrientos, mostrándose extrañado de aquella pregunta.

-Y decidme -añadió la joven con aire distraído-, ¿no irá Juan también?

-Puede ser que vaya -replicó Barrientos-. ¿Lo sentiríais vos, hermosa niña?

-¡Yo! ¿Sentirlo yo? De ningún modo; antes iba a suplicaros que le llevéis con vos.

-Barrientos se quedó estupefacto.

-Sí -continuó la joven-; es preciso que Juan vaya a la guerra, porque la guerra es su sueño dorado. Tengo el presentimiento de que Juan ha de ser un capitán famoso. ¿Verdad que lo llevaréis con vos?

-En eso piensa el Emperador -contestó Barrientos.

-¡Oh! Yendo con vos -dijo la joven, como si respondiera a un pensamiento oculto-, yendo con vos estoy segura que tendrá quien vele por él en los momentos más solemnes del peligro. Porque vos amáis a Juan, ¿no es cierto?

-Le amo como si fuera mi hijo.

-Amadle, capitán, amadle, porque lo merece. Yo rezaré por él y por vos mientras estéis en la guerra.

-Gracias, noble criatura.

-Además -exclamó la pobre niña con cierta timidez y haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas-, además, tengo que haceros un encargo, capitán, por si vais a la guerra. ¿Queréis admitirle?

-Con mil amores.

-Deseo- dijo Magdalena -que cuando Juan haya partido de estos lugares, quizá para no volver a ellos jamás le entreguéis un sencillo presente mío.

-¿Vais a hacerle un regalo?

-Un regalo muy pobre, capitán, pero que en la guerra puede tener mucho valor. Mi regalo se reduce a este escapulario.

Y diciendo esto, entrego a Barrientos uno donde se veía estampada en seda amarilla una imagen de la Virgen del Amparo.

-Como veis, capitán -dijo Magdalena con voz balbuciente y con los ojos arrasados de lágrimas, el mérito de la prenda no está en los bordados, hechos por mí. El mérito está en que lleva la imagen de la Madre de Dios, que será su protectora en los combates.

Barrientos recibió con grande emoción el escapulario, y exclamó:

-Vuestros deseos serán cumplidos.

-Gracias, capitán. Yo os pagaré el servicio en oraciones, que es lo que más necesita un soldado. ¿Cuándo partiréis a la guerra?

-Dentro de seis días abandonará Juan el castillo: dos pasará en el monasterio al lado del Emperador, y enseguida nos pondremos en marcha a buscar las banderas de don Lope de Figueroa.

-Está bien, capitán.

-¿Tenéis algún encargo más que hacerme?

-Sí -dijo la encantadora niña con acento desgarrador-; cuando le pongáis a Juan el escapulario en el cuello quisiera que dijerais algunas palabras.

-¿Qué le he de decir?

-Al huérfano Juan le diréis que se acuerde alguna vez de la pobre Magdalena, y al Infante de España, Don Juan de Austria, le diréis que la olvide.

Y acabado esto, huyó del lado de Barrientos presurosa, como si hubiera cometido un crimen.

El capitán no hizo esfuerzo alguno para contenerla, porque le embargaba la emoción.

-¡Le amaba! -murmuró Barrientos, con acento conmovido-. Le amaba y se resigna al sacrificio de perderle. ¡Noble y generosa niña!

Aquella misma tarde subió Magdalena a la torre.

Desde que tuvo con Pedro Barrientos aquella breve entrevista parecía que su pecho estaba más desahogado y que el arpón duro de los pesares no se clavaba tanto en su corazón.

Tranquila en su conciencia y resignada con su suerte, parecía un ángel que llora de melancolía.

Tendió la vista por el valle solitario, que se destacaba radiante de luz y de hermosura, y al descubrir a lo lejos en el límite del horizonte la parda silueta del monasterio de Yuste y sus agujas, que parecían tocar en el cielo, brotó un sollozo ardiente de su pecho y cruzó un recuerdo triste por su mente conturbada.

-«Del monasterio vecino vendrá el que esperas» -dijo-. Estas fueron las palabras de la gitana. «El sol se desprende de uno de sus rayos para enamorarte. Teme al hijo del sol.» ¡Oh, Salomith! ¡Se ha cumplido tu predicción!

Sonó un leve ruido a su espalda, y volvió la vista.

Era Juan, que subía a la torre.

Al encontrarse los dos solos por primera vez después de algunos días, no pudieron menos de bajar la vista y de ruborizarse.

Juan fue el primero que rompió el silencio.

-¿Sabéis, Magdalena -le dijo, destilando sobre ella una mirada profunda-; sabéis que he mudado de pensamiento respecto a la guerra, y que será muy posible que vaya a ella?

-Lo sé -contestó la joven con tranquilidad aparente.

-¿Lo sabéis vos?

-Sí.

-¿Y de qué medio os habéis valido para averiguarlo?

De uno muy sencillo. Esta mañana hablé con el señor Pedro Barrientos y me dijo que dentro de ocho días partiréis los dos.

-¿Eso os dijo?

-Eso, y añadió que tal era la voluntad del Emperador.

-Y vos, ¿qué le dijisteis a él?

-Díjele que me parecía bueno el pensamiento.

-¿Así, pues, Magdalena, vos me veréis partir a la guerra sin disgusto, cuando me aconsejáis que obedezca las órdenes del que a ella me envía?

-No sólo os veré partir sin disgusto, sino que os aconsejo partáis sin él.

Juan palideció. Llevóse las manos al corazón para comprimirle, porque le hacían daño los latidos, y con voz trémula dijo:

Escuchad, Magdalena. Hace pocos días me anunció el capitán Barrientos la posibilidad de ir juntos a la guerra. Me preguntásteis si iría, os prometí que no, y os alegrasteis. Ho yos anuncio lo contrario, y os alegráis también. ¿Es esto un cambio?

-Sí.

-¡Luego no me amabais! -exclamó el joven con voz desesperada y sin poder contener su dolor.

El semblante de Magdalena se puso blanco como el mármol de Paros, y procurando ensayar una sonrisa amarga, se despidió del joven diciendo:

-Adiós, Juan, y sed dichoso. Acordaos de los días del valle como de un sueño que pasa y se desvanece-.

Y sin poder reprimir la ardiente emoción de su alma, huyó de la torre precipitadamente a ocultar su dolor bajo el manto de la Virgen de la capilla del castillo.

Juan se quedó aterrado, yerto, convulso.

Agolpáronse las lágrimas a sus ojos, y éstos se resistían a escanciarlas; subían los suspiros a su garganta, y su garganta no podía exhalarlos. Entonces lanzó un gemido ronco y corrió a su aposento como un insensato.

-¡Ella no me amaba! ¡Ella no me amaba! -fue todo lo que pudo decir.

Y la desesperación del joven, tomando un carácter formidable, desarrolló en su cerebro y en su corazón una de las tempestades más aterradoras de la vida.

XIV

EL RETO

La reacción es igual a la acción.

Si la desesperación de Juan fue formidable, proporcionada a ella fue también la resolución que tomó de ahogar para siempre en su pecho los gérmenes de aquel amor que le había ofrecido el más amargo desengaño.

A los primeros arrebatos sucedió una calma espantosa.

Levantóse el joven al siguiente día de madrugada, vistióse y aderezó se en silencio, bajó al huerto y empezó a pasearse por las frondosas alamedas, esperando la hora para subir a saludar al anciano, que solía levantarse un poco más tarde. El aire fresco de la mañana amortiguó un poco la hoguera que ardía en la frente de Juan. Sería poco menos la hora de las diez cuando se dirigió lentamente hacia los aposentos de Ruy Gómez. Su aspecto era severo, grave y un tanto melancólico. Penetró en la habitación del anciano, y halló ya a su lado a Conrado y a Magdalena. Los saludó con cierta afabilidad, y dijo al anciano:

-Señor, os pido permiso para abandonar esta morada, donde tantos beneficios he recibido-

Conrado bajó la cabeza con aire sombrío, y Magdalena dirigió al huérfano una mirada suplicante, impregnada de dolor y sentimiento.

Ruy Gómez sonrió al joven con dulzura, y le dijo:

-¿Queréis abandonarnos ya? Según nos anunció Pedro Barrientos, vuestra partida estaba fijada para de aquí a seis días. ¿Por qué queréis negarnos el placer de teneros en nuestra compañía ese corto plazo

-¡Oh! Señor -contestó el joven con respeto y benevolencia- jamás olvidaré que en este castillo me habéis colmado de bondades; pero el Emperador ha dispuesto que parta a la guerra con Pedro Barrientos dentro de ocho días, y debiendo al Emperador tanta protección y amparo, justo me parece consagrarle las horas que me restan de libertad antes de seguir a las banderas del Rey.

-Vuestro deseo es noble -exclamó el anciano-, pero estoy seguro de que contrista a mis hijos. ¿No es verdad, Conrado? ¿No es verdad, Magdalena?

Los dos jóvenes hicieron con la cabeza un signo afirmativo.

-Si a ellos les sucede lo que a mí -exclamó Juan, recalcando las palabras-, comprendo lo que debe costarles esta separación; pero todo puede conciliarse. Antes de partir a la guerra vendré a despedirme de todos, y los días que he de permanecer en el monasterio de Yuste

serían para mí más gratos si me acompañara Conrado. ¿Queréis permitirle venir conmigo, señor?

-¡Ir él con vos a Yuste! -dijo el anciano con cierto espanto.

-¿Por qué no? Estoy seguro de que Conrado tendría mucho placer en que le presentara al Emperador.

-¡Yo! -exclamó Conrado con voz ronca-. ¡Tener yo placer en que me presentarais a ese hombre!

-Sí -contestó Juan con ingenua sinceridad -¡el Emperador es un ser grande, noble, fuerte, y estoy seguro que os llenaría de admiración!

-¡Os engañáis! -replicó Conrado impetuosamente-. El Emperador, que a vos os parece un ser noble, grande y fuerte, me parece a mí un asesino vil, y ni puede llenarme de admiración, ni tengo inquietud por conocerle. Juan se puso pálido como un cadáver. El anciano clavó en su nieto una mirada severa, que parecía un mandato de silencio, y en el rostro de Magdalena se dibujó una expresión de angustia indefinible. La cólera de Juan estuvo a punto de hacer explosión. Habían insultado en su presencia al Emperador; al Emperador, a quien se lo debía todo, y era una miserable ingratitud no defenderle.

Una mirada de súplica, de amor, de ternura, que le dirigió Magdalena, le contuvo por el momento y guardó silencio.

La conversación volvió a versar sobre su regreso a Yuste, que quedó aplazado para de allí a tres días, en que debía volver Pedro Barrientos, y volvió a reinar la misma cordialidad aparente que venía reinando. Pasaron el día juntos en la mayor armonía, como si nada hubiera pasado, y se olvidó, al parecer, el incidente de la mañana. Empero, no todos estaban tranquilos.

El corazón de las mujeres tiene el privilegio feliz de equivocarse rara vez en sus presentimientos, y en el de Magdalena se aposentaba una inquietud cruel, una angustia mortal, una incertidumbre desgarradora.

La calma forzada de Juan, su sonrisa sardónica, la gravedad y la reserva que tanto empeño ponía en ocultar, indicios eran de que en su alma se apacentaba algún designio tenebroso. Había sido cruel el ultraje, y Juan era agradecido. Esta idea martirizaba a Magdalena.

Transcurrió el día sin novedad, llegó la noche, y cuando fue la hora del descanso, el anciano se retiró a su departamento como tenía de costumbre, y cada uno se dirigió a ocupar el suyo.

Pero Magdalena, a quien no podían sosegar las muestras de reconciliación y de calma que había dado Juan, se quedó velando como el aguilucho en la soledad, y espió a los dos jóvenes en silencio.

Poco después de haberse acostado el anciano, y estando ella oculta detrás de unos antiguos tapices, vio salir a Juan de puntillas de su aposento y encaminarse precipitadamente hacia el de su hermano. Abrió la puerta y entró. Magdalena oyó crujir la llave por dentro y

comprendió que la había cerrado. Aplicó el oído para escuchar, pero nada oyó. Su corazón temblaba con violencia, su frente ardía, no podía respirar. Estuvo indecisa si ir o no a llamar a su abuelo; pero se decidió a esperar algunos instantes para ver si entendía algo de lo que pasaba dentro. En vano todo. Una gruesa tapicería la impedía oír. Ya iba a llamar a su abuelo, cuando volvió a sonar la llave en la cerradura. Se ocultó y observó. Era Juan que salía. El joven se volvió a su habitación, se acostó y se durmió. Poco tiempo después no se oía en la casa el más leve rumor. Magdalena se retiró entonces a su cuarto y también ocupó el lecho; pero en toda la noche no pudo conciliar el sueño. ¿Qué había pasado en el cuarto de su hermano? Ella no lo sabía, pero nosotros sí. Juan había encontrado a su amigo todavía en pie. Al verle Conrado entrar en su habitación manifestó sorpresa, porque no podía presumir a qué iba.

-Conrado -le dijo el joven gravemente-, vengo a hablaros de cosas serias e importantes.

-Decidlas si gustáis -contestó Conrado.

-He cerrado la puerta para que nadie escuche -añadió Juan-, porque no quiero tener por confidentes de esta entrevista más que a vos y a Dios.

-Habéis sido dueño de obrar como habéis obrado.

-Gracias. Lo que tengo que deciros, Conrado, es breve. Yo debo al emperador lo que soy y lo que valgo. Poco es, pero todo se lo debo. Me recogió en mitad de una calle, próximo a ser víctima de una soldadesca desenfrenada. Me puso bajo la tutela de un hombre de bien, cuya esposa me dio crianza y educación. Me trajo consigo a Yuste y me ha colmado de bondades. Cuanto un padre tierno y cariñoso puede hacer por un hijo, otro tanto ha hecho por mí. ¿Juzgáis, Conrado, que yo tengo el deber de ser agradecido?

-Sí.

-Pues bien, Conrado, esta mañana habéis insultado horriblemente a ese hombre que ha sido para mí una especie de Providencia. Le habéis llamado asesino vil. ¿Parecéos, Conrado, que debo yo oír eso de él con calma si soy bien nacido?

-No -contestó Conrado, secamente.

-Pues bien: decidme que os habéis engañado, decidme que no supisteis lo que dijisteis, decidme que estabais loco, trastornado, como noto de algún tiempo a esta parte que lo estáis, dadme una explicación cualquiera de aquellas palabras, Conrado, y las olvido, y os perdono con todo mi corazón.

-Es inútil que pidáis esas explicaciones -dijo el castellano fríamente - porque no puedo dáros las.

-¿Que no? -exclamó Juan con acento de rabia.

-No.

-Mirad lo que hacéis, Conrado -añadió el joven, sordamente. y sus ojos centelleaban como carbunclos.

-Lo que dije está dicho -exclamó Conrado-. Asesino fue el Emperador, y asesino es.

-Mentís -gritó Juan, poniéndose lívido.

Conrado se irguió, y empuñó su daga con crispada mano.

-La ofensa que me habéis hecho pide sangre -dijo Juan-. Pudiera tolerar que en mi persona me ultrajerais, que me despreciarais, que me abofetearais; pero ultrajar al hombre que amo y respeto más en el mundo, al hombre en quien durante muchos años sólo he visto un padre, eso no puedo consentido, ¡vive Dios! y tenéis que darme satisfacción con la espada.

-Os la daré -respondió Conrado con cierto gozo cruel-; os la daré, siempre que me ayudéis a evitar que lo sepa mi abuelo.

-Nada tiene que saber -exclamó Juan-. La ocasión del duelo es justa; nuestras condiciones, perfectas. El favor que os hice pagado me lo habéis con usura. Así, pues, somos igual para igual, y el mejor testigo, Dios.

-Pues bien, fijemos el sitio.

-Fijadlo vos.

-Ninguno encuentro más propio ni menos ocasionado a sorpresas que el panteón del castillo.

-Me place.

-Mañana, a la noche, después de la cena, bajo yo el primero, con dos espadas iguales al panteón. Así que transcurran algunos instantes, para disimular el intento, bajáis vos, y a la luz de la lámpara grande que alumbra los sepulcros nos acuchillaremos.

-Acepto, Conrado, y hasta mañana.

-Hasta mañana.

Los dos amigos se separaron.

Tal fue la escena que no pudo presenciar ni oír Magdalena, pero que presagió temblando.

La pobre niña pasó la noche en un insomnio cruel.

EL PEREGRINO

Así que amaneció, abandonó Magdalena el lecho del descanso, que para ella había sido lo mismo que el de Procusto y bajó a la capilla a orar ante la Virgen y a pedirle inspiraciones. ¿Qué hacer en medio de tantas dudas, de tantos errores, de tantas zozobras como la mortificaban?

Revelar sus sospechas a su abuelo era lo mejor; pero este medio ofrecía el peligro de irritarle contra su hermano, presentando a éste como desobediente y exponiéndole, por tanto, a sufrir un castigo terrible.

Magdalena conocía el carácter de su abuelo y sabía que era riguroso, inflexible, y que si juzgaba a su hermano reo del delito de lesa hospitalidad, sería capaz de imponerle un terrible castigo. Además, como no tenía indicios siquiera del proyecto de los jóvenes, y sólo era una simple duda la que servía de base a sus temores, consideró prudente evitar a su abuelo aquel disgusto.

Así estuvo la pobre niña batallando hasta el mediodía sin saber qué hacer para prevenir cualquier suceso que ocurrir pudiera entre los dos jóvenes; pero, al fin, concibió un medio, que le pareció conciliatorio, y, sin perder un momento, se resolvió a ejecutarlo. Bajó a buscar al anciano Berenguer, alcaide del castillo, que la había visto nacer y que adoraba en ella, y, llamándole aparte, ensayó con él mil caricias y zalamerías, y le dijo:

-Viejecito mío, tú no puedes negarme nada, ¿no es verdad? Hoy necesito de ti.

-Si es cosa que yo puedo hacer -contestó el adusto guerrero-, mandad. Y os advierto, querida niña, que por vos puedo yo hacer mucho, aunque sea andar a estocadas con el diablo.

-Menos que eso es, menos que eso es. Se trata, simplemente, de reventar un caballo, y de ir y venir, en menos de dos horas, a un convento de frailes.

-En no siendo al convento de Yuste -dijo Berenguer-, a todos iré de buen grado, aunque se hallaran enclavados en los picachos del Piomal, como los nidos de los buitres.

-Pues al convento de Yuste es donde tienes que ir.

-¡A la residencia del Flamenco! Voto a cien legiones de brujas; primero consentiría que me desollaran vivo, como a San Bartolomé.

-Irás, irás, porque te lo pido yo, y me hace mucha falta. ¿Verdad que irás?

-¡Magdalena, querida niña!...

-Vamos, que irás. Y si no lo haces, no te volveré a mirar ni acariciar en mi vida -añadió la joven, dándole palmaditas en el hombro-, porque me habrás impedido ejecutar una buena acción.

El viejo se rindió.

-Iré al infierno por vos -dijo.

Magdalena le dio en premio un abrazo.

-Prepara tu caballo -exclamó-. Yo voy a poner dos letras en un pergamino. Las llevas. Preguntas por el señor Pedro Barrientos, le entregas mi carta y te vienes volando como el viento. ¿Ofrece esto las dificultades de un arco de iglesia? Magdalena subió a su habitación, cerró la puerta, escribió sobre un pergamino lo que sigue:

«Al señor Pedro Barrientos, capitán de los Tercios:

Puede amenazar a Juan algún peligro en el castillo. Venid en mi ayuda esta noche, y disponéos a llevarle mañana al monasterio. Penetrad estas letras y volad en auxilio de vuestra amiga, que queda rogando por vuestra salud. -Magdalena.»

Cerrado el pliego con cera, bajó de nuevo al patio. El caballo de Berenguer piafaba ya, encaparazonado. Magdalena entregó el pliego al viejo alcaide, le recomendó que guardara el mayor secreto y le despidió. Berenguer partió al galope, atravesando el valle con la velocidad de una flecha.

Magdalena subió a ver a su abuelo, a quien encontró acompañado tranquilamente de los jóvenes. Bajaron los cuatro al huerto a pasar la tarde, y se entregaron, con la cordialidad de siempre, a sus recreos.

Magdalena observaba alternativamente a los dos jóvenes; pero en sus rostros no halló más signos que el de su impasibilidad característica.

Ni una mirada de recelo, ni un gesto de odiosidad, ni una palabra dura revelaron a la joven que entre su hermano y Juan pudiera existir el abismo, que ya se había abierto, ni mediar el proyecto de duelo, que debía consumarse aquella noche.

¡Me habré equivocado! -pensaba la generosa doncella-. ¡Quizá habré ido demasiado lejos avisando al capitán!

Sin embargo, a pesar de raciocinar así, los presentimientos infaustos no se apartaban de su corazón.

A la caída de la tarde, la joven no podía ya permanecer tranquila en el huerto; esperaba a Berenguer y se le hacía tardaba demasiado. Entonces pensó en que no habría encontrado a Pedro Barrientos en el monasterio, y que su tardanza consistía en que se habría quedado hasta verle y evacuar su comisión.

Magdalena se dirigió al castillo, con el fin de hablar a Berenguer así que llegase. No se hizo aguardar mucho tiempo. Antes de la puesta del

sol se hallaba de vuelta. Magdalena, que estaba observando desde una ventana alta, bajó presurosa al patio.

-¿Viste al capitán? -preguntó al viejo alcaide.

-Sí, querida niña, y al Flamenco también le vi -contestó Berenguer con voz ronca.

-¿Y le entregaste mi carta?

Se la entregué.

-¿Y qué te respondió?

-Después de haberse metido en el palacio del Austríaco, y de haber pasado en él buen trecho de tiempo, salieron los dos juntos, y me habló así: «Decid a Magdalena que he penetrado sus letras, y que se hará lo que desea.» Después monté a caballo, y volví grupas a aquel endiablado convento con la ligereza de un venablo.

«¡Oh! Si ha penetrado mis letras -pensó-, nada malo sucederá, porque vendrá en mi auxilio.»

Y volviéndose hacia el viejo servidor, le acarició, y le dijo:

-Gracias, mi fiel Berenguer; gracias, mi buen amigo.

Me has hecho un gran servicio, y es preciso que acabes de completarle.

Es preciso que nadie sepa esto.

-Nadie lo sabrá.

Magdalena se despidió de él, y subió de nuevo al castillo. Su abuelo, su hermano y Juan habían ya regresado del jardín y estaban en el salón que servía de refectorio, esperando la hora de la cena.

Tendió la noche su negro manto, igualando los valles con las montañas, como iguala la muerte todas las categorías.

Cubrióse la mesa con los blancos manteles y se colocó el rubio pan en los canastillos. Reforzóse el fuego de la chimenea con un grueso tronco de encina, y dando Ruy Gómez el ejemplo, cada uno fue a ocupar su puesto en torno de la mesa. Ya iba el anciano patriarca a pronunciar el Benedicite, cuando se presentó Barrientos en el umbral de la puerta.

Magdalena no pudo contener un movimiento de alegría. Acompañaba al capitán un romero de los que con frecuencia pasaban por aquel país haciendo el viaje a Santiago de Compostela.

Venía el peregrino pertrechado con su bordón, con su sombrero de anchas alas lleno de medallas y conchas, con su muceta de buriel y un ancho ropón de paño burdo, que le cubría de arriba abajo.

Tapábale el rostro un tupido antifaz negro; pero esta circunstancia no era rara entonces, porque muchos peregrinos formaban votos de no descubrirse el semblante hasta después de haber visitado el sepulcro del santo Patrón de España.

Adelantóse Barrientos, con el sombrero en la mano, hacia el viejo castellano, que se había levantado para recibirle, y exclamó:

-Vengo, señor, a pedir hospitalidad por esta noche. Siendo indispensable que Juan se halle mañana, sin falta, en el monasterio antes del mediodía, he venido por él, acompañado de un solo criado.

-Esta morada, capitán -respondió el anciano con amistoso acento- está siempre a la disposición del que invoca el sagrado derecho de la hospitalidad. Siempre que a mi castillo viene un huésped, creo que Dios me le envía. Considerad cuál sería mi gozo al ver que esta noche sois vos el enviado de Dios.

-No soy yo solo -replicó Barrientos-, antes de llegar al castillo me encontré, extraviado en el valle, este peregrino que me acompaña, el cual tiene hecho voto de no descubrirse el semblante hasta acabar su romería. Siendo ya de noche, y poco menos que imposible encaminarle al monasterio, le ofrecí, en vuestro nombre, alojamiento en este castillo, comprendiendo que os sería agradable recibirle.

-Alojamiento y mesa tendrá el romero en mi casa -contestó el anciano-, y tampoco le faltará un lecho aderezado de blanco lino, para el reposo.

El peregrino se acercó a Ruy Gómez y quiso besarle las manos en señal de reconocimiento, pero el anciano no lo consintió, antes bien, le tendió los brazos, y le dijo:

-No tenéis que besarme las manos, porque yo os conceda lo que por derecho os corresponde. A mí toca besar las vuestras, porque sois penitente y venís asistido de la gracia de Dios.

Y, dicho esto, cogió de la mano a Barrientos y al peregrino, y los llevó al sitio destinado en la mesa a los huéspedes, el cual estaba siempre dispuesto y servido, por si alguno llegaba a ocuparle.

-He aquí vuestro lugar -exclamó Ruy Gómez, señalando dos sitios a los huéspedes-. Antiguamente cuando ejercían la hospitalidad nuestros mayores, lo hacían con mayor esplendidez que hoy, y era costumbre bañar en agua de rosas al forastero, ponerle una túnica de brocados, rociarle con pomos de esencia y sentarle a la mesa en medio del castellano y de la castellana. Hoy están en desuso aquellas buenas costumbres; pero este sitio, aderezado y servido tal como lo encontráis, os demuestra, al menos, que os esperábamos.

Sentáronse Barrientos y el peregrino, éste sin desplegar sus labios, aquél cambiando con Magdalena un signo de inteligencia y algunos saludos amistosos con Juan y Conrado. Pronunció el anciano el Benedicite, que iba a comenzar cuando llegaron los huéspedes, y enseguida se dio principio a la cena con la sencillez y cordialidad más amables.

Barrientos, que no separaba sus ojos de Magdalena, parecía querer sondear los pensamientos de la pobre niña, interrogándola en silencio con su mirada acerca de los motivos que había tenido para llamarle;

pero Magdalena no podía explicárselos en aquel momento, y se contentaba con dirigirle las más dulces sonrisas.

Viendo el capitán que era imposible hacerse entender de Magdalena, fijó en Juan y en Conrado su mirada escrutadora; pero nada observó que pudiera hacerle entrar en sospechas acerca del peligro que le anunció la nieta de Ruy Gómez.

En ciertos instantes se le figuró distinguir en el ceño de Conrado los signos de una preocupación sombría; pero como no tenía antecedentes de lo que había pasado, achacó aquella preocupación al dolor que experimentaría el joven al saber que iba a separarse tan pronto de su mejor amigo.

Por las señales exteriores nada pudo adivinar Barrientos. El rostro del anciano aparecía inalterable y tranquilo, y su mirada era serena como la linfa de un río, que permite ver las arenas que lleva en su fondo. Magdalena no hacía más que sonreír, y Conrado y Juan conservaban su jovialidad encantadora.

¿Dónde estaba el peligro anunciado por Magdalena?

¿Qué misterio era aquel que Barrientos no podía penetrar?

El capitán se devanó los sesos durante la cena por conjeturar lo que podía ser, y, al fin, concluyó por aburrirse, esperando el momento en que Magdalena pudiera hablar con él a solas y enterarle de todo lo que supiera.

Habían notado Ruy Gómez y todos que el peregrino cuyo tupido antifaz no permitía descubrir un vislumbre de su rostro, y cuyo silencio no se había quebrantado una sola vez, apenas gustaba los alimentos; pero no le instaron a que perdiera su templanza, porque no era costumbre en aquel tiempo, en que se ofrecía la mesa a los huéspedes con tan buena voluntad.

Acabada la cena, se levantó el anciano y pronunció la oración de gracias, que repitieron todos, en pie, con buen talante, y terminada la oración invitó Ruy Gómez a Barrientos y al peregrino a conversar con él al amor de la lumbre. En aquel momento Conrado cambió con Juan una mirada de inteligencia, y salió del aposento.

Magdalena sorprendió aquella mirada, y sintió un vuelco en el corazón. Disimuló su turbación y permaneció serena. Entonces se levantó también con aire distraído, para no despertar recelos, y salió de la estancia.

LA REALIDAD

Así que Magdalena salió del refectorio, deslizó se a lo largo de los oscuros corredores del castillo y se dirigió hacia la habitación de Conrado.

Cuando la joven llegaba, Conrado salía. El mancebo se presentó embozado en una larga capa negra, que le cubría de pies a cabeza.

Al ver Conrado a su hermana cerca de su aposento no pudo contener un gesto de disgusto, contrariado, por aquel encuentro.

-¿Adónde vas, Magdalena? -le preguntó.

-Voy a dar una vuelta por la habitación de los huéspedes –contestó la doncella.

Aquella habitación se hallaba contigua a la de Conrado.

El joven creyó a su hermana. Después le preguntó ella adónde se dirigía tan embozado, y el mancebo le contestó con alguna turbación:

-Voy a las caballerizas; está malo mi corcel de caza, y como corre un relente frío, me he puesto esta capa de abrigo para preservarme.

Magdalena hizo como que daba crédito a su hermano, y se dispuso a continuar su camino con el aire más natural.

Conrado se despidió de ella con cierta emoción, y se alejó a pasos precipitados. La joven no le perdió de vista, y, deslizándose silenciosa a lo largo de los muros, como un fantasma ocultándose unas veces detrás de los tapices y recatándose otras cuidadosamente, siguió a Conrado, sin poder contener los latidos de su corazón.

El mancebo se dirigió hacia la escalera principal del castillo. Al poner el pie en el primer escalón, levantóse un poco el ancho vuelo de su capa, y Magdalena vio, a favor de aquel descuido, las aguzadas puntas de dos espadas, que debía llevar ocultas bajo sus pliegues. No se había engañado en sus presagios: Conrado iba a intentar alguna cosa terrible. Sintió la generosa doncella bañada su frente en sudor frío; apoderó se de su pecho un terror de muerte, y tembló de pies a cabeza al considerar las desgracias que podían sobrevenir.

Persistió, pues, en seguir a Conrado, ocultándose cautelosamente de su vista, y le vio dirigirse hacia la capilla.

Hallábase ésta iluminada por el resplandor de una lámpara de plata, que pendía de la techumbre, y en el altar de la Virgen ardían dos velas, que Magdalena encendía todas las noches.

El joven se despojó de su birrete al entrar en la capilla, pasó por delante del altar sin desembozarse, y se dirigió al panteón de la familia, cuya puerta tenía siempre la llave en la cerradura.

-¿Qué iré a hacer en el panteón? -murmuró Magdalena-. Ha pasado por delante de la Virgen sin rezar, prueba de que no abriga buenos pensamientos. La doncella se quedó clavada a la puerta de la capilla, sin decidirse a avanzar ni retroceder. Aterrada, muda, yerta, dominada por los más infaustos presentimientos, dirigió a la Virgen una mirada suplicante, poniéndola por intercesora de lo que pudiera suceder. Su agonía era mortal.

Cuando aún no sabía qué partido tomar, oyó ruido de pasos, y se ocultó detrás de una estatua antigua de piedra, que estaba a la puerta y que representaba un guerrero de familia.

Los pasos se acercaron, y Magdalena descubrió a Juan al resplandor rojizo de la lámpara, viéndole penetrar en la capilla lentamente, con la cabeza despojada.

El joven se dirigió al altar, se arrodilló ante la Madre de Dios y estuvo orando fervorosamente algunos momentos.

Magdalena distinguía su semblante de perfil, y percibió las señales de dolor y de amargura que en él estaban bosquejadas.

Una lágrima pura, una lágrima ardiente, testimonio desgarrador del primer desengaño, rodó en silencio por las mejillas del huérfano y cayó sobre su pecho como una gota de fuego, que debía acrecentar el incendio que le devoraba.

Magdalena contempló aquella lágrima con profundo sentimiento, y se la agradeció al doncel desde el fondo de su corazón, porque creyó que se la consagraba.

Después se levantó Juan con frío y sereno continente, y se dirigió al panteón del mejor talante.

Abrió la puerta y entró. Al verle desaparecer, Magdalena estuvo a punto de lanzar un grito y caer desfallecida.

Pidió valor a la Virgen, y elevando hasta Ella su pensamiento, y pálida, trémula, convulsa, agarrada a las frías paredes de la capilla, se arrastró penosamente hasta la puerta del panteón.

Al pasar por enfrente de la Virgen, no pudo menos de dirigirla una mirada dolorosa, desgarradora, impregnada de desesperación.

-Tened piedad de nosotros, Madre mía -murmuró; y cayó de rodillas a la puerta del subterráneo.

Al principio no oyó nada, porque le zumbaban los oídos.

Reinaba en aquel recinto el silencio de las tumbas y sólo se percibía el chasquido de los cirios que ardían en el altar.

Poco después oyó la voz airada de Juan dentro del panteón, y la de su hermano, que retumbaba como el trueno, profiriendo palabras que debían acrecentar la cólera de Juan.

Aplicó la vista a la cerradura, y por el ojo de la llave descubrió a su hermano, que tenía empuñada una espada, cuya hoja brillaba con el fulgor siniestro de un cometa.

Cerró los ojos, para no ver más, y se agarró de nuevo al muro para no caer de espaldas.

Entonces, pálida, casi muerta, transida de espanto, con el cabello erizado de horror, conteniendo un grito formidable, que se heló en su garganta, se lanzó fuera de la capilla, subió la escalera principal, y, jadeante, loca, desmelenada, llegó al aposento donde estaban su abuelo, el capitán y el peregrino conversando pacíficamente al resplandor de la lumbre, y a duras penas pudo tartamudear:

-Una desgracia..., bajad, corred..., volad al panteón. Juan y Conrado se están acuchillando.

Y, rendida por aquel doloroso esfuerzo, cayó sobre un sillón y se cubrió el rostro con las manos, para comprimir sus lágrimas.

Tres gritos terribles, espantosos, desgarradores, lanzados por Ruy Gómez, por Barrientos y por el peregrino, que hasta entonces había permanecido silencioso, resonaron a la par en la estancia, y como si las tres personas hubieran sido movidas por un resorte, se lanzaron hacia la puerta, en seguimiento de Ruy Gómez, que hacía de guía.

Magdalena se puso de rodillas así que partieron, levantó sus manos al cielo, y exclamó:

-¡Que lleguen a tiempo, Dios mío! ¡Que lleguen a tiempo de salvarlos!

XVII

EL DUELO

Mientras tuvo lugar la anterior escena, otra de mayor interés se estaba representando en el panteón.

Ya hemos dicho que aquel sitio, más que lúgubre, era agradable, y que no infundía ese terror que suelen infundir las pavorosas mansiones de la muerte. Sus vastas y espaciosas bóvedas, sostenidas por arcos de un corte primoroso, se ostentaban bien conservadas; los sepulcros, de piedra, distribuidos con simetría a lo largo de los muros, dejaban ancho espacio en el centro para circular libremente, y los dos mausoleos de mármol que encerraban las cenizas de los últimos malogrados herederos de Ruy Gómez, se destacaban uno enfrente del otro, en el comedio de la galería, presentando un aspecto gallardo. Una lámpara grande, de alabastro, pendía de la bóveda y sostenía doce velas de cera amarilla, que iluminaban el recinto con su pálido reflejo, bañándole de una media tinta, que le prestaba un colorido fantástico.

Así que Conrado bajó al panteón, se quitó la capa y depositó sobre el mausoleo de su padre las dos espadas, que llevaba ocultas. Después se arrodilló y murmuró, en voz baja, estas atroces palabras:

-¡Padre mío, llegó la hora de la venganza! Mirad si amare y honrare vuestra memoria, cuando no vacilo en sacrificar al mejor de mis amigos.

Dicho esto, se levantó el joven tranquilamente, inspirado por el fanatismo de sus rancias preocupaciones, y esperó. Sin embargo, a pesar de su calma aparente, sentía en el corazón un malestar indefinible.

Iba a cruzar su acero con el de un joven amable que le había salvado la vida y dispensado la más generosa amistad. Iba a ejecutar una venganza ruin, y, desde el fondo de su conciencia, sin comprenderlo él, comenzaba a levantarse ya la voz inexorable de los remordimientos.

Pero amamantado en aquellos funestos sistemas de rencores que habían formado su corazón desde la edad más tierna, desvanecido por las ideas de su tiempo, que todavía se inclinaban en favor del derecho cruel de la venganza, la generosa voz de su conciencia fue ahogada y reprimida dentro de su pecho por el peso abrumador de los más sombríos raciocinios.

-Las faltas de los padres recaen sobre los hijos hasta la cuarta generación -decía Conrado-, y mi abuelo afirma que dice la Escritura que las ofensas se han de vengar ojo por ojo y diente por diente.

De esta manera procuraba el desdichado fanático justificar una resolución bárbara y cruel, reprobada de común acuerdo por las leyes divinas y humanas.

Al cabo de veinte minutos de espera, se presentó Juan en el panteón. Dirigióse con seguro paso y serena apostura a Conrado, le saludó con un movimiento de cabeza y esperó.

El joven castellano tomó las dos espadas del mausoleo y se las presentó a Juan, para que eligiera la que tuviera por conveniente. Juan tomó una, sin detenerse a mirarla, y, bajando la punta hacia el suelo, dijo a su amigo:

-Conrado, permitidme que os dirija algunas palabras antes de emprender el combate. ¿Seréis tan bondadoso que me concedáis esta gracia?

Conrado bajó también la punta de su acero, y contestó con acento sordo:

-Hablad.

-Conrado -exclamó Juan con voz dulce y melancólica-, no deben matarse dos amigos sin que su corazón sufra dolor intenso. El mío es tan grande, que me condena al mayor de los martirios. Sí, Conrado; desde anoche, en que os escuché hablar en mi daño, ultrajando al hombre que más estimo y venero, soy muy desgraciado; pero vos conocéis que yo tengo que cumplir este deber penoso porque soy bien nacido.

-Lo conozco.

-Pues bien, Conrado; si lo conocéis, sed generoso. Os lo pido, os lo suplicaré de rodillas, si es preciso; evitadme este duelo sacrílego, este duelo sin ejemplo que a nada conduce. Quitadme la vida, si queréis; atravesadme el pecho con vuestra espada, si os place; pero retirad las palabras que dijisteis contra el Emperador.

-¡Nunca! -exclamó Conrado con ira.

-Pensad con calma, Conrado -añadió Juan-, y no seáis insensible a los más tiernos afectos del corazón, a la voz de la amistad, que es una virtud santa. ¿Qué os proponéis con este duelo? ¿Es por ventura quitarme una vida que yo no codicio? Pues aquí la tenéis. ¿Queréis que yo mismo me atravesase el pecho en vuestra presencia? Pues pronunciad una palabra, y veréis si lo hago. Muera yo, muera yo si mi muerte os satisface y agrada; pero muera yo oyéndoos rectificar vuestros juicios sobre el Emperador; muera yo oyéndoos retirar aquellas palabras infames, que todavía zumban en mis oídos como pregón escandaloso de ignominia; muera yo, Conrado, sin tener que defenderle batiéndome con vos.

-Ya os he dicho que lo que pedís es imposible.

-¡Imposible! -exclamó Juan-. ¿Por qué ha de ser imposible que reconozcáis vuestro yerro y confeséis aquí, delante de mí, sin humillación ni afrenta, sin testigos que lo presenciéis, que os habéis equivocado? ¿Qué interés podéis tener en afirmar, hasta con la punta de ese hierro, que el Emperador es un asesino vil?

-Tengo interés en ello -contestó Conrado-. Si no le tuviera, ¿creéis que hubiera consentido que bajáramos a matarnos?

-Por la última vez, Conrado -dijo Juan, cayendo de rodillas ante su amigo-; vedme a vuestros pies haciendo el postrer esfuerzo para ablandar vuestro buen corazón. Confesad vuestro pecado. Dadme una disculpa cualquiera. Decidme que habéis insultado al Emperador sin querer, que no supisteis lo que dijisteis. Decidme cualquier cosa, para evitarme el lidiar con vos, como contra el mayor enemigo, en defensa de la honra del Emperador.

-¡Oh! -exclamó Conrado con voz sombría-. No os canséis en pedirme lo que no puedo hacer.

Y golpeando con el pomo de su espada el mármol frío de los dos mausoleos de sus padres, gritó con voz terrible:

-¿Veis estos dos sepulcros? Este es el de mi padre. Este es el del padre de mi padre. Eran dos bizarros caballeros de estos reinos; eran la gloria de su casa; eran la alegría de su familia. Por leves faltas fueron mandados degollar los dos sobre el cadalso por el Emperador, con una ferocidad implacable, viéndose mi pobre abuelo privado del báculo de su vejez. Magdalena y yo huérfanos y nuestra familia infamada y deshonrada para siempre. ¿Os parece que puedo yo retirar mis palabras sin ser villano y mal nacido? ¿Os parece que puedo perdonar a ese hombre, sin que los manes irritados de mis padres me persigan hasta en los sueños y me atormenten con su maldición? No; yo no puedo hacer lo que pretendéis. Asesino dije que fue ese hombre inicuo y miserable y asesino fue y ladrón de mi honra; asesino es, y lo mantengo de bueno a bueno.

-¡En guardia! -gritó Juan con voz cavernosa, levantándose de un salto, como una pantera, y blandiendo en sus manos la cuchilla.

Conrado tendió el brazo, y los dos jóvenes cruzaron los aceros.

En aquel momento se abrió la puerta, y oyeron a sus espaldas una voz formidable, que semejaba el rugido de la tempestad, la cual les dijo:

-Deteneos, insensatos, o temed mi furor.

Juan y Conrado soltaron las espadas, y bajaron la cabeza, avergonzados.

Habían conocido aquella voz.

Era la de Ruy Gómez, que se precipitó en el panteón, seguido de Barrientos y del peregrino.

EL JUEZ DE SU CAUSA

El aspecto del anciano era imponente.

Temblábale la barba de coraje, brillaron sus ojos como centellas y descubriéndose en su ceño una expresión aterradora.

Abarcó con su mirada irritada la escena que ofrecían los dos jóvenes, adelantándose hacia ellos con paso firme y continente majestuoso, tomó a Conrado de la mano, y, severo, impasible, como la estatua de la Fatalidad, le arrastró consigo hasta el sepulcro de su padre.

Barrientos y el peregrino se quedaron en pie a la entrada del panteón. El anciano se sentó sobre la cornisa del mausoleo, y, sin soltar de la mano a su nieto, exclamó:

-De rodillas, mal caballero, que voy a juzgar vuestra conducta desde el sepulcro de vuestro padre-. Conrado cayó de rodillas a los pies de su abuelo como cae el roble bajo la segur del leñador.

Barrientos y el peregrino no se atrevieron a intervenir, porque el aspecto del viejo infundía pavor.

Juan, con las manos cruzadas y la frente baja, esperaba, temblando, el desenlace de aquel drama.

Soltó el anciano la mano de su nieto, que había oprimido como un torqueto, y con una frialdad glacial exclamó:

-Confesad vuestra culpa en voz alta.

De los ojos de Conrado se desprendió una lágrima de fuego.

-Señor -dijo Juan, adelantándose para hacer un esfuerzo generoso en favor de su amigo-, Conrado es inocente. El culpable soy yo.

-¡Silencio! -exclamó el anciano con voz formidable-. Yo soy el juez de mi causa, y de puertas adentro de esta fortaleza tengo el derecho de administrar justicia, lo mismo que el Rey en sus dominios.

Y, volviéndose hacia Conrado, añadió:

-Hablad, rendidme cuentas de vuestra villanía.

-¡Oh! -exclamó Juan, sin poderse contener-. Yo no debo, yo no puedo consentir la humillación de Conrado. Él es inocente. Yo he sido su provocador; yo le he arrastrado a este lance, que habéis impedido. Descargad sobre mi cabeza, señor, el peso de vuestra cólera.

El anciano, sin atender las razones de Juan, clavó sus ojos en su nieto, le sacudió el brazo fuertemente y gritó con voz de trueno:

-¿Acabaréis de hablar, miserable?

Conrado no contestó.

Con la frente inclinada, con el corazón temblando, esperó su sentencia sin defenderse. El anciano se levantó con ademán imponente.

Habían llegado ya al panteón algunos de los servidores del castillo, armados con espadas y picas, y detrás de Barrientos y del peregrino se descubría a Berenguer, que, armado a la ligera, acaudillaba aquella cohorte.

-Habéis faltado a las leyes de la hospitalidad -dijo Ruy Gómez a su nieto con acento grave-; habéis faltado a las leyes del honor, haciendo armas contra vuestro huésped. Es la primera vez que ocurre un caso igual en vuestra familia. La primera y la última será, ¡vive Dios!, porque os juro por San Jorge que el escarmiento ha de ser proporcionado a la culpa.

Barrientos y el peregrino trataron de intervenir; pero el anciano los rechazó, poniéndose lívido de furor.

-Apartaos de mí -dijo-. Ya que habéis presenciado la humillación de mi casa, dejadme restaurar el honor de mi estirpe en la forma que me corresponde. Y, adelantándose hacia sus servidores, exclamó:

-¡Hola! Berenguer, avanza con mis escuderos.

El alcaide se puso al lado de su señor, sin replicar palabra.

-Conducid a Conrado a la torre del saliente, y ponedle guardias a la puerta del encierro. Interin se resuelve su causa, Conrado es nuestro prisionero, y como tal será tratado.

El joven se levantó humildemente, y se dispuso a partir. Conocía el carácter inflexible de su abuelo; conocía que, una vez resuelto a una cosa, no había fuerzas que le hicieran desistir. Por eso no hizo la más ligera observación.

Barrientos y el peregrino, llenos de admiración, no sabían qué partido tomar; pero como vieran que iba el joven a ser conducido a la torre, quisieron interceder por segunda vez. En vano todo. La dureza del viejo era de roca.

-Obedeced -dijo con imperio.

Y Conrado se puso en marcha, seguido de su escolta. Al salir del panteón entraba Magdalena. La joven comprendió a primera vista lo que había pasado, y lejos de oponerse a la prisión de su hermano, se felicitó en su interior de que su abuelo hubiera tomado aquella resolución.

-Así se conjura ahora el peligro -pensó-, y mañana, cuando Juan esté ya lejos del castillo, yo desarmaré la cólera del abuelito.

Adelantóse hacia el anciano sonriendo, y le prodigó las más tiernas caricias.

-Sosegaos -le dijo-; esto no vale la pena. Venid conmigo a vuestro aposento, que yo calmaré vuestro dolor.

-Mi dolor es tan grande -exclamó Ruy Gómez con amargura- que no admite consuelo, hija mía. Por la primera vez en mi vida he sido humi-

llado en presencia de las gentes por una de las faltas más feas que se pueden cometer. Sí, Magdalena; la falta de Conrado es tan negra que oscurece el brillo de los timbres de nuestra casa; y aunque me siento inclinado a la indulgencia, no puedo perdonarla.

-Perdonadla, señor -balbució Juan, conmovido-; Conrado no ha faltado a las leyes de la hospitalidad. Yo le provoqué, yo le insulté de tal manera, que se hizo preciso este lance. Poned en libertad a Conrado, señor, o reducidme también a mí a prisión. Considerad que no es justo castigar al inocente y dejar impune al culpable.

-Generoso joven -dijo Ruy Gómez, tendiéndole la mano-, comprendo bien el noble intento de vuestra honrada mentira; pero mi corazón me dice que Conrado es culpable, y el corazón de un anciano de mis años nunca se engaña. Aunque vos le hubierais injuriado y provocado nunca podría justificar haber desnudado la espada contra vos, porque érais nuestro huésped, y el huésped es inviolable. Dejarás salir del castillo, y si le habíais ofendido matáaos después. Pero aquí, bajo este techo, amparado del seguro de la hospitalidad... ¡Oh! No a vos, al mayor enemigo no hubiera yo tocado a una sola hebra de sus cabellos.

Hizo una breve pausa, y añadió con profundo sentimiento:

-Perdonad, amable joven; perdonad esta felonía, debida más que a la maldad a la juventud de Conrado. Perdonad vosotros también -dijo, volviéndose a Barrientos y al peregrino- este ruin ejemplo que habéis presenciado en mi casa y que yo no he podido impedir. No reveléis a nadie el delito que aquí se ha cometido, y mirad por el rubor que enrojece mi semblante la vergüenza que sufre ante vosotros este infeliz anciano.

-¡Abuelo de mi alma! -exclamó Magdalena, llorando y oprimiendo las manos del venerable viejo.

Barrientos y el peregrino acudieron también a consolarle, pero en balde.

Esclavo de las leyes del honor, era inexorable para cumplirlas.

-Vivid tranquilo, joven, bajo el techo de mi casa -dijo-; nadie volverá a molestaros ni a quebrantar el seguro de la hospitalidad. Lo mismo os digo a vos, capitán, y a vos, santo peregrino, que por primera vez nos habéis favorecido con vuestra presencia.

Y tomando a su nieta de la mano, añadió.

-Ven, hija mía. Nuestro destino no está entre los dichosos. Ven a llorar conmigo las faltas de tu hermano -dijo, y, arrastrando consigo a Magdalena, salió del panteón con paso mesurado llevando la frente baja, como si le agobiara el peso de sus penas.

Barrientos, Juan y el peregrino los siguieron silenciosamente, sin atreverse a turbar aquel hondo dolor que merecía tan alto respeto.

-¡Es un gran corazón! -murmuró el peregrino casi al oído de Barrientos. El capitán contestó con un gesto afirmativo, porque le

embargaba la emoción y no podía hablar. Juan permaneció el resto de la noche preocupado, triste y taciturno.

Cuando se separó de Barrientos para dirigirse a su habitación, díjole el capitán en tono severo:

-Don Juan, ¿qué aventuras son éstas?

El joven miró de pies a cabeza al capitán, y le contestó con desenfado:

-Unas aventuras más graves de lo que pensáis.

-Pero ¿se trataba de un duelo formal? -preguntó Barrientos.

-Sí -contestó Juan con voz sombría-; de un duelo implacable, encarnizado, a muerte, que empezó anoche y que concluirá en otra ocasión.

-¿Qué decís?

-¡Oh! Nada me preguntéis, porque me dejaría hacer pedazos antes de revelarlo. Mas sabed -añadió el mancebo con honda desesperación- que siendo Conrado el mejor de mis amigos, quiere mi bárbaro destino que tenga que acuchillarle y matarle forzosamente. ¡Adiós, capitán, y pasad buena noche!

Barrientos se quedó estupefacto. Entre Juan y Conrado debía existir un misterio terrible cuando el joven se había expresado de aquella manera.

-¡Diablo! -pensó Barrientos-. Esto es más grave de lo que yo creía.

Y sin perder momento, se dirigió al aposento de los huéspedes, donde se encerró con el peregrino que le esperaba.

XIX

EL VENGADOR DE SU AGRAVIO

Aquella noche la pasaron todos soñando despiertos. Ruy Gómez, porque creía, en su inocencia y sencillez primitiva, que la falta de su nieto era tan enorme que no merecía perdón. Magdalena, porque pensaba en el estado de inquietud de su abuelo, y los huéspedes del castillo por otras causas.

No la pasó Conrado con más tranquilidad.

Encerrado en la torre de Alicia, y tratado como un prisionero por su abuelo, sentíase dominado por dos afectos distintos: por la vergüenza de haber faltado a las leyes de hospitalidad, tan respetables en aquel tiempo, y, a la vez, por no haber consumado sus terribles ideas de venganza.

La fealdad de su falta, la generosidad de Juan y el disgusto proporcionado a su abuelo eran recuerdos que apenas podían contener los desordenados impulsos de aquella pasión de odio injerta en su corazón, que le llamaba constantemente a vengar los agravios recibidos por su familia.

Cuando se mostraba dispuesto al perdón y al olvido, representábasele el cadalso de su padre con lúgubre colorido; figurábasele oír la voz del verdugo que pregonaba su infamia; recordaba los términos de la sentencia en que se apellidaba traidores y felones a los suyos, y parecíale ver brillar como un cometa el filo del hacha y separar de su tronco una cabeza ilustre que se colgaba después de una escarpia para que sirviera de befa y de ludibrio a la muchedumbre. Entonces llameaban sus ojos de furor, y exclamaba:

-No le perdono, ¡vive Dios!, no le perdono. Le buscaré, aunque se esconda en el centro de la tierra; le encontraré y morirá a mis manos sin piedad.

Ocupaba Conrado el salón morisco de la torre. En una especie de antesala se había instalado la guardia, capitaneada por Berenguer, que amaba tiernamente al joven, a quien había visto nacer, y que por hacerle más llevadero el encierro se prestó a darle compañía aquella noche.

Pero Conrado, que estaba furioso como un león, le rechazó y le dijo: - Salid, y dejadme solo; pues que estoy preso y sois vos mi carcelero, ocupemos cada cual nuestro puesto.

Berenguer se instaló en la antesala y Conrado se encerró dentro, corriendo el cerrojo de la puerta.

El joven pasó la noche en vela, sentado unas veces en un sitial y otras paseando por el vasto salón. Fue para él una noche de fiebre y de vigilia.

Hervía su cabeza como un volcán; levantábanse en ella las ideas como las llamaradas de un incendio cuyos combustibles se renuevan, y germinan en su corazón los más opuestos y encontrados sentimientos como si de todos ellos hubieran ingerido en él una semilla.

-¡Juan es tan bueno! -decía algunas veces-. ¡Es tan noble, tan generoso! Esta misma noche, cuando mi abuelo fulminaba contra mí las más terribles palabras, ¡con qué delicadeza, con qué espontaneidad salió a mi defensa, declarándose culpable y pregonando que yo era inocente! ¿Por qué no le he de perdonar? ¿Por qué no he de abrirle mis brazos? ¿Volveré, por ventura, a encontrar en el mundo un amigo tan bueno como Juan?

Así raciocinaba cuando dormían sus malas pasiones.

Pero cuando estas revivían, cuando se alborotaban en su pecho en confuso desorden, exclamaba:

-No; mi resolución es irrevocable. La venganza que me exige el padre mío será irremisiblemente cumplida. Ojo por ojo, diente por diente. ¿Por qué le conocí? ¿Por qué me salvó la vida? ¿Por qué nos ligamos con un juramento de amistad? Yo le amo; yo le admiro; yo le estoy agradecido, y ¡oh condenación, condenación del cielo!, tengo que matarle.

Noche cruel, noche de atroces tormentos para el infortunado joven, que no hay desvelos más dolorosos que aquellos que engendran el fatal consorcio de los malos pensamientos.

Al despertar la aurora abrió Conrado una pequeña ventana que había en el grueso muro de la torre, y se puso a respirar con avidez la brisa matutina. Aquella brisa dulce y aromática parecía como que le refrescaba el alma y el cuerpo.

Serenóse un tanto la borrasca que rugía dentro de su cráneo, y cuando se hallaba más tranquilo oyó dos golpecitos aplicados a una puerta que se comunicaba con una escalera interior de la torre, por la cual se bajaba al jardín del castillo. Conrado se dirigió a la puerta, la abrió y en su dintel apareció el bulto de un hombre embozado hasta los ojos. Aquel hombre era Juan. Bajó un poco el mancebo el embozo de su capa, se dio a conocer a Conrado, y le dijo:

-Hablemos en voz baja para que no nos oigan. Cerremos esta puerta para que nadie pueda venir.

Y, acabado esto, corrió él mismo el cerrojo, y se adelantó hacia el centro del salón. Conrado estaba lleno de admiración. Aquella sorpresa no la esperaba él, ciertamente, y no podía explicarse cuáles serían los intentos de Juan. Esperó que el joven hablase, y calló.

- Conrado -dijo Juan, sin desembozarse-, lo que sucede es muy sencillo. Vos sabéis que esta torre tiene dos puertas: una esta guardada por Berenguer y los escuderos del castillo; la otra da al jardín, y ni tiene llave ni esta guardada por nadie. Por ella he venido sin hallar la más mínima dificultad. Ahora os diré cuál es el objeto de mi venida.

Quitóse el joven el embozo, dejó caer al suelo su capa y presentó a la atónita vista de Conrado dos espadas desnudas que llevaba debajo del brazo y que colocó sobre una mesa.

-Voy a deciros -prosiguió Juan-lo que he hecho esta noche. Cuando todos los moradores del castillo estaban entregados al reposo, me dirigí cautelosamente a la sala de armas, y me proveí de esas dos espadas de combate que veis ahí. Enseguida tomé mi capa y me bajé al huerto, teniendo la suerte de no ser de nadie sentido. Era todavía de noche, pero calculé que el día empezaría a rayar al cabo de una hora, y esperé a que amaneciera. Cuando vi las primeras luces del alba abrí la puerta de la torre y llegué hasta aquí. ¿Adivináis a lo que vengo?

-Pareceme que sí -respondió Conrado sombríamente.

-No os equivocáis -exclamó Juan-; el suceso de anoche es de tal magnitud, que al uno y al otro puede traer serias consecuencias. A mí es posible que si el Emperador se entera me aleje de Yuste y me envíe mañana mismo a la guerra. En la guerra nadie tiene asegurada la vida, y bien comprendéis, Conrado, que un hombre agradecido no debe morir sin haber concluido un lance como el de anoche, en que se jugaba la honra del Emperador. Yo he venido aquí a restaurar esa honra o a batirme con vos. ¿Entendéislo, Conrado?

-¿Es decir, que queréis reanudar el duelo?

-Reanudarle o abriros los brazos. Para esto basta que retiréis las palabras que dijisteis contra el Emperador. Para lo otro basta que os neguéis a darme tan justa satisfacción.

-Honrado sois, Juan -dijo el castellano-, y os admiro; pero bien comprendéis que este duelo no se puede reanudar. Sois nuestro huésped, y mientras estéis bajo este techo, ya lo dijo mi abuelo, sería un crimen empuñar la espada contra vos.

-La opinión del abuelo sobre la hospitalidad es muy respetable -exclamó Juan, fríamente-; pero la opinión del Emperador, infamado por vos delante de mí, vale más que la de vuestro abuelo; las circunstancias en que nos encontramos son excepcionales. Nuestro duelo no puede diferirse, porque yo no sé si me dejarán volveros a ver y pensar que yo he de salir de aquí sin que la fama del Emperador sea restaurada, es pensar en una cosa indigna de vos y de mí.

-¿Creéis que no me bato por miedo?

-Yo no creo nada. Lo que creo es que estáis obligado a satisfacerme, y que cumpliréis con vuestra obligación.

-Pero sois nuestro huésped, y ya veis que el seguro de la hospitalidad me impide el empuñar el hierro.

-También os impedía ese seguro hablar mal del Emperador delante de mí -exclamó Juan con fiereza-, y, sin embargo, le ultrajasteis. Bueno sería que el seguro sirviese para impedir unas cosas y otras no. Y pues habéis faltado una vez a esas leyes que invocáis, faltad otra, ¡vive Dios!, que si no tuvisteis rubor de faltar a la primera, menos le tendréis ahora faltando a la segunda.

-¡Oh! Me estáis insultando.

-Os he rogado, os he suplicado ayer, invocando la santa amistad que nos unió, y fuisteis sordo a mis lamentos. Os dije que me atravesarais el pecho y me hicierais morir dándome el consuelo de rectificar vuestros errores, y no se ablandaron vuestras entrañas. ¿Queréis que os lo vuelva a suplicar otra vez? ¿Queréis concederme la gracia que os pido y os la demandaré de rodillas?

-No; yo lo que quiero es que reconozcáis que es imposible ahora este lance.

-Imposible era también cometer la falta y se cometió.

-Esa antesala está llena de guardias; al oír el choque de las espadas forzarán la puerta e impedirán el duelo.

-Para forzar esa puerta tienen necesidad de derribarla a hachazos, y mientras la derriban habrá ya caído uno de los dos.

-Si os mato aquí no podré sufrir la cólera y la indignación del abuelo.

-Si me matáis huiréis por esa otra puerta, que va a dar al huerto, y os libraréis del furor de vuestro abuelo, refugiándoos en casa de algún hidalgo amigo de las cercanías.

-Juan, lo que me proponéis es horrible.

-Conrado, lo que habéis hecho es infame.

-Yo he tenido motivos para hablar como hablé del Emperador.

-Yo los tengo para defenderlo como le defiendo.

-Aplacemos este duelo. Mañana, pasado, cuando gustéis, iré a buscaros donde me digáis.

-Mañana, pasado, quizá hoy mismo, pueden alejarme para siempre de estos lugares.

-Las espadas harán ruido y entrarán enseguida las gentes del castillo.

-Romamos las espadas por la mitad, batámonos a puñadas, y no se hará ruido.

-En fin, Juan, ¿estáis decidido a este lance?

-Tan decidido, que no saldré de aquí sin mataros.

-¿Y no halláis algún otro medio que nos saque bien de este apuro sin que yo labre el daño de mi pobre abuelo?

-Un medio hallo.

-¿Cuál es?

-Retractad vuestras palabras; decid que habéis mentido; dadme alguna excusa, y os tiendo los brazos.

-El Emperador ha sido el asesino de mi familia.

-El Emperador me ha servido de padre.

-Al mío le mandó degollar en un cadalso.

-A vuestro padre le mandó degollar la ley.

-Yo no puedo resignarme a pasar por la plaza de desmentido.

-Yo tampoco puedo resignarme a pasar por la de desagradecido.

-Aplacemos este duelo.

-La ofensa no se aplazó.

-¿Es irrevocable vuestra resolución?

-El sol esparce ya sus rayos por las cumbres de las montañas. Empuñad el hierro, ¡vive Dios!, y acabemos cuanto antes.

Y, al concluir esto, ofreció Juan a Conrado las dos espadas para que eligiera una. Conrado empuñó el acero, y se puso en guardia. Juan le imitó, y las dos espadas se cruzaron, produciendo un choque eléctrico. Empezó un combate furioso, encarnizado.

Los dos adversarios tenían la misma destreza, la misma agilidad, el mismo vigor en el pulso y en las piernas para atacar y para resistir.

Aún no haría dos minutos que se estaban embistiendo cuando sonaron fuertes golpes en la puerta.

-Abrid, abrid -gritaba Berenguer con voz de trueno.

Pero los dos jóvenes continuaron impasibles la lucha.

Después llegó a sus oídos una espantosa gritería. La campana del castillo empezó a tocar a rebato. Percibieron rumores de armas y de gentes que acudían a la antesala de la torre con grande estrépito, y al poco rato se oyó tronar la voz del viejo castellano, que decía desde afuera:

-Abre la puerta, miserable, o te maldigo.

La puerta permaneció cerrada. Entonces empezaron a derribarla a hachazos.

Entretanto, Juan había desarmado a Conrado, obligándole a soltar la espada por medio de un fuerte golpe que le sacudió de plano en la sangría del brazo.

Ninguno de los dos estaba herido.

-Matadme, matadme, por piedad -exclamó Conrado, cayendo de rodillas delante de Juan-; puesto que me habéis vencido, atravesadme el pecho para que no sobreviva a mi deshonra. Juan soltó la espada.

En aquel momento volaba la puerta hecha astillas y se presentaron las gentes del castillo en el salón, llevando a Ruy Gómez a la cabeza.

El anciano traía en la mano una pesada hacha de combate, que blandía como si fuera una caña.

Detrás de él venía el capitán, el peregrino y Magdalena, y, cerrando la comitiva, Berenguer, que acaudillaba todas las huestes del castillo.

El aspecto de Ruy Gómez era imponente, aterrador.

Llevaba puestos su casco y su coraza, y llameaban sus ojos de furor como si fueran centellas.

Adelantóse rápidamente hasta el centro del salón, encaróse con su nieto, y levantando el hacha, exclamó con voz cavernosa:

-¡Desgraciado! ¡Vas a morir!

Magdalena lanzó un grito de espanto y corrió a interponerse entre su abuelo y Conrado, pero ya era inútil. Pedro Barrientos y el peregrino habían sujetado el brazo del viejo, impidiéndole cometer aquel horroroso crimen.

-Dadme la muerte, abuelo, dadme la muerte -decía Conrado-, porque Juan me ha vencido y aborrezco la vida.

Magdalena se acercó a su hermano para prodigarle consuelos.

El anciano cayó rendido en un sillón.

-Terribles son, Señor, los últimos días de mi vejez -exclamó, elevando sus ojos al cielo-, y ha llegado el momento en que os pida que los abreviéis.

Juan se dirigió al anciano con mesurado paso y gallardo continente, y le dijo con acento solemne:

-Ya veis, señor, que Conrado es inocente. Yo soy el que ha hollado los fueros de la hospitalidad; yo soy el que le provoqué ayer, y el que le ha buscado hoy para terminar un duelo inevitable. Declárome culpable a la faz de todos los que me escuchan; pero antes de condenarme, anciano, tenéis el deber de oírme en juicio. ¿Me concedéis este derecho?

-¡Hablad!-contestó Ruy Gómez con tristeza.

Y apoyando la frente venerable en sus trémulas manos, se dispuso a oír al joven, devorado por un inmenso dolor.

EL JUICIO

Juan se colocó en mitad del salón, y con reposado talante habló en estos términos:

-Oídmelos todos y juzgadme con vuestro corazón.

Los circunstantes comprendieron que iba allí a tener lugar algún grave acontecimiento.

-Conrado y yo hemos acudido al duelo por causas justas-exclamó Juan-, y si hay aquí quien opine lo contrario después de oír, será un ente cobarde y mal nacido. Yo le debo al Emperador Carlos V inmensa gratitud. Me salvó la vida de niño, me amparó de huérfano y me dispensó la protección de un padre. Conrado, que atribuye al Emperador las desgracias de su familia, juzgándole autor de la muerte de su padre, que sucumbió en el cadalso, le llamo un día, en mi presencia, asesino, y yo, que soy agradecido, le pedí satisfacción de aquellas palabras rogándole que se retractara de ellas. ¿Cómo lo había de hacer Conrado? Él llora la muerte de su padre. ¿Cómo había yo de consentir que no lo hiciera? Yo recuerdo los beneficios del Emperador. Será un hombre pecador, como todos los hombres; habrá cometido faltas y crímenes; pero el que le ultraje en mi presencia, el que le infame delante de mí, no una vez, ciento, andará conmigo a cuchilladas, y no descansaré hasta arrancarle la lengua y pisotearle el corazón. Este es nuestro pleito. Conrado y yo hemos consumado el duelo que todos habéis interrumpido; pero este duelo no está acabado. Si Conrado retira sus palabras, aquí están mis brazos, dispuestos a estrecharle contra mi pecho. Si Conrado no las retira..., si no las retira, entonces, oídmelos bien, caballeros, yo pido de nuevo plaza al dueño de este castillo para reanudar el combate, y si no me la concede, pregonaré por todo el mundo que en esta ilustre mansión, cuna de tantos héroes, se ha negado a un hombre agradecido el desagravio de las afrentas hechas a su bienhechor.

Calló el generoso mancebo, y reinó en la estancia un silencio solemne. Todos los corazones estaban temblando. Todas las miradas estaban clavadas en Ruy Gómez, que, con la frente inclinada, parecía estar entregado a una dolorosa meditación.

-Estáis en vuestro derecho, noble mancebo, y sentencio el pleito en vuestro favor. Como bueno habéis obrado; y yo, juez de mi causa, en nombre de mi nieto, retiro las palabras que ofendieron a vuestro bienhechor.

-¡Oh! ¡Nunca! -gritó Conrado, llorando-. Juan me ha humillado, Juan me ha vencido y es suya mi vida. Tómala en buena hora; aquí está mi cabeza; pero en este recinto, fuera de él y a la faz del mundo entero, siempre diré que el Emperador fue el asesino de mi padre.

-¡Mentís! -exclamó una voz detrás del viejo castellano.

Todos se volvieron para ver quién era el que había pronunciado aquella terrible palabra. Entonces avanzó el peregrino hasta el centro del salón.

Juan, que al oír a Conrado había empuñado de nuevo su acero, lívido de coraje, se estremeció cuando oyó la voz del peregrino, y soltó maquinalmente la espada.

-¡Joven! -exclamó el peregrino, acercándose a Conrado y poniéndose enfrente de él-, os he desmentido y estoy dispuesto a daros probanza de mi razón. El humilde monje de Yuste no fue el asesino de vuestro padre.

-¡Probadlo! -dijo Conrado sordamente.

-Os lo probaré -dijo el peregrino con severo acento. ¿Sería bastante prueba para vos que el Emperador Carlos V jurara sobre la tumba de vuestros padres que no pudo perdonarlos porque cuando supo que habían sido condenados a muerte ya estaba ejecutada la sentencia?

-Sí -contestó el joven.

El peregrino, que hasta este momento había permanecido cubierto, se quitó el sombrero y el antifaz, y, abarcando la escena con su poderosa mirada, extendió los brazos como si tratara de dominar el mundo, exclamó con indescriptible arrogancia:

-¡Oídmelos todos! ¡Yo soy el Emperador Carlos V!

Esta declaración arrancó al concurso un grito unánime de asombro.

Ruy Gómez tuvo que apoyarse sobre el respaldo de su sitial para no caer; Conrado se puso pálido como un cadáver; Magdalena cruzó las manos sobre el pecho y bajó la frente, y los servidores del castillo doblaron la cabeza, abrumados por el peso de la majestad de aquel hombre.

En cuanto a Juan, bajó también la vista, y al recibir una mirada de gratitud del Emperador, se ruborizó como un niño.

El Emperador conservó por algunos momentos su dominio moral sobre las gentes allí congregadas, y, modificando poco a poco su expresión augusta, se acercó sonriendo a Magdalena, y le dijo con dulzura:

-Amable niña, a vos se os debe que yo haya venido a este castillo para evitar grandes desgracias. Vuestro aviso me inspiró la resolución de venir disfrazado. Congratulaos de vuestra buena obra, porque la gloria de la jornada de este día os pertenece.

Dirigióse después a Juan, le puso cariñosamente una mano en el hombro, y le dijo:

-¡Ah! Gentil rapaz. ¡Qué contento me tienes! Hoy te he juzgado hombre de bien; tú serás grande.

Volvió a ocupar el centro del salón, revistióse súbitamente de aquel grandioso y sublime aspecto de majestad que le acarreó las admiraciones del mundo, y, con acento pausado y tranquilo, exclamó:

-Señores ricohomes e hijodalgos de la casa de los Varelas, seguidnos al panteón de vuestra familia, que vamos a ofrecer os la probanza que os hemos otorgado. Venid a recibir nuestro juramento.

Y con la frente altiva y enhiesta, como si llevara sobre ella la corona de la Monarquía universal, erguido y rozagante, cual si pendiera de sus hombros el manto imperial, salió de la torre lentamente, escoltado por los guardias del castillo y por todas las personas que allí había.

Ruy Gómez, llevando de las manos a Conrado y a Magdalena, le siguió maquinalmente, dominado por aquella grandeza de espíritu que sabía mostrar el que como valiente, fue apellidado Rayo de la guerra, y el que como hidalgo y generoso, adquirió el famoso nombre de Rey caballero.

Pedro Barrientos y Juan, con las espadas desnudas, caminaban detrás de él, dándole guardia de honor; los partesaneros y hombres de armas del castillo marchaban delante, poseídos de temor y respeto, franqueándole el camino, y, por último, cerraban la comitiva el patriarca del valle y sus nietos, formando una trinidad venerable, graciosa y encantadora.

Todos se sentían arrastrados por su grandeza; todos se sentían dominados por su magnanimidad.

Aquella grave e imponente comitiva atravesó con el mayor silencio los departamentos del castillo, ofreciendo un espectáculo que tenía algo de augusto y de conmovedor. Así llegaron al panteón.

EL PERDÓN

Al pasar el Emperador por la capilla, arrodillóse breves momentos ante la Virgen y la hizo una corta oración.

Después se levantó y se dirigió al subterráneo.

El silencio del recinto de la muerte se interrumpió de nuevo para servir de escenario a los misterios que allí se iban a representar.

Acercóse el Emperador a los mausoleos que encerraban las cenizas de los dos últimos, y malogrados vástagos de aquella noble familia, y con voz segura y firme dijo:

-Ruy Gómez, ¿son estos los sepulcros de vuestros hijos?

-Esos son, señor -contestó el anciano, aproximándose al Emperador con sus nietos.

-Pues bien -exclamó el Emperador, haciendo la señal de la cruz-: Nos, Carlos de Augsburgo, Emperador que hemos sido de Alemania y Rey de España, juramos por Jesucristo crucificado que no hemos podido impedir con nuestra autoridad la ejecución de las sentencias de las dos víctimas de esta ilustre casa, y declaramos a la vez, en presencia de sus cenizas, poniendo por testimonio de verdad la salvación de nuestra alma, que si hubiéramos recibido a tiempo la invocación a nuestra clemencia que nos hizo Ruy Gómez, recordando sus altos merecimientos, entre los cuáles figuraban los de haber salvado la vida a nuestra noble abuela la católica Isabel II y los de haber sido el primer soldado español que tremoló el santo lábaro de la cruz sobre las almenas de Granada, hubiéramos perdonado a sus hijos, por más rebeldes y traidores que hubieran sido. Y en fe a esta declaración, afirmo, que si es cierta, Dios me salve, y si no lo es, me confunda.

Ruy Gómez y sus nietos cayeron a los pies del grande hombre vertiendo abundantes lágrimas.

-¡Oh señor, señor! -exclamó el patriarca del valle, sin poder contener sus sollozos-. Lo que Vuestra Majestad acaba de hacer es superior a lo que teníamos derecho a esperar. Durante muchos años, estas tiernas criaturas y yo hemos sido desgraciados, porque hemos aborrecido, sin razón, a Vuestra Majestad. Ahora Vuestra Majestad nos restituye la paz y la calma perdidas, y, haciendo resplandecer su inocencia, nos confunde. ¡Ah! Somos indignos de que Vuestra Majestad nos perdone.

El Emperador se acercó a Ruy Gómez, le tendió los brazos, y le dijo:

-Anciano, yo sabía vuestro odio y pude castigarle; pude arrasar vuestro castillo y sembrarle de sal. Pero vos llorábais por vuestros hijos, y el llanto de un padre es cosa grande y respetable.

-¡Sabía Vuestra Majestad mis odios y ha sabido vencerse!....

-¡Oh anciano!- exclamó el Emperador -Vencí al feroz Barbarroja, vencí a Dragut, vencí a Francisco I, vencí a los duques de Claves y de Güeldres, ¡y no había de haber sabido vencerme a mí mismo! Bendecid a Dios, que es Autor de todo, y posternaos conmigo ante su Providencia. En Cuanto a mí, permitid por un solo momento que vuelva a ser aquí, ante Vosotros, el Emperador Carlos V -dijo, y sacando de su escarcela un pergamino sellado con las armas reales, añadió:

-En nombre del Rey, mi hijo, os devuelvo, anciano, para vos y para vuestros sucesores, los bienes y títulos de nobleza confiscados e inutilizados a virtud de las sentencias fulminadas contra vuestros primogénitos por rebeldía y traición. Luis Quijada me ha traído de Madrid las cédulas reales, y el que se llamó el Emperador Carlos V os las entrega. El anciano y sus nietos bañaron sus pies con lágrimas de gratitud. Todos los que presenciaban aquella escena conmovedora lloraban también.

-¡Carlos V! ¡Carlos V!-exclamó el viejo patriarca, trémulo de emoción-. ¿Por qué no he sentido yo antes el placer de admirar vuestra inmortal grandeza?

El Emperador se levantó y los abrazó.

Tomó a Conrado de la mano, le señaló a Juan, y le dijo:

-Noble y valeroso joven, vuestro énemigo os espera allí.

Conrado se lanzó veloz como una flecha a buscar a Juan, y los dos mancebos se confundieron en un abrazo indefinido.

-¡Hermanos! ¡Seremos hermanos!- exclamaron a la vez.

El Emperador y el anciano presenciaron conmovidos aquella escena. Salieron todos del panteón, hicieron oración en la capilla y subieron al castillo.

.....

En la tarde de aquel mismo día, una numerosa cabalgata atravesaba el valle con dirección al monasterio de Yuste, escoltando al Emperador.

Ruy Gómez y Pedro Barrientos cabalgaban a los lados del Monarca penitente, que, montado en mansa jaquilla y contento de sí mismo por haberse acarreado el perdón y la amistad de un enemigo, juzgábase quizá más feliz que cuando dictaba leyes al Universo.

Juan y Conrado, cabalgando en soberbios bridones, iban al frente de los hombres de armas que formaban la escolta, entregados a dulces y sabrosas pláticas que versaban sobre su reconciliación.

Conrado aparecía radiante de júbilo; Juan, por el contrario, se mostraba triste y melancólico. Era natural: pensaba en Magdalena.

Al doblar el collado, volvió se para mirar por ultima vez hacia el castillo, donde se dejaba los más dulces recuerdos de su vida, las ilusiones más halagüeñas y las promesas más encantadoras.

Allí, sobre la torre del saliente, se destacaba, como en otro tiempo, el contorno vaporoso de la virgen del valle, y flotaba su blanco ropaje a merced de la brisa, cual si fuera la vestidura de una hada maravillosa.

Juan se oprimió el corazón, y lanzó un gemido.

-¡Pobre Magdalena!- murmuró.

Y una lágrima ardiente, cristalina, pura, rodó por sus mejillas en silencio, sin que nadie se apercibiese de ella, como nadie se apercibía del amor oculto en la urna de su corazón, cual se oculta el perfume en el cáliz de una flor.

Luego dobló el collado y se perdió de la vista de la virgen del valle, que había seguido a la comitiva con su dulce mirada.

Media hora después llegaron al monasterio.

Ruy Gómez y los suyos debían regresar en el momento; pero antes de que esto sucediera, el Emperador le llamó aparte, y le dijo:

-Puesto que podéis cabalgar, os espero con frecuencia en el monasterio. Traed a vuestro nieto, que gusto mucho de él; y, por lo que hace a Magdalena, no me olvidaré nunca de su amable sencillez, de su hermosura y de sus virtudes.

El anciano besó las manos al Emperador, y le dijo en voz baja:

-Señor, concédame Vuestra Majestad un favor.

-Decid cuál es.

-Señor -balbució Ruy Gómez, sollozando-, Juan y Magdalena se aman. Apresure Vuestra Majestad la partida de Juan.

El Emperador se conmovió, apretó la mano al viejo y le dijo:

-Partirá.

Acabado esto se separaron.

El Emperador y Juan entraron en el monasterio, y Conrado y su abuelo tomaron el camino del valle. La separación fue triste.

Cuando Ruy Gómez y su nieto llegaron al castillo, el anciano preguntó por Magdalena, y le dijeron que estaba en la capilla.

Se dirigió solo a buscarla, y la halló rezando. Llamóla por su nombre, y se volvió. Tenía los ojos hinchados: había llorado.

El anciano le abrió los brazos, y la virgen del valle se refugió en ellos sollozando.

Ruy Gómez la estrechó contra su corazón y, comprendiendo la causa de los sollozos de aquella paloma herida, que llevaba en su pecho sembrada la amarga flor de un amor sin esperanza, cubrióla de besos y de caricias, y murmuró estas dulces palabras:

-¡Pobre querida mía! ¡Pobre querida!